

IES

OLIS

74

ALTA MIRANDA

REVISTAS

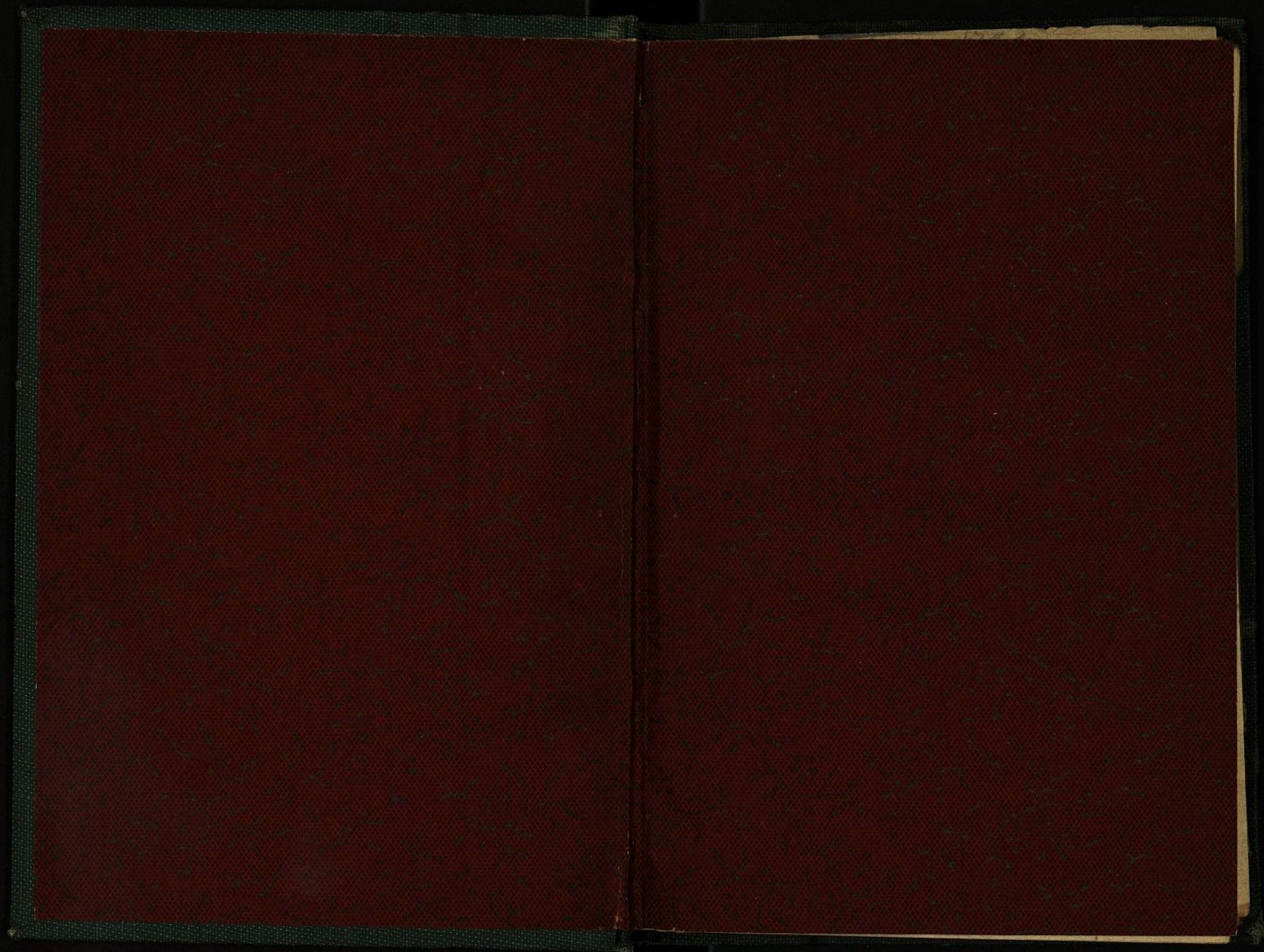
TERANUM

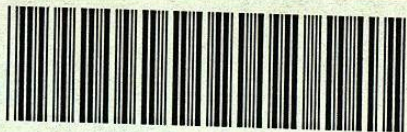
PN4974

.15

A4

1000
1000
1000
Σ





1020025934



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas. M 860.9
 Núm. Autor A 465
 Núm. Adg. 31140
 Procedencia - 8 -
 Precio r
 Fecha 1969
 Clasificó 62
 Catalogó 7

REVISTAS LITERARIAS

DE MEXICO



Ignacio A. Altamirano

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NEWCASTLE
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO MARTÍNEZ"
 Apto. 1000 MONTERREY, MEXICO

MEXICO

T. F. Neve, Impresor.—Callejon del Espíritu Santo núm. 11

1868

31140



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



97980

PRIMERA REVISTA.

I. RENACIMIENTO DE LA LITERATURA MEXICANA.—Ojeada histórica.
—II. ELEMENTOS PARA UNA LITERATURA NACIONAL.—III. NOVELAS—*El Cerro de las Campanas*, por Mateos.—*Una Rosa y un Harapo*, por José María Ramírez.—*Calvario y Tabor*, por el general Riva Palacio.—*Flores del destierro*, colección de poesías por Rivera y Rio.—*Album fotográfico*, colección de artículos por Hilarion Frias y Soto.—*Conversaciones del domingo*, folletín del *Monitor* por Justo Sierra.—*Las Glorias Nacionales*, publicación histórica, ilustrada por Escalante.—*El Semanario ilustrado*.—*Cuentos de vivac*, por José T. de Cuellar.—*Revistas de Michoacán*, por el Dómine.—IV. VELADAS LITERARIAS.—En casa de Riva Palacio.—En casa de Martínez de la Torre.—En casa de Chavero.—En el número 2 de la calle de Gante.—En casa de Schiafino.—La velada de la Sociedad Gregoriana.

I.

Decididamente la literatura renace en nuestra patria, y los días de oro en que Ramírez, Prieto, Rodríguez Galvan, Carpio, Pesado, Fernando Calderon y Payno, jóvenes aún, iban á comunicarse en los salones de Letran, hoy destruidos, sus primeras y hermosas inspiraciones, vuelven ya por fortuna para no oscurecerse jamás, si hemos de dar crédito á nuestras esperanzas.

Aquel grupo de entusiastas obreros fué dispersado por

el huracan de la política, no sin dejar preciosos trabajos que son hoy como la base de nuestro edificio literario.

Muchos años despues, un espíritu laborioso y superior, Zarco, se propuso continuar la obra abandonada, con ayuda de otros que se agrupaban en su derredor, y que se llamaban Escalante, Arróniz, Tellez, Cuellar, Castillo y Ortiz. A esta sazón otro círculo se agrupaba en derredor de Carpio y de Pesado para ayudarles en la misma tarea, y en él se veía en primer lugar á Sebastian Segura y á los dos Roa Bárcena, tres literatos distinguidos, que aunque separados de los primeros por sus ideas políticas, fraternizaban con ellos por su entusiasmo literario.

Pero tambien nuestras guerras volvieron á dispersar estos dos grupos.

Zarco, lo mismo que Ramirez y Prieto, se hizo hombre de Estado y publicista; predicó en union de estos dos apóstoles, la fecunda cruzada de la Democrecia y de la Reforma, saltó al campo de la lucha para ayudar á los dos campeones, y sufrió con ellos las vicisitudes del combate. Igual suerte cupo á todos los demás. Unos tomaron las armas, otros la pluma del periodista como Florencio del Castillo. El fragor de la guerra ahogó el canto de las musas. Los poetas habian bajado del Helicon y subian las gradas del Capitolio. La lira cayó á los piés de la tribuna en el Foro, y el númen sagrado, en vez de elegías y de cantos heroicos, inspiró leyes!

Bendito sea ese cambio, porque á causa de él, la literatura abrió paso al progreso, ó mas bien dicho, lo dio á luz, porque en ella habian venido encerrados los gérmenes de las grandes ideas, que produjeron una revolucion grandio-

sa. La literatura habia sido el propagador mas ardiente de la Democrecia.

Pero mientras que se consumaba aquella revolucion, las bellas letras estaban olvidadas ó poco menos. Los antiguos literatos pronunciaban discursos en el cuerpo legislativo ó en el Senado, ó agitaban al pueblo, ó deliberaban en el Consejo de Estado, ó escribian folletos, examinaban las cuestiones extranjerías ó redactaban proclamas en el campamento. Uno que otro canto se oía; pero era, ó para hacer vibrar á los oídos del soldado los acentos de Tirteo, ó para morir con los suspiros del amor en medio de los gritos de odio que se lanzaban los combatientes.

Este intervalo fué de años.

A la clausura de la Academia de Letrán se siguieron la guerra de la invasion americana, cuatro guerras civiles sangrientas, la invasion francesa y la guerra contra el segundo imperio.

¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántos apóstoles de la literatura nacional han muerto, y muchos de ellos cuán desgraciadamente! Rodriguez Galvan y Torrescano, en la Habana y en la miseria; Calderon, Larrañaga, Navarro y Escalante, en la flor de su edad y cuando hacian saborear á su país lisonjeras esperanzas; Orozco y Berra cayó herido como del rayo por una enfermedad terrible entre las cajas de una imprenta; Arróniz fué asesinado en medio de los bosques del camino de Puebla; Cruz Aedo asesinado por la soldadesca en Durango; Rios murió de tristeza y de fiebre á bordo de un buque, alejándose de su país; Mateos y Diaz Covarrubias cayeron asesinados por

la reaccion en Tacubaya; Florencio María del Castillo, el mártir de la República, despues de grandes sufrimientos, murió encerrado por los franceses en las mazmorras de Ulúa. De la primera generacion literaria, solo existen unos cuantos: Cardoso, Ramirez, Prieto, Lafragua, Payno, Alcaraz, vigorosos robles que han resistido al choque de tantas tempestades, y que con su elevada inteligencia sirven de faro á la nueva generacion.

De la segunda quedan mas; y el primero de ellos, Zarco, el incansable publicista, que desde el lecho del dolor ahora, lo mismo que en las angustias del destierro y de la pobreza en los Estados-Unidos, se consagra siempre con una asiduidad que le daña, á los trabajos de la prensa, ilustrando nuestro derecho constitucional, dilucidando las cuestiones diplomáticas, defendiendo los muros de la ley y alentando con sus consejos á la juventud estudiosa.

Ramirez, Cardoso y Prieto, estos tres patriarcas de nuestra literatura, presiden al nuevo movimiento literario, muy dichosos con haber sobrevivido para trasmitirnos las magníficas tradiciones de los primeros tiempos, y muy orgullosos con ver en torno suyo á esa turba de jóvenes ardorosos que viene á colocar en sus cabezas encanecidas por el estudio y los sufrimientos, las coronas del saber y de la virtud.

Ellos presiden, ellos mandan en esa pequeña república en que no se concede el mando á la fuerza, ni á la intriga, ni al dinero, sino al talento, á la grandeza de alma, á la honradez. Hasta ese círculo literario no penetran las exhalaciones deletéreas de la corrupcion: las modestas

puertas de ese templo están cerradas al potentado, al rico estúpido, al espantajo de sable; y el corazon oprimido por las miserias de afuera, halla dulce é inmensa expansion en aquel asilo libre, independiente, sublime, en que el pensamiento y la palabra, ni están espiados por el esbirro, ni amenazados por el poder, ni calumniados por el odio.

La nueva raza literaria es mas feliz que las primeras, porque tiene por maestros á aquellos que en largos años de útil estudio y de experiencia han llegado á reunir un caudal riquísimo de conocimientos y de gloria que les ha dado un lugar distinguido entre las ilustraciones de la América, al lado de Quintana Roo, de Heredia, de Prescott, de Irving, de Olmedo y de Bello.

Por otra parte, la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse á un nuevo silencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar á cabo la creacion y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan.

En la nueva escuela que se ha reunido, hay soldados de la República, como Riva Palacio, que acaban de desceñirse la espada victoriosa; hay hombres que han venido del destierro sin haber quebrantado su fe; hay perseguidos que prefirieron la miseria con todos sus horrores, á inclinar la frente ante el extranjero; hay jóvenes que no han pisado aún el terreno de la política, por razón de su edad, pero que tienen un corazon de bronce para el porvenir. Todos estos hombres son firmes, y unen á su entusiasmo una resolucion indomable. La energía ya proba-

da es el escudo de la naciente literatura y su garantía para lo venidero. Pero estos hombrss, atentos á su mision literaria, abren sus brazos á sus hermanos todos de la República, cualquiera que sea su fe política, á fin de que se les ayude en la tarea, para la que se necesita de todas las inteligencias mexieanas. Si estos son elementos de progreso, indudablemente puede predecirse que la existencia de la literatura nacional está asegurada.

De este modo, los vástagos no son indignos de los troncos vigorosos en cuyo derredor están creciendo.

¿Nos será permitido á nosotros que no acostumbramos envanecernos de nada, porque tambien carecemos de todo mérito, esperar que se nos conceda alguna pequeña parte en este renacimiento literario? Creemos que sí; y aquellos que han presenciado nuestro empeño, serán los primeros en hacernos justicia. Por lo demás, esta no es cuestion de talento, sino de voluntad. Es voluntad lo único que hemos podido poner de nuestra parte, y estamos orgullosos de haber visto coronados con el éxito mas completo nuestros deseos y nuestros afanes.

II.

Lo repetimos: el movimiento literario es visible. Hace algunos meses todavía, la prensa no publicaba sino escritos políticos ú obras literarias extranjeras. Hoy se están publicando á un tiempo varias novelas, poesías, folletines

de literatura, artículos de costumbres y estudios históricos, todo obra de jóvenes mexicanos, impulsados por el entusiasmo que cunde mas cada dia. El público, cansado de las áridas discusiones de la política, recibe con placer estas publicaciones, las lee con avidez, las aplaude; y todo nos hace creer que dentro de poco, podrá la proteccion pública venir en auxilio de la literatura y recompensar los afanes de los literatos, no siendo ya este trabajo estéril y sin esperaza.

Hace poco, en España, rica solo con el Quijote, no habia nacido aún la novela moderna, y el teatro nada producía al poeta dramático. Los traductores de la novela ó del teatro de la vecina Francia, eran los únicos que podían vivir de su miserable trabajo. Hoy Fernandez Gonzalez, Perez Escrich, Fernan Caballero, Larra y Eguilaz tienen habitaciones muy diferentes del zaquizamí de Cervantes, y reciben por sus obras sendos billetes de banco, no un puñado de reales de vellon como aquellos con que mezquinas empresas pagaban el gran ingenio de Breton de los Herreros cuando joven.

¡Ojalá que en México pronto podamos decir lo mismo! Lo deseamos por el progreso de la literatura, porque es indudable que la recompensa es un estímulo para el trabajo. ¿Y por qué no habia de realizarse esta esperanza? ¿Acaso en nuestra patria no hay un campo vastísimo de que pueden sacar provecho el novelista, el historiador y el poeta para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas ó sus dramas?

¡Oh! si algo es rico en elementos para el literato, es es.

te país, del mismo modo que lo es para el minero, para el agricultor y para el industrial.

La historia antigua de México es una mina inagotable. Los sabios extranjeros la dirigen miradas llenas de interés, los viajeros ilustres visitan á porfía las grandiosas ruinas de Yucatan, del Palenque y de Puebla, con la misma curiosidad con que visitan las de Egipto, de la India y de Pompeya. Las páginas de Gomara, de Ixtlilxochitl y de Clavijero se traducen en todos los idiomas, y dan lugar á profundas indagaciones. Lord Kinsborough sacrificó un inmenso capital á la investigacion sobre antigüedades mexicanas, siendo el resultado de ellas una obra bellísima é interesante, muy difícil de conseguirse ahora. Podria hacerse una biblioteca con las publicaciones extranjeras que sobre nuestra patria aparecen cada dia. Pero estos tesoros á nadie deben enriquecer mas que á los historiadores mexicanos. El extranjero charlatan desnaturaliza los sucesos del pueblo azteca en ridículas leyendas, que se leen, sin embargo, con avidez en Europa. Los tres siglos de la dominacion española son un manantial de leyendas poéticas y magníficas. Ahí está Cortés con sus atrevidos aventureros; ahí está Muñoz con sus horcas y sus asesinatos; ahí está esa larga serie de vireyes, ilustres los unos y benéficos, tiránicos los otros, pero notables los mas por los monumentos que dejaron.

Ahí están esos misioneros que predicán y convierten á la religion de la Cruz á pueblos numerosos é idólatras, y que hacen servir al Evangelio de auxiliar del arcabuz; ahí están los encomenderos con sus expoliaciones y sus tremendas aventuras; ahí están esos obispos opulentos co-

mo reyes, esos conventos ricos como palacios; ahí está esa Inquisicion terrible, que viene tambien de Europa pretendiendo *quemar las ideas* en América; ahí están esas iglesias dispersas en las campiñas y en las gargantas de las cordilleras, como castillos feudales, con almenas y aspilleras, con foso y poterna, con horca y campanario. Ahí están esos pueblecitos hermosísimos, que se cuelgan como canastillos de flores en los flancos de las montañas y en las crestas de la sierra, donde se refugiaron los *teopixques* y los *tlatoanis* de la vencida monarquía, obstinados en no mezclarse con la raza conquistadora y en no hacer oracion en los nuevos adoratorios que se levantaban sobre los escombros de sus *teocallis*. Allí, en esos pueblecitos, permaneció por mucho tiempo viva y venerada la religion azteca; y no seremos temerarios si aseguramos que permanece aún oculta, secreta, pero ardiente y disimulada con las fiestas del catolicismo, tras de las cuales se esconden las solemnidades místicas de *Huitzilopochtli*, de *Cinanteutli* y de *Mitlanteutli*, el Marte, la Cérés y la Proserpina de nuestros mayores.

¿Quién al ver los risueños lagos del valle de México, sus volcanes poblados de fantasmas, cuyas leyendas recoger los habitantes de la falda, sus pueblos fértiles, sus encantados jardines y sus bosques seculares, por donde parecen pasearse aún las sombras de los antiguos sultanes del Anáhuac y las de sus bellas odaliscas princesas, no se ve tentado de crear la leyenda mexicana?

¿Quién no desea recoger en interesantes páginas las guerras de los indios de Yucatan, que son los Araucanos de México, las tradiciones del pueblo tarasco, tan inteli-

gente y tan poético, las terribles escenas de la frontera del Norte, en cuyos desiertos cruzan ligeras las tribus salvajes y viven sobresaltados los colonos de raza española, con el arma al brazo y librando combates espantosos cada día?

¿Pues acaso Fenimore Cooper tuvo mas ricos elementos para crear la novela americana y rivalizar con Walter Scott en originalidad y en fuerza de imaginacion? ¿Pues acaso el novelista escoces necesitó mas que estudiar las antiguas tradiciones de la tierra de Fingal para revestirlas con los mágicos colores de la fantasía y llamar la atencion del mundo sobre su nebuloso país, antes tan desconocido?

Nuestras guerras de independencia son fecundas en grandes hechos y en terribles dramas. Nuestras guerras civiles son ricas de episodios, y notables por sus resultados. Las guerras civiles que han sacado á luz á tantos varones insignes y á tantos monstruos, que han producido tantas acciones ilustres y tantos crímenes, no han sido todavía recogidas por la historia ni por la leyenda.

Nuestra era republicana se presenta á los ojos del observador interesantísimo, con sus dictadores y sus víctimas, sus prisiones sombrías, sus cadalsos, su corrupcion, su pueblo agitado y turbulento, sus grandezas y sus miserias, sus desengaños y sus esperanzas!

¿Y el último Imperio? ¿Pues se quiere además de las guerras de nuestra independencia un asunto mejor para la epopeya? ¡El vástago de una familia de Césares, apoyado por los primeros ejércitos del mundo, esclavizando á este pueblo! ¡Este pueblo mísero y despreciado, levantan

dose poderoso y enérgico, sin auxilio, sin direccion y sin elementos, despedazando el trono para levantar con sus restos un cadalso, al que hace subir al príncipe víctima de su ceguedad! ¡Aquella cabeza sagrada en Europa, rodando al pié de la democracia americana, implacable con los reyes! ¡Una princesa hermosa y altiva, loca en su castillo solitario, de donde su esposo partió en medio de aclamaciones y á donde no volverá jamás!.....

Y luego aquel sitio de Querétaro tan grandioso y tan sangriento, aquellos sitiados tan valientes, aquellos sitiadores tan esforzados, aquel monarca tan bravo y tan digno como guerrero, así como fué tan ciego como político; aquella tragedia del *Cerro de las Campanas*; todo eso que irá tomando á nuestra vista formas colosales á medida que se aleje. ¿Qué asunto mejor para el historiador, para el novelista y para el poeta épico? ¿Pues necesitan nuestros jóvenes literatos otra cosa que voluntad y consagracion, puesto que talento no les falta, ni se atreven á negárselo á los mexicanos sus mas encarnizados enemigos?

En cuanto á la novela nacional, á la novela mexicana, con su color americano propio, nacerá bella, interesante, maravillosa. Mientras que nos limitemos á imitar la novela francesa, cuya forma es inadaptable á nuestras costumbres y á nuestro modo de ser, no haremos sino pálidas y mezquinas imitaciones, así como no hemos producido mas que cantos débiles imitando á los trovadores españoles y á los poetas ingleses y á los franceses. La poesía y la novela mexicanas deben ser vírgenes, vigorosas.

sas, originales, como lo son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación.

Juan Carlos Gómez, José Mármol, Rivera Indarte, Estéban Echeverría, á quien llaman en Francia el Lamartine del Plata, Arboleda, Pombo, por eso impres onan tanto. Cantan su América del Sur, su hermosa vírgen, morena, de ojos degacela y de cabellera salvaje. No hacen de ella ni una dama española de mantilla, ni una *entretene* francesa envuelta en encajes de Flandes.

Esos poetas cantan sus Andes, su Plata, su Magdalena, su Apurímac, sus pampas, sus gauchos, sus pichireyes; trasportan á uno bajo la sombra de su ombú, ó al pié de las ruinas de sus templos del Sol, ó al borde de sus pavorosos abismos, ó al fondo de sus bosques inmensos; y le muestran sus gigantescos árboles, sus prodigiosas flores, ó le hacen asistir á sus heroicas guerras, escuchar el rugido de sus fieras terribles, adormecerse á los cantos de sus mujeres lánguidas y ardientes, y delirar con sus amores frenéticos, y amar su libertad, y meditar á orillas de sus mares, y suspirar debajo de su cielo!

Nosotros todavía tenemos mucho apego á esa literatura hermafrodita que se ha formado de la mezcla monstruosa de las escuelas española y francesa en que hemos aprendido, y que solo será bastante á expulsar y á extinguir, la poderosa é invencible sátira de Ramirez, que él sí es tan original y tan consumado, como habrá pocos en el Nuevo continente.

No negamos la gran utilidad de estudiar todas las escuelas literarias del mundo civilizado; seríamos incapaces de este desatino, nosotros que adoramos los recuerdos clá-

sicos de Grecia y de Roma, nosotros que meditamos sobre los libros del Dante y de Shakespeare, que admiramos la escuela alemana y que deseáramos ser dignos de hablar la lengua de Cervantes y de Fr. Luis de Leon. No: al contrario, creemos que estos estudios son indispensables; pero deseamos que se cree una literatura absolutamente nuestra, como todos los pueblos tienen, los cuales tambien estudian los monumentos de los otros, pero no fundan su orgullo en imitarlos servilmente.

Por otra parte, la literatura tendrá hoy una mision patriótica del mas alto interés, y justamente es la época de hacerse útil cumpliendo con ella.

Nuestra última guerra ha hecho atraer sobre nosotros las miradas del mundo civilizado. Se desea conocer á este pueblo singular, que tantas y tan codiciadas riquezas encierra, que no ha podido ser domado por las fuerzas europeas, que viviendo en medio de constantes agitaciones no ha perdido ni su vigor ni su fe. Se quiere conocer su historia, sus costumbres públicas, su vida íntima, sus virtudes y sus vicios; y por eso se devora todo cuanto extranjeros ignorantes y apasionados cuentan en Europa, disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de la leyenda y de las impresiones de viaje. Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo:—*Así somos en México.*

Hasta ahora aquellos pueblos no han visto más que las páginas muy atrasadas de Tomás Gage ó los estudios del baron de Humboldt; muy buenos ciertamente, pero que no pudieron ser hechos sino sobre un pueblo esclavizado

todavía. Además, el ilustre sábio daba mayor importancia á sus indagaciones científicas que á sus retratos morales.

Después de él, casi todos los viajeros nos han calumniado, desde Lovestern y la Sra. Calderon, hasta los escritores y escritoras de la corte de Maximiliano, que especulan con la curiosidad pública, vendiéndola sus sátiras menipeas contra nosotros.

Es la ocasion, pues, de hacer de la bella literatura una arma de defensa. Hay campo, hay riquezas, hay tiempo, es preciso que haya voluntad. Talentos hay en nuestra patria que pueden rivalizar con los que brillan en el Viejo mundo.

Cultivar pueden todos los géneros. Pulsarán con éxito desde la líra de Homero hasta el laúd de los trovadores; manejarán victoriosamente desde el buril de diamante de Tácito y de Xenofonte, hasta la pluma ligera y traviesa de Adisson y de Fígaro. Todo es accesible al genio mexicano.

La reunion que asiste á las *veladas literarias*, es el apostolado del porvenir. Allí se escucha el acento sublime de la oda, la voz vibrante del canto guerrero, las suspirantes notas de la trová amorosa, la voz risueña de la burla. Allí la sátira habla su lenguaje punzador y tremendo, la crítica analiza los monumentos literarios de las naciones extrañas, la novela y la leyenda arrebatan la imaginacion. La gloria espía sonriendo á la juventud, señalándola el cielo. La literatura mexicana no puede morir ya. De ese santuario saldrán de nuevo otros profetas de civilizacion y de progreso, que acabarán la obra de

sus predecesores. Entonces Ramirez, Cardoso, Prieto y los demás patriarcas de la primera generacion, inclinados por el peso de una vejez ilustre, irán á dormir á sus tumbas tranquilos, porque dejan en su patria discípulos dignos que los recordarán con lágrimas y que les tributarán el culto mas grato para ellos..... la imitacion de sus trabajos y de sus virtudes.

III.

La novela es indudablemente la produccion literaria que se ve con mas gusto por el público, y cuya lectura se hace hoy mas popular. Pudiérase decir que es el género de literatura mas cultivado en el siglo XIX y el artificio con que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender á las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habria sido difícil hacer que aceptasen. La novela hoy no es solamente un estúpido cuento, forjado por una imaginacion desordenada que no respeta límites en sus creaciones, con el solo objeto de proporcionar recreo y solaz á los espíritus ociosos, como las absurdas leyendas caballerescas á que vino á dar fin el famosísimo libro de Cervantes. No: la novela hoy ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar

en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido ó de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol ó el programa de un audaz revolucionario.

Hemos dicho que es preciso no confundirla con la leyenda antigua, y esto merece una explicación. Queremos hablar de la leyenda caballeresca de la Edad media, ó de la leyenda fabulosa y exclusivamente sensual de la Grecia, de Roma y del imperio bizantino.

Admiradores nosotros de la sabia antigüedad, y consagrados con empeño al estudio de sus monumentos literarios, no podemos menos de reconocer que es en ellos donde se encuentran las fuentes de la ficción romanesca en todos sus géneros. La novela nació con la literatura entonces, y si no se la ve como se halla cultivada hoy y con la forma que han sabido darla Walter Scott y Richardson, Víctor Hugo y Balzac, Eugenio Süe y Dumas, Alfonso Karr y Dickens, evidentemente el embrion existía, y debe atribuirse á la preferencia que daban los antiguos á los otros géneros de literatura, la circunstancia de no haberse llevado á su completo desarrollo la fábula novelesca.

En efecto, la antigüedad, que cultivó hasta la perfección la poesía épica, la poesía dramática, la poesía lírica, el apólogo esópico, la historia y la poesía religiosa, se quedó todavía en la infancia respecto de la novela, y es en la edad moderna, y particularmente en nuestros días, cuando este género se ha desarrollado hasta llegar á ser

el favorito del pueblo, y hasta ser necesario disfrazar con él todos los otros á fin de vulgarizarlos.

Pero los antiguos lo conocieron, lo cultivaron, en lo que cabía, brillantemente, y en él, como en todo, pusieron el sello de su poderosa iniciativa. Comprendieron quizás su importancia en el porvenir, y lo que no pudieron adivinar fué, que algún día un invento admirable vendría como á darle un impulso tan decisivo, que dejaría atrás á los otros géneros que sin él habían podido sobresalir.

Ciertamente la imprenta ha sido la verdadera madre del periodismo y de la novela, y no hay dificultad en creerlo así, cuando se reflexiona que sin esa maravillosa invención, ni podría haber periódicos, ni podría tampoco difundirse como se difunde la lectura de esos cuentos ingeniosos que hacen las delicias de todas las clases de la sociedad y que son como el maná de la imaginación.

Los otros géneros de literatura pudieron vivir fácilmente sin la imprenta. La historia se narraba en público, como lo hacía Herodoto con la suya en los circos olímpicos; la poesía épica hacía conocer los prodigios del patriotismo y del valor en las grandes ciudades y en los pueblos pequeños por donde viajaba con la lira de los cantores errantes de la Iliada; la poesía lírica encantaba con sus dulces acentos á la Grecia reunida en sus grandes fiestas, y que escuchaba silenciosa las divinas inspiraciones de Píndaro y de Corina, la poesía dramática agitaba el alma del pueblo con sus terrores sublimes, ó le arrancaba ruidosas carcajadas desde las tablas del escenario; la poesía religiosa enseñaba los dogmas sagrados que los Pontífices ha-

cian llegar al pueblo con las melodías del himno en los templos de los dioses; la poesía erótica se trasmitía por la tradición, y se conservaba por la juventud y el amor, que hacían del instinto un libro siempre nuevo; la poesía satírica no necesitaba más que de la indignación para vulgarizarse, y la poesía guerrera se aprendía por el entusiasmo y se eternizaba por la gloria.

En cuanto al apólogo de Esopo, la humanidad, que sufría tantas cadenas y que tenía tantos motivos de temor, lo repetía como un anatema oculto, y lo trasmitía de generación en generación, como una herencia de mofa ó como un grito de venganza contra sus opresores.

Solamente la novela no podía vivir así, y necesitaba de la imprenta para su desarrollo. Pequeños cuentos eran los únicos que podían narrarse por medio de la palabra, y apenas pudieron conservar su existencia aquellos que las nodrizas necesitaban para dormir ó entretener á sus niños. Sin embargo, parece que algunos narradores de historias ejercían en público esta profesión, como algunos ociosos en las tiendas de los barberos, según Luciano, ó algunos parásitos en los convites, según dicen Xenofonte en la *Cyropedia*, Horacio en algunas de sus sátiras, Plutarco en el *Banquete de los siete sabios*, Petronio en el *Satyricon* y Apuleyo en las *Metamorfosis*; ó en las calles de Atenas, como lo hacía aquel Philepsius de que habla Aristófanes en su comedia *Plutus*. En fin, este se cree que fué el origen de las *Fábulas milesias y sibaríticas* que nacieron en Mileto y en Sybaris, dos ciudades famosas por su prostitución, y de las cuales salieron esos cuentos voluptuosos y libres que pronto se popularizaron en la

Grecia, que tanto influyeron en la corrupción de las costumbres, que fueron imitados después en Roma con tanto éxito, y aun en los tiempos posteriores y en las naciones cristianas, á juzgar por las *Fabliaux* de los franceses, el *Decameron* de Boccaccio y los *Cuentos de Lafontaine*.

Pero debemos observar que estos eran, como lo hemos dicho, pequeños cuentos de amor, compuestos solamente con el objeto de inflamar los sentidos, y cuyas dimensiones no ofrecían dificultad para la tradición oral.

La antigüedad, con todo, privada de la imprenta para desarrollar y vulgarizar la novela filosófica, la novela histórica, la novela social, la novela religiosa, ó no concediéndoles grande atención y preferencia sobre los otros estudios, echó, por decirlo así, los gérmenes que debían producir en nuestros tiempos tan fecundos resultados.

No permiten las dimensiones de esta revista hacer un estudio prolijo de tal materia, apoyado en citaciones justificativas, que es asunto largo y que llenaría volúmenes enteros; pero indicaremos hoy, aunque someramente y ateniéndonos al juicio de críticos profundos, algunas razones que fundan nuestro aserto.

Sin duda alguna que Herodoto mezcló á su historia multitud de leyendas increíbles y maravillosas, lo cual le trajo desde la antigüedad el renombre de *narrador de fábulas*. No nos metamos en inculparle, porque también es cierto que él escribió lo que oyó contar en sus viajes, trasladando á su historia, que no era una historia filosófica, aquellas tradiciones legendarias que en todo tiempo han sido el sabroso alimento de la imaginación oriental.

Pero la verdad es que la historia de Gyges, que la de

Candaule, la de Intapherno y de su mujer, y aquella del arquitecto del tesoro de Rhamsinit, el incesto de Mycerino y las galanterías de la hija de Cheops, que construyó una pirámide con el dinero de sus amantes, ó son mitos que los antiguos pueblos se transmitieron revestidos con las romanescas galas de la fantasía, ó simples historias que la multitud ignorante habia desnaturalizado y cuyo verdadero origen permaneció oscurecido para siempre. Pero eso era el embrión de la novela histórica.

Otro tanto puede decirse de las bellísimas narraciones de Ctesias sobre Semíramis y Sardanápalo, que han inspirado á tantos ingenios modernos admirables obras literarias. Aquella gran reina conquistadora, poderosa por su genio y por su energia, terrible por sus pasiones y por sus liviandades; aquel rey famoso por su afeminacion y su voluptuosidad, por su lujo y su muerte trágica, ¿no son como los representa Ctesias, dos héroes de novela?

En la *Cyropedia* de Xenofonte no podremos vislumbrar la novela histórica y política, ya mejor tramada y con una intencion tan filosófica y profunda, que no pudo menos de ser objeto de innumerables estudios en su época y en las posteriores?

Teopompo, con su célebre *Tierra de los Méropes*, llena de hombres y de animales maravillosos, con su *Anostos*, abismo lleno de un aire rojo, y con su *rio del placer* y su *rio de la pena*, al borde de los cuales crecen árboles que dan frutos con propiedades análogas á las de esos rios, ¿no parecé el predecesor del autor de las *Mil y una noches* ó de los *Cuentos de hadas*?

La *Atlántida* de Platon, ya que no pueda reputarse co-

mo la adivinacion sorprendente de nuestra América, ¿no escon toda seguridad la novela política, es decir, la alegoría bajo la cual se esconden las atrevidas teorías del innovador que desea hacer aceptar á un pueblo entusiasmado el sistema y los dogmas de un gobierno ideal?

Todas las leyendas griegas sobre Hector, Ajax y Aquiles, aquellas sobre Alejandro el Grande, que Quinto Curcio no hizo mas que coleccionar, ¿no son acaso los orígenes de las leyendas de los Roldanes y de los Amadis; pero tambien de la novela heróica, de la novela histórica de nuestros dias, tal como la vemos á veces en Dumas con sus *Mosqueteros*, en Walter Scott con su *Talisman* y su *Ivanhoe*, y en Fernandez y Gonzalez con su serie de leyendas moriscas y cristianas de España?

Hasta esas narraciones de viaje que en forma romanesca tanto nos encantan hoy, han tenido su origen en los tiempos antiguos. Señalemos en primer lugar la *Odisea*, el viaje de Apolonio de Tyana, el taumaturgo pitagórico que con tan bellos colores y tantas maravillas nos describe Philostrato, las narraciones de todos esos viajes de que nos habla Strabon, condenándolas por supuesto como fabulosas, aquellas otras que acogia el mismo Diódoro de Sicilia sobre la *isla afortunada* de que se aprovechó el Tasso en su *Jerusalem*, y tantas otras que seria largo enumerar. Bástenos decir que segun vemos en el poema indio *El Ramayana*, es á la mas alta antigüedad adonde se remonta el origen de estas narraciones.

A veces nos parecen esos viajes antiguos como el tipo de esos viajes satíricos y maravillosos que con tanta gracia han sabido hacer universales Swift, Waton y Sterne.

UNIVERSITY OF NEW LEON
BIBLIOTECA DE NUESTRO LEON
"ALFONSO REYES"
1885 MONTREY, ME

escribiendo el *Capitan Gulliver*, el *Viaje al país de las monas* y el *Viaje sentimental*.

En cuanto á las novelas religiosas, Mr. de Chateaubriand no ha sido ciertamente el primero que haya escrito una obra con la forma de *Los Mártires*. Es en el *Talmud* y en la Biblia tal como nos la dejó el Concilio de Trento, donde es necesario buscar el origen de la leyenda religiosa. En los libros sagrados del pueblo hebreo y en los de otros tan antiguos como el indio y el chino, hay leyendas religiosas hermosísimas, encantadoras, inimitables por su sencillez, su sentimiento y su poesía. Los ingenios modernos han sacado ya mucho partido de los libros santos, y han engalanado con las pompas de su imaginacion los asuntos bíblicos; pero no han podido añadirles mas belleza ni hacerlos mas conmovedores. Las historias de Agar, de Rachel, de Ruth, de Esther, de Judith, conservarán siempre esa frescura, ese perfume, ese tierno sentimiento de la sencillez primitiva, que una fantasía privilegiada puede sobrecargar de adornos y de brillo, pero que no podrá embellecer mas. Porque es cierto, los psalmos pierden parafrasándose en las lenguas modernas: ningun poeta podría hacer mas patético el libro de Job, ningun historiador podrá narrar el Génesis con mas magestad que el inspirado autor de él. Sin embargo, ¡qué de asuntos en el Antiguo Testamento! ¡Cuántos en las Actas de los Apóstoles! ¡Cuántos en los primitivos tiempos del cristianismo, en aquellos dias de persecucion y de prueba, en que el sectario hacia una arma de su fe, un escudo de su pobreza y una tribuna de su martirio, hasta lograr que cayesen por tierra el paganismo, arraigado

por tantos siglos, y el cesarismo romano, fundado sobre tantas glorias!

En esos mismos tiempos, ya varios autores emprendieron la novela religiosa, y nos quedan pruebas de ello en las bellísimas páginas de las *Clementinas* y en los libros que escribieron los solitarios de las Tebaidas.

Las novelas amorosas, diremos para concluir, tienen su origen en las *Fábulas milesias* como lo hemos referido, en las *Metamórfosis* de Apuleyo, en el *Satyricon* de Petronio, libro este último escrito en un hermoso latin, pero cuya impureza repugna como en Apuleyo, teniendo, con todo, el mérito de representar al vivo las costumbres depravadas de la juventud romana que vivia entre cortesanas y libertos impúdicos, entre festines escandalosos y orgías indescribibles. El *Satyricon* es una novela en prosa y verso, delante de la cual los cuentos libertinos de Pigault Lebrun y de Paul de Kock parecen pálidos, pudiendo apenas comparárseles algunos infames libros del tiempo del Directorio en Francia. La *Historia Eubea* de Dion Chrysóstomo, es en cambio una narracion graciosa y llena de moralidad, es una pastoral encantadora. La *Tedgenes* y *Clariclea* de Heliodoro ha sido traducida por Amyot, elogiada por Boileau, y era la lectura favorita de Racine. La *Daphnis y Cloé*, que hace todavía las delicias de los jóvenes, es muy conocida para que hablemos de ella. Muchos escritores, segun hemos podido ver, querian adivinar en este idilio adorable de autor desconocido, la primera novela de la antigüedad. Es sin duda, segun los críticos, la mejor pastoral; pero ya hemos dicho

que databa de tiempos anteriores el origen de la ficcion romanescas.

Solo nos queda que añadir, que ni J. J. Rousseau, ni Goëte, ni Richardson, son tampoco los primeros que hayan escrito novelas epistolares, y que son los antiguos los iniciadores tambien de este artificio literario, por el que, lo decimos de paso, tenemos una predileccion extraordinaria.

Alciphron habia ya escrito sus preciosas *Cartas de pescadores de parásitos y de cortesanos*, y Forneo sus *Cartas eróticas*. Alciphron, sobre todo, es delicioso, y tiene cartas que estarian bien en una novela moderna. En una de ellas se refiere la famosa defensa que hizo Hipérides delante del Areópago, de la hermosa cortesana Phryné, acusada de impiedad, y absuelta cuando la desnudó su defensor y mostró aquella belleza ante los viejos jueces, que idólatras del arte, la consideraron como la obra mas bella de los dioses que la Grecia entera acabó por adorar, copiándola en la Venus de Gnido.

Pero dejemos ahora estos orígenes de la literatura romanescas, y atravesemos los siglos de la Edad média y los primeros de la edad moderna, en los que florecieron esas leyendas, hermosas á veces, pero las mas absurdas y fabulosas, á que dió nacimiento la mezcla de barbarie, de fanatismo religioso, de galanterías y de heroismo de aquellos tiempos, y que se llamaron *Libros de caballerías*, mas célebres todavía que por ellos mismos, por haber sido la causa de que viniese al mundo una obra admirable y eterna—*el Quijote*. Lleguemos al fin del siglo pasado y á la época presente, en que debe colocarse, en

realidad, el apogeo de la novela, y en que se ve de bulto su inmensa importancia en la civilización y en las costumbres.

Ya Voltaire y Rousseau emprendieron la tarea de popularizar sus teorías filosóficas con la forma novelesca, y dieron verdaderamente desarrollo á la novela filosófica y moral. El patriarca de Ferney escribió una serie de historietas del mas alto interés, en las que disfrazó hábilmente sus ideas, y en las que presenta estudios morales consumados. En ellas se muestra siempre el ardiente propagador de las atrevidas innovaciones que debian producir la asombrosa revolucion política y religiosa con que terminó el siglo XVIII, y con tal objeto se aprovecha de todos los recursos de la fantasía. El sentimiento, el ideal, la sátira, la caricatura, todo le sirve y todo lo maneja como hábil esgrimidor.

El filósofo de Ginebra sigue un sistema diverso y quizás de mayor trascendencia. Con iguales fines que Voltaire, apóstol tambien de las nuevas doctrinas, dotado de mayor sensibilidad y de mayor destreza para manejar los ocultos resortes del corazon humano, escribió su *Heloisa* y su *Emilio*, que pronto, muy pronto, tuvieron una reputacion universal y causaron una conmocion en el pueblo frances. Rousseau se abria paso en el corazon de las mujeres con el exquisito sentimiento que rebotaba de los amores de su heroína, y preocupaba hondamente los espíritus con el *Emilio*, abriendo nuevos horizontes á la educacion del hombre.

Poco despues que estos dos escritores, vino Bernardino de Saint-Pierre con su bellísima creacion de *Pablo y Vir-*

ginia, en que supo reunir á toda la frescura é inocencia del idilio, todo el interés del drama y la amargura y tristeza de la elegía. Esta obra incomparable ha obtenido, como las grandes obras del génio, un renombre universal y el privilegio de hacer derramar lágrimas en todos los pueblos civilizados y donde quiera que latén generosos pechos y que hay almas tiernas y virtuosas. *Pablo y Virginia* es el ideal de perfeccion que soñó la antigüedad al producir sus pastorales, á las que faltaba la dulzura de la virtud de estos dos jóvenes amantes, para llegar á la sublimidad.

Casi por este mismo tiempo la Alemania se conmovia por la aparición de las novelas de Goëthe, novelas en que el sentimiento se llevaba á un grado de exaltacion que podia producir el extravío. El autor de *Werter* y de *Wilhelm Meister* fundó, por decirlo así, una escuela novelesca, así como fundó con el *Fausto* una escuela poética. Eran los primeros vagidos del romanticismo moderno.

Pero la impresion causada por todas estas obras, tanto francesas como alemanas é inglesas, pronto se olvidó, y aun la literatura romanesca se detuvo en sus progresos á la llegada de la revolucion que agitó al mundo á fines del siglo XVIII. Los tremendos rugidos de aquella tempestad poderosa todo lo acallaron en derredor suyo, y las grandezas trágicas de la revolucion eclipsaron pronto la modesta gloria de la leyenda. El estampido del cañon aturdió á la Europa, y en medio del fragor de aquellos combates ciclopeos, apenas se oian los cantos del patriotismo, ó la voz de los tribunos proclamando los derechos

del hombre, ó el gemido de las víctimas que consagraban con su sangre las aras de la libertad.

Todo en aquella época estaba trastornado por la fiebre política. Pero pasó, y la nueva florecencia de la literatura debia ser mas fecunda en el presente siglo. Hé ahí que hemos llegado al tiempo en que la novela, dejando sus antiguos límites, ha invadido todos los terrenos y ha dado su forma á todas las ideas y á todos los asuntos, haciéndose el mejor vehículo de propaganda.

No hay que decir ahora que la novela es una composicion inútil y frívola, de mero pasatiempo, y de cuya lectura no se saca provecho alguno, sino por el contrario, corrupeion y extravíos. Verdad es que de muchas no solo puede decirse esto, sino que son dignas de condenacion, debiendo atacarse con tanta mas energía sus efectos y evitarse su influencia, cuanto mayor es el atractivo que tienen; pero por fortuna la reprobacion pública las hiere apenas han nacido, y no faltan ingenios que se apresuran á dar el contraveneno necesario para impedir los estragos de la idea inmoral.

Pero generalmente hablando, la novela ocupa ya un lugar respetable en la literatura, y se siente su influencia en el progreso intelectual y moral de los pueblos modernos. Es que ella abre hoy campos inmensos á las indagaciones históricas, y es la liza en que combaten todos los dias las escuelas filosóficas, los partidos políticos, las sectas religiosas, es el apóstol que difunde el amor á lo bello, el entusiasmo por las artes, y aun sustituye ventajosamente á la tribuna para predicar el amor á la patria, á la poesía épica para eternizar los hechos gloriosos de los héroes, y

á la poesía satírica para atacar los vicios y defender la moral.

Todo lo útil que nuestros antepasados no podían hacer comprender ó estudiar al pueblo bajo formas establecidas desde la antigüedad, lo pueden hoy los modernos bajo la forma agradable y atractiva de la novela, y con este respecto no pueden disputarse á este género literario su inmensa utilidad y sus efectos benéficos en la instruccion de las masas. Bajo este punto de vista, la novela del siglo XIX debe colocarse al lado del periodismo, de la libertad de enseñanza, del teatro, del adelanto fabril é industrial, de los caminos de hierro, del telégrafo y del vapor. Ella contribuye con todos estos inventos del genio á la mejora de la humanidad y á la nivelacion de las clases por la educacion y las costumbres.

La historia de ese gran libro de la experiencia del mundo está de hoy en mas abierto ante todos los ojos, y su conocimiento no será el privilegio de un grupo de hombres favorecidos por la suerte, pues engalanada con los atavíos de la leyenda, se la hace aprender al pueblo, que saca de ella provechosas lecciones. Algunos opinan que esta manera de escribir la historia la desnaturaliza y corrompe las fuentes de la verdad. Nosotros respondemos que no hay forma histórica que no ofrezca ese peligro cuando el escritor carece de criterio, ó cuando el interes de un partido se apodera de tal recurso para hacer triunfar sus ideas. Dad el buril histórico á un adulator de los Césares, y tendreis un panegírico vergonzoso; dadlo á Tácito, y tendreis á la verdad majestuosa denunciando las infamias de la tiranía. Leed las páginas de Solís sobre la conquista de México,

y vereis fábulas ridículas como las que puso Herodoto en su libro, desnaturalizando hechos verdaderos; pero estudiad á Prescott, que ha sabido con sana crítica descartar lo verdadero de lo falso, y tendreis la buena historia. Así pues, la novela no es la que trae en sí este inconveniente, sino la intencion ó la capacidad del escritor; y aquella novela histórica será mas estimable, que presente los hechos con mayor imparcialidad: ademas de que para combatir los errores se ofrece el mismo medio á los autores que deseen defender la verdad contra la impostura.

Sin duda alguna la novela histórica ha hecho un gran servicio, y por eso se cultiva hoy en casi todos los países civilizados. Su desarrollo en la bellísima forma moderna se debe á Walter Scott, que ha hecho conocer en todo el mundo con sus encantadoras leyendas la historia de su país, antes muy ignorada. El novelista escocés no solo ha descrito con su mágica pluma los cuadros históricos de su patria, sino tambien algunos de la historia de Francia, como en *Quentin Durward*, y otros de la poética guerra de las Cruzadas, como en el *Talisman*, y al mismo tiempo ha pintado las costumbres de diversas épocas con una fidelidad sorprendente. Sus obras, que obtuvieron desde luego una boga inmensa y la siguen teniendo, no solo produjeron el resultado de difundir el conocimiento de los hechos pasados y la aficion á la historia filosófica, sino tambien el de fundar una escuela que se apresuraron á seguir numerosos escritores de diversos pueblos.

Entre estos se ha distinguido Alejandro Dumas, que ha vulgarizado gran parte de la historia de Francia en multitud de obras que han llegado á ser popularísimas, y

por las cuales han obtenido una reputacion universal. El fecundo novelista frances tambien ha hecho irrupciones en la historia de otros países, y á ellas debemos su bellísima *Actea*, en que presenta el cuadro de la Roma antigua en tiempo de Neron, su *Agenor de Mauleon* el de la mano de hierro, que pinta la época de D. Pedro el I de Castilla, su *Montevideo ó la nueva Troya*, en la cual, invadiendo nuestro continente, describe la guerra de la República oriental del Uruguay contra Rosas, el famoso dictador de Argentina. Ultimamente, su *San Felice* es, como él dice, un monumento á la gloria del patriotismo napolitano, pues refiere la revolucion de este pueblo contra los borbones y la proclamacion de la república partenópea á fines del siglo pasado.

Despues de él, una falange de jóvenes se ha precipitado en el mismo camino, y puede decirse muy bien que hoy apenas hay suceso notable, apenas hay secreto, apenas hay rey de Francia ó noble baron antiguo, que no haya tenido su novelista, porque despues de agotadas las crónicas generales de Francia, los autores han acudido á los manantiales que les ofrecian las crónicas particulares de las provincias, de las casas feudales y hasta de los castillos mas pequeños. Todo se ha explotado ó se sigue explotando, de modo que la vida de un hombre no seria bastante larga para leer ese cúmulo inmenso de novelas históricas.

Tambien se ha distinguido notablemente y debe ser mencionado al par que Dumas, un eminente escritor americano, Fenimore Cooper, que mas semejante á Walter Scott que el escritor frances, escribió una serie de lindi-

simas novelas, describiendo con pincel maestro la fundacion de las colonias europeas en los Estados-Unidos, sus guerras con las valientes tribus aborígenes, y aun algunas de las proezas de sus héroes de la independencia. Tales cuadros de Cooper sorprenden por su originalidad; han tenido extraordinario éxito en el mundo, y con razon han sido colocados al lado de los del novelista escocés.

En la actualidad florece en España un ingenio tan fecundo como Dumas, y que añade á su fecundidad la circunstancia de tener un carácter literario propio y eminentemente nacional. Queremos hablar de D. Manuel Fernandez y Gonzalez, que ha escrito ya tantas novelas cuantas son suficientes para formar una biblioteca. Este escritor ha sabido aprovecharse de los ricos tesoros que encierra para el novelista la historia de esa poética y grandiosa España, que por sus glorias, sus monumentos y su importancia en el mundo, tiene pocas rivales. Estos tesoros aun no están agotados y tardarán mucho en agotarse todavía. Las novelas españolas están obteniendo una boga inmensa, no solo en la Península, sino en todos los países en que se habla la hermosa lengua castellana, y se traducen diariamente á las otras lenguas, llegando hoy su turno á la historia española de llamar la atencion, como la llamó ayer la francesa por medio de la novela. Fernandez Gonzalez es tan popular como Walter Scott y Dumas, en las naciones hispano-americanas particularmente, y tanto, que se da la circunstancia notable de estarse reproduciendo sus obras en los folletines de casi todos los periódicos mexicanos, y se agotan las ediciones que vie-

nen de España. Por lo demás, justo es decir que Fernandez y Gonzalez ha tenido como predecesores en la novela histórica española, á Larra, á Aiguales de Izco, á Ariza, á Navarro Villoslada y á otros que produjeron pocas pero notables obras de este género. Así, pues, España que ya ocupa el primer lugar por su obra inmortal *El Quijote*, ocupará uno muy distinguido tambien por sus novelas modernas.

En cuanto á la América española, nosotros no sabemos de otra produccion mas feliz que la *Amalia* de Mármol, cuadro palpitante y bellissimo, como todo lo que crea ese eminente poeta, de una época dolorosa para Buenos-Aires, aquella de la dominacion de Rosas. Esta novela rivaliza con ventaja con las mejores europeas. Ultimamente se han publicado tambien en la América del Sur otras muchas desconocidas en México y que seria largo enumerar.

Las doctrinas sociales, todos los principios de regeneracion moral y política, propiedad exclusiva antes de la tribuna, de la cátedra y del periódico, se apoderan tambien de la novela y la convierten en un órgano poderoso de propagacion. Para no mencionar otras, ahí está la mas grande novela social de nuestro siglo, *Los Miserables*, que será leída, como dice su autor, mientras haya quienes sufran sobre la tierra. Ahí están las obras de Süe, que han preocupado fuertemente los espíritus con las cuestiones que entrañan; ahí algunas hermosísimas de Clemencia Robert, esa tierna poetisa del pueblo, que nosotros no vacilaremos en colocar al lado de Victor Hugo; ahí está la *Cabaña del tío Tom* que interesó al mundo de los desgra-

ciados esclavos y que dió impulso á la revolucion abolicionista de los Estados-Unidos; ahí están las obras de Balzac, de las que cada una es un estudio de la sociedad moderna con sus dolores y sus esperanzas, con sus vicios y sus virtudes.

Verdad es que en este punto hay infinidad de producciones estúpidas que desconceptúan tanto al que las escribe como al que las lee, sucediendo lo mismo en la novela moral; pero entiéndase que nosotros queremos hablar de aquellas obras en las que resplandece el talento y que encierran una intencion filosófica, noble y útil, no de aquellas que pervierten el buen sentido, y unen á la frivolidad mas grande, la maldad mas profunda. Descartaremos, pues, de nuestra lista las historietas de Paul de Kock, de una moral equívoca, por mas que sean estudios acabados de las costumbres francesas, y los infames cuentos milesios del tiempo del Directorio, del Consulado y del Imperio en Francia, producto de la disolacion de costumbres que siguió á los grandes trastornos de aquella época, y uno de los cuales valió á cierto marqués de Sardes un encierro en la torre de Vincennes. Así hemos descartado tambien de la novela histórica las desgraciadas y soporíficas leyendas del vizconde d'Arlincourt, que hicieron las delicias de los ignorantes hace treinta años, y así descartaremos de la novela de costumbres toda esa cáfila de cuadros disparatados de la sociedad americana, pintados por charlatanes extranjeros, y que no merecen mencion, si no es para condenarlos al desprecio.

En las novelas de costumbres se necesita tan grande dosis de fina observacion y de exactitud, como para las no-

velas históricas se necesitan instruccion y criterio. De otro modo solo se producirán monstruosidades ridículas, que no merecerán mas elogio que el *risum teneatis* de Horacio. Así pues, descartaremos tambien de las novelas de costumbres algunas del americano *Maine Reid*, que tiene pretensiones de imitar á Cooper, y que ha pintado á los mexicanos de un modo que ni ellos mismos se conocen.

Por igual razon condenaremos algunos cuentos estúpidos de Octavio Feré y de otros muchos que han pretendido dibujarnos, y sobre todo, esa *Esposa mártir*, que Perez Escrich no ha tenido empacho en publicar y aun enviar á México hace poco, tan desdichada como todas las suyas, pero en que tiene el raro acierto de ensartar tantas necedades con respecto á nosotros, que indignarian si no hiciesen reir de buena gana.

Pero no hay duda en que los cuadros de costumbres de ese mismo Walter Scott, padre de la novela histórica, los de Carlos Dickens, los de Fernán Caballero y los de Elías Berthet, son de una verdad sorprendente y reúnen á una moralidad intachable, una gracia y una sencillez que hechizan.

El simple cuento de amores ocupa el último lugar por su importancia, y en él no deben buscarse mas que elevacion, verdad, sentimiento delicado y elegancia de estilo. La novela puramente amorosa debe ser un ramillete de flores que recree la vista y halague los sentidos, y que si no muestre alguna cuyo perfume sea saludable, al menos no oculte otra venenosa; debe ser una copa de sabroso licor, que si no contenga alguna medicina desleida, al me-

nos no produzca torpe y peligrosa embriaguez que haga daño, ó tósigó que cause la muerte.

En la leyenda de amores, lo confesamos, puede haber gran peligro. La juventud gusta de ella, la busca con afán y la devora sin precaucion. Justamente es el tiempo en que el corazon, semejante á una flor de la mañana, se abre inocente y puro á las primeras impresiones, y las acoge y las guarda con ternura. ¡Ay de él si en vez de una brisa pura y saludable, vienen á corroer su seno las exhalaciones infectas y desecantes del pantano del mundo! El corazon se marchitará pronto, en vez de permanecer lozano y fresco por toda la vida.

Tanto mayor es el peligro cuanto que los directores de la juventud, parientes ó maestros que defienden el alma jóven del contacto del mundo y del vicio, no siempre son bastantes á impedir la entrada de esos pequeños libros dorados, en que se aprende demasiado pronto lo malo, y en que con el dulce néctar del sentimiento se bebe el corrosivo veneno de la duda, del desprecio al honor, juntamente con el amor al deleite sensual. Los cuadros seducen, las reticencias malignas despiertan la curiosidad, el lenguaje de la pasion embriaga, y si no se encuentra en la lectura una fuerte dosis de moralidad, el alma se extravía. No somos nosotros de aquellos que desearian la prévia censura en las lecturas de la juventud, ni de esos otros que condenan la lectura novelesca por peligrosa é inútil y que se burlan de la instruccion que pueda dejar. No: nosotros comprendemos que la novela es un ejercicio útil y agradable para la imaginacion, así como la música y así como el paseo y el baile son útiles á la organizacion físi-

ca. Cuando el alma se fatiga de las tareas graves del estudio ó de las enfadosas preocupaciones del trabajo físico, desea un descanso agradable, un entretenimiento inocente, y entonces la lectura de poesías ó de novelas viene á ser una necesidad; y de ahí el que desde la infancia de la civilizacion, el cuento del hogar haya sido la delicia de la familia, dando así origen á la novela tal como la vemos hoy.

Pero nosotros deseamos la moral ante todo, porque fuera de ella nada vemos útil, nada vemos que conduzca á la dicha, nada vemos que pueda llamarse verdaderamente placer; y como los sentimientos del corazon tan fácilmente pueden ser conducidos al bien individual y á la felicidad pública cuando se forman desde la adolescencia, deseamos que en todo lo que se lea en esta edad haya siempre un fondo de virtud. Lo contrario hace mal, corrompe á una generacion y la hace desgraciada, ó por lo menos la impulsa á cometer desaciertos que son de difícil enmienda.

El *Werther* de Goëthe extravió muchas almas; más de un corazon puro ha debido sus desdichas á una novela de Jorge Sand; muchos de esos libertinillos de pacota, de esos *calaveras silvestres y lampiños*, como los llama Fígaro, toman sus modelos en las novelas coloradas de Pablo de Kock y van á un presidio por ello de cuando en cuando; algunas damas encopetadas han querido reproducir á *Adriana de Cardoville* y á la *Dama de las perlas*, y cuando estuvo en boga *La Dama de las Camelias*, se vieron pasiones singulares, no por heroínas cuyo apoteosis justifica Dumas (hijo) con el sentimiento, sino por criaturas perdidas que no valian la pena.

En el cuento de amores el ingenio puede hacer lo que quiera; y ya que lo puede todo, ¿por qué no reunir el encanto á la moral? Las luchas del corazon no necesitan del vicio para ser interesantes. Se dirá—Pero así es el mundo.—Enhorabuena; pero ¿por qué en vez de condenar con el ridículo ó con la desgracia esas negras realidades de la vida, añadirles la seducción de la poesía y el atractivo de la fortuna?

Bajo este punto de vista Walter Scott es irreprochable, y al acabar de leerse cualquiera de sus novelas, se siente una impresion indefinible de placer.

Una nueva escuela, alemana por cierto, ha añadido todavía á la forma romanesca un atractivo mas, lo fantástico; lo fantástico, á que son tan inclinadas las imaginations del Norte. Pero lo fantástico de cierta especie, no lo fantástico de los pueblos primitivos que es común á todos los países y que ha nacido del terror religioso y de la ignorancia, sino lo fantástico ideal, si podemos expresarnos así. Hofman es el padre de esta escuela, que se ha seguido en Francia y en que se han hecho débiles ensayos en España. Los cuentos de Hofman han adquirido gran celebridad, y nosotros no los admiramos tanto por su originalidad como por su exquisito sentimiento.

En fin, la novela es el monumento literario del siglo XIX. Si este monumento es grandioso ó indica la decadencia de la civilizacion, no lo sabremos decir, y tocará á las generaciones futuras declararlo; pero lo cierto es que este género, antes apenas conocido y cultivado, ha llegado hoy á su completo desarrollo, y que, Proteo de la lite-

ratura, ha aceptado todas las formas y se ha revelado á todas las inteligencias.

No concluiremos este ensayo sin advertir que nosotros hemos considerado la novela como lectura del pueblo, y hemos juzgado su importancia no por comparacion con los otros géneros literarios, sino por la influencia que ha tenido y tendrá todavía en la educacion de las masas. La novela es el libro de las masas. Los demas estudios, desnudos del atavío de la imaginacion, y mejores por eso, sin disputa, están reservados á un círculo mas inteligente y mas dichoso, porque no tiene necesidad de fábulas y de poesía para sacar de ellos el provecho que desea. Quizás la novela está llamada á abrir el camino á las clases pobres para que lleguen á la altura de este círculo privilegiado y se confundan con él. Quizás la novela no es mas que la iniciacion del pueblo en los misterios de la civilizacion moderna, y la instruccion gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir. Quién sabe! el hecho es que la novela instruye y deleita á ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aun teniéndolas no poseería su clave; el hecho es que entretanto llega el dia de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores á las masas, la novela, como la cancion popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de union con ellas, y tal vez el mas fuerte.

Hemos hecho este ensayo expresamente para venir á parar á la novela de nuestro país. Como se ve desde luego, estamos en la infancia en el cultivo de este ramo de la literatura. Sin embargo, algunos ingenios, aunque muy pocos, han abierto ya el camino, y debe mencionarse en

primer lugar á D. Joaquin Fernandez Lizardi, que tan popular es en México bajo el seudónimo de *El Pensador Mexicano*, cuyas obras son sin duda las mas conocidas de nuestro pueblo, y á quien puede llamarse con razon el patriarca de la novela mexicana.

La mas famosa de esas obras es el *Periquillo*, de la cual es inútil hacer un análisis, porque puede asegurarse, sin exageracion, que no hay un mexicano que no la conozca, aunque no sea mas que por las alusiones que hacen frecuentemente á ella nuestras gentes del pueblo, por los apodos que hizo célebres, y por las narraciones que andan en boca de todo el mundo. Lo que sí diremos, es que el *Pensador* se anticipó á Sñe en el estudio de los misterios sociales, y que profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instruccion adelantada, penetró con su héroe en todas partes, para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mexicana, y para pintarla como era ella á principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad y completo, al grado de tener pocos que le igualen.

El *Pensador* vivia en una época de fanatismo y de suspicacia, en que cualquier arranque atrevido, cualquiera idea de libertad, cualquier pensamiento de innovacion costaba caro. Era el tiempo todavía de los vireyes y de la Inquisicion, y sin embargo, su novela es una sátira terrible contra aquella sociedad atrasada é ignorante, contra aquel fanatismo, contra aquella esclavitud, contra aquella degradacion del pueblo, contra aquella educacion viciosa y en fermiza, contra aquellos vicios que hubieran consu-

31140

UNIVERSIDAD DE SAN LUIS DE LOS RIOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MONTENEGRO"
625 MONTENEGRO, ME

mido la sávia de esta nacion jóven, si no hubiese venido á vigorizarla el sacudimiento de la revolucion.

El novelista, como un anatómico, muestra las llagas de las clases pobres y de las clases privilegiadas, revela con un valor extraordinario los vicios del clero, muestra los estragos del fanatismo religioso y las nulidades de la administracion colonial, caricaturiza á los falsos sábios de aquella época y ataca la enseñanza mezquina que se daba entonces; entra á los conventos, y sale indignado á revelar sus misterios repugnantes; entra á los tribunales, y sale á condenar su venalidad y su ignorancia; entra á las cárceles, y sale aterrado de aquel *pandemonium*, del que la justicia pensaba hacer un castigo arrojando á los criminales en él, y del que ellos habian hecho una sentina infame de vicios; sale á los pueblos y se espanta de su barbarie; cruza los caminos y los bosques y se encuentra con bandidos que causan espanto: por último, desciende á las masas del pueblo infeliz, y compadece su miseria y le consuela en sus pesares, haciéndole entrever una esperanza de mejor suerte, y se indentifica con él en sus dolores y llora con él en su sufrimiento y en su abyeccion!

El *Pensador* es un apóstol del pueblo, y por eso este le ama todavía con ternura, y venera su memoria, como la memoria de un amigo querido. Su moralidad es intachable, y era con el acento de la verdad y de la virtud con el que moralizaba y consolaba á los desgraciados y condenaba á los criminales. Aquella obra debía atraerle atroces persecuciones; y en efecto, el fanatismo religioso le lanzó sus anatemas, y la tiranía política le hizo sentar en el banquillo del acusado. Sufrió mucho, comió el pan del

pueblo regado con las lágrimas de la miseria, y bajó á la tumba oscurecido y pobre, pero con la aureola santa de los mártires de la libertad y del progreso, y con la conciencia de los que han cumplido una mision bendita sobre la tierra. Sobre su tumba ignorada no va el pueblo á depositar coronas votivas, ni un triste ciprés la marca á la ternura de los infelices; pero ellos le consagran un altar en su corazon, y la inocente alegría que les causa, aun ahora, aquel precioso libro, es un tributo que se ofrece, mezclado con suspiros, al recuerdo de su bondad.

Si algo puede tacharse al *Pensador*, es su estilo, que sea intencionalmente ó porque no pudo usar otro, es vulgar, lleno de alocuciones bajas y de alusiones no siempre escogidas. Pero ciertamente, si hubiese usado otro, ni el pueblo le habria comprendido tan bien, ni habria podido retratar fielmente las escenas de la vida mexicana. Este reproche del estilo que le han dirigido desde hace tiempo críticos poco profundos, queda desvanecido desde que vemos á autores afamados como Víctor Hugo y Eugenio Süe, hacer hablar á sus personajes el *argot* del populacho mas bajo de Paris; y ya se sabe que *Los Misterios de Paris* y *Los Miserables* son obras que ocupan el primer lugar en la literatura contemporánea. Evidentemente este, lejos de ser un defecto, es una cualidad, porque retrata fielmente las costumbres. El *lépero*, la *china*, el *bandido*, y aun el *currutaco*, el *estudiante* y las *damas* de entonces, no podian hablar el lenguaje del petimetre de hoy, ni el de las damas de nuestra aristocracia, ni el de los hombres instruidos de la actualidad.

En cuanto á la forma del *Periquillo*, no puede acusar-

se al Pensador de no haberla hecho mas elegante. El no tenia mas que los modelos antiguos que imitar, y los imitó cuanto pudo. El *Periquillo* está modelado en el *Quijote*, en *Rinconete y Cortadillo*, en el *Picaro Guzman de Alfarache*, en el *Lazarillo de Tórmes*, en el *Gran Tacarño* y en el *Gil Blas*, por ejemplo. Las aventuras del héroe están narradas con método y conservan su interés hasta el fin, como las del *Gil Blas*, con el que tiene mayor semejanza.

Esta fué la primera novela nacional. Nosotros omitimos aquí el análisis de las demas obras del Pensador, que tienen el mismo estilo y la misma intencion filosófica. Despues vinieron algunos juguetes de Villavicencio, mas conocido con el nombre del *Payo del Rosario*, otro escritor democrata y mártir de sus ideas; pero ellos, mas bien que la forma romancesca, revestian la forma de sátira política.

Hubo un paréntesis de largo tiempo. Nuestros antepasados de hace cuarenta años condenaban la novela sin oirla, y la cerraban sus puertas con el mismo terror que á la peste. Por otra parte, el movimiento literario era nulo, y todo se consagraba á las áridas cuestiones de la política.

La primera época de entusiasmo literario reapareció por fin; y un jóven, entonces consagrado con ardor á la bella literatura y notable por su talento, por su fina observacion y por los conocimientos adquiridos en sus viajes y en sus estudios de las obras extranjeras, fué el nuevo autor. Llamábase este D. Manuel Payno, y la nueva produccion *El Fistol del Diablo*. Tuvo una popularidad me-

recida, porque era tambien un estudio de la sociedad mexicana, ya un poco diferente de aquella que pintó el Pensador; aunque es necesario decir que como las costumbres no se cambian como una decoracion teatral, aun ahora mismo viven muchos tipos del *Periquillo*, y aun no desaparecen completamente las costumbres ni el lenguaje popular de aquella época.

Pero Manuel Payno tenia mayor instruccion que Lizardi: la literatura extranjera, y particularmente la francesa, habia penetrado en nuestro país por las puertas que abrió la República, y por otra parte la libertad era mayor, aunque el fanatismo fuese todavía bastante poderoso. *El Fistol* tuvo una forma mas elegante; su estilo era florido, ameno y escogido: el gusto en las frases, en las escenas de amor y en los tipos, revelaba desde luego al hombre fino y que frecuentaba la mejor sociedad, al poeta lleno de sensibilidad y de ternura, al discípulo de una escuela literaria elegante y al hombre de mundo. Se leyó con avidez esta novela, y aun se tuvo una gran ansiedad cuando el autor la suspendió al fin, dilatando la publicacion del desenlace.

Esta no fué la única novela de Payno; á ella siguieron pequeñas leyendas, todas graciosas é interesantes, y cuyo único defecto era ser demasiado pequeñas.

Despues de Payno hubo otro paréntesis, hasta que Fernando Orozco y Berra publicó su *Guerra de treinta años*, novela bellísima, original, escéptica, sentida, que respira voluptuosidad y tristeza, y que es la pintura fiel de las impresiones de un corazon corroido por el desencanto y por la duda, y que habia entrado en el mundo ávi-

do de amor y de goces. Nosotros pondríamos por epígrafe al libro de Orozco, esta quintilla de Enrique Gil:

¡Ay del corazon del niño
Que se abrió sin vacilar,
Sin reserva y sin alifio,
Pidiendo al mundo cariño,
Y no lo pudo encontrar!

La Guerra de treinta años es la historia de un corazon enfermo; pero es tambien la historia de todos los corazones apasionados y no comprendidos. Fernando Orozco fué muy desgraciado; murió joven y repentinamente, poco despues de la publicacion de su novela, que es la historia de su vida. Los personajes que en ella retrata, vivian entonces, algunos viven aún, y los jóvenes, á quienes su narracion interesó en alto grado, hacian romerías para ir á conocer á aquella ingrata Serafina que fué la negra deidad de sus amores.

Fernando Orozco tiene una extraña semejanza con Alfonso Karr, y hasta la forma loca y original de la *Guerra de treinta años* es la misma que la de *Bajo los tilos* de aquel, que segun la carta final, es tambien la historia de sus pesares. Leyendo ambas novelas se sorprende uno de su analogía.

Despues de Fernando Orozco hubo nuevo paréntesis hasta Florencio María del Castillo, el pobre mártir de Ulúa, cuya memoria nos es tan querida. Era casi nuestro hermano, y al nombrarle y al hablar de sus obras, se conmueve nuestra alma al recuerdo de aquellos dias de la

juventud que pasamos juntos, soñando y hablando como sueñan y hablan dos seres á quienes une la fraternidad del amor á la gloria, de la poesía y de la juventud y de la desgracia.

Florencio del Castillo es sin duda el novelista de mas sentimiento que ha tenido México, y como era ademas un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelacion de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar mas, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caracteres, ó la exquisita ternura que rebosa de sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien el estilo elegante y fluido del diálogo, ó la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida en México.

Cada una de sus heroínas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razon, que para hacer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar á ésta, sino por el contrario, iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así, en sus leyendas no se ve á una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios y aborrecibles; ninguno de esos ejemplares de mujer maldiciente y procaz, que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazon, y haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No: Florencio era demasiado delicado para levantar del lodo á esos reptiles y mostrarlos á la sociedad, que hartó los conoce, y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos.

Las heroínas de Florencio son jóvenes virtuosas apasio-

nadas, melancólicas con esa melancolía que hace llorar y no aborrecer al mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman, y sufren, y luchan y lloran en silencio; pero jamás se desesperan: jamás se sublevan contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra, no: quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazón y solo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre los que sufren, entre los que no tienen mas goces que los del amor casto y sincero. Así como estas mártires de la desigualdad social, nos figuramos nosotros á aquellas mártires de la fe religiosa, á quienes la admiración de los primeros cristianos colocó junto al trono de Dios en el cielo y sobre los altares en la tierra! Los perfiles que dió Florencio á sus vírgenes, son los mismos que dió Rafael á las suyas, embelleciendo el tipo moral como éste embelleció el tipo físico.

Por lo demás, Florencio es un poeta en la extensión de la palabra; pero un poeta melancólico. Nadie como él supo, con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresión de honda tristeza, porque ese es el carácter de su poesía. Sus leyendas no concluyen en matrimonio, ni en abrazos, ni en agradables sorpresas; todas ellas se desenlazan dolorosamente como los poemas de Byron; pero di-

ferenciándose del poeta inglés en que la desdicha de sus héroes no produce desesperación, ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era escéptico.

En ternura y en pasión, las novelas de Florencio pueden rivalizar con *Pablo y Virginia*, pueden rivalizar con *Werther*, llevando á esta la ventaja de la moralidad; pueden compararse con la *Graziella* ó con el *Rafael*, de Lamartine, aventajándoles también en el estudio social y en la intención, y por estas razones pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.

En esto no exageramos: otros mas autorizados que nosotros han hecho las mismas observaciones ya, y nosotros no somos mas que el órgano de la opinión general de los inteligentes.

Tales son esas bellísimas leyendas del escritor republicano que murió mártir de su fe. Son varias, y se intitulan: *El cerebro y el corazón*, *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo!* *Dolores ocultos*, *La Hermana de los ángeles*. Ellas, menos la última, se publicaron en una elegante edición, precedida de un hermosísimo prólogo de Guillermo Prieto, y se han reimpreso varias veces. *La Hermana de los ángeles* apareció despues.

Para nosotros cada una de estas novelitas es un ramillete de azucenas y de cinerarias, ofrecidas por la mano de un apóstol ó de un mártir.

Muy poco despues, Pantaleón Tovar publicó sus *Ironías de la vida*, novela de costumbres populares y que entraña también el estudio social. Tovar concibió un plan vastísimo y lo modeló segun la famosa novela de Süe

Los Misterios de Paris, que entonces estaba en boga. Para desarrollarlo se consagró al estudio de las costumbres y aun del lenguaje especial del *argot* de nuestro populacho, que es tan abundante en locuciones extrañas y en palabras convencionales, como el *argot* parisiense y como el *caló* de los gitanos. Además, el autor tuvo que penetrar en todas las clases de la sociedad para examinarlas detenidamente, y que violar los misterios clericales que entonces entraban por mucho en la vida de nuestro pueblo. Con todos estos datos, Tovar escribió su novela, que se leyó mucho; pero Tovar es inconstante y se fatiga pronto en sus tareas literarias. Además, su alma parece devorada por un tedio incurable; ha sufrido mucho, y todas sus obras se resienten de una tristeza amarga que revela cierto desfallecimiento. La idea de su novela quedó trunca, y como él ha sido arrastrado también por el huracán de la política, y parece haberse retirado de la arena literaria al terreno prosaico de los guarismos, difícilmente la llevará á cabo.

Pasó el gobierno del general Arista, luego la dictadura de Santa-Anna; la literatura tuvo otro de sus períodos de mutismo frecuentes, y durante la administracion del general Comonfort volvió á dar señales de vida á la sombra de una paz que duró ¡ay! muy poco tiempo.

Entonces dos jóvenes aparecieron escribiendo novelas, Juan Diaz Covarrubias y José Rivera y Rio.

Las del primero también son ensayos de estudios sociales, y se dieron á luz bajo diferentes formas, llamándose *Impresiones y sentimientos*, *La clase média*, *El diablo en México* y *Gil Gómez el insurgente*, que parece una le-

yenda histórica. El carácter literario del joven mártir de Tacubaya, es bien conocido para que nos detengamos á analizarle. Aquella vaga tristeza, que no parecía sino el sentimiento agorero de su trágica y prematura muerte; aquella inquietud de una alma que no cabía en su estrecho límite humano; aquella sublevación instintiva contra una sociedad viciosa que al fin había de acabar por sacrificarle; aquella sibila de dolor que se agitaba en su espíritu pronunciando quién sabe qué oráculos siniestros; aquella pasión ardiente y vigorosa que se desbordaba como lava encendida de su corazón: hé aquí la poesía de Juan Diaz Covarrubias, hé aquí sus novelas.

Hay en su estilo y en la expresión de sus dolores precoces grande analogía entre este joven y Fernando Orozco. Hay en sus infortunios quiméricos como un presentimiento de su horrible martirio; y por eso lo que entonces parecía exagerado, lo que entonces parecía produccion de una escuela enfermiza y loca, hoy nos parece justificado completamente. Juan Diaz, como Florencio del Castillo, amaba al pueblo, pues se sacrificó por él; tenía una bondad inmensa, un corazón de niño y una imaginación volcánica, y todo esto se refleja en sus versos y en sus novelas, en cuya lectura cree uno ver á uno de esos proscritos de la sociedad que arrastran penosamente una vida de miseria y de lágrimas, y no á un joven estudiante de porvenir, bien recibido en la sociedad y llevando una vida cómoda y agradable, como realmente era. En sus versos, Diaz habla de sus desdichas como Gilbert, como Rodriguez Galvan y como Abigail Lozano. En sus novelas es dolorido y triste como un desterrado ó como un pária. ¡El núnen de la muerte le inspiraba, y todas estas que

jas eran exhaladas con anticipacion, para ir á morir repentinamente y en silencio en el Gólgota de Tacubaya!

José Rivera y Rio, ya conocido por sus bellas composiciones poéticas, como Diaz Covarrubias, tambien publicó varias novelas sociales. Rivera y Rio es tan original en su poesía como en su composicion romanesca. Joven, precoz, apasionado, vehemente, con un gran corazon y una alma ávida de todas las emociones, con una naturaleza sensual y delicada, aspirando con voluptuosidad el perfume de las rosas de su juventud, pero irritándose al contacto de las espinas, este poeta es la expresion de esa juventud fogosa é impaciente, de esa falange del porvenir para la que el reposo es la muerte, para la que el obstáculo es el imposible.

Rivera y Rio sueña con su ideal, sonríe acariciándolo en su imaginacion; pero cuando baja los ojos hácia la prosa de la vida y lo encuentra irrealizable, se indigna, se entristece y se rompe la frente calenturienta contra el muro de la maldad ó de la estupidez. De aquí ha venido que su carácter sea una rara mezcla de fe y de escepticismo, de ternura y de odio, de goce y de tormento. Su lira tiene transiciones increíbles; ya suena dulce y melancólica como el laúd de un trovador de la Edad média, ya cambiando de súbito, produce notas vibrantes, roncadas y terribles, como la cítara de un profeta antiguo arrebatado por la cólera.

Hay además, que Rivera y Rio abraza un fondo de honradez austera é intolerante. El no transige con el vicio, no puede ni siquiera disimular su indignacion en su presencia; le persigue, le vapula, le maldice, y cuando le

ve triunfante, no se da por vencido; lucha con él, le escupe, y derrama lágrimas de despecho por no poder aniquilarle. Demócrata por organizacion, ama al pueblo, el pueblo es su culto, y desea para él una órbita inmensa de libertades y de goces, como todos los liberales; pero cuando ve que esa hora sublime de redencion no llega todavía, sufre y se desespera. Tal es Rivera y Rio como poeta; tal es tambien como novelista. Si sus versos salen de su boca como un rugido de la tempestad, su novela es una invectiva social. El nombre solo de una de sus leyendas indicará sus teorías. *Fatalidad y Providencia* se llama esa série de cuadros llenos de sentimiento y de tristeza, pero que á veces aparecen iluminados por relámpagos de cólera y de duda. Su estilo es fluido y enérgico; á veces tierno hasta la dulzura, á veces incisivo hasta hacer mal; vehemente las mas veces, elegante siempre. Si Rivera y Rio nos perdonara una libertad, le aconsejariamos que se consagrara á la novela. El produciria obras que podrian rivalizar con las de Federico Soulié, porque tiene su mismo carácter.

Hemos colocado en este tiempo el lugar de las novelas de Rivera y Rio, que no se publicaron sino hasta 1861, porque su plan fué concebido entonces y porque él perteneció á esa época de renacimiento literario.

Pasó la administracion Comonfort y volvió á atravesarlo todo la guerra, esa guerra fatal que ha pesado sobre este país como una maldicion, y que ha cegado las fuentes de su riqueza material, así como ha paralizado su movimiento intelectual.

El gobierno progresista triunfó, y á su advenimiento á

México, la política siguió agitando todas las almas, la guerra civil siguió rugiendo amenazadora, y la bella literatura no pudo florecer sino penosamente.

La novela, sin embargo, volvió á aparecer con su color de actualidad y con su estudio contemporáneo. Un escritor instruido, fuera ya de la edad de la juventud y con una larga experiencia del mundo, fué el nuevo autor. D. Nicolás Pizarro Suarez había concluido y rejuvenecido su *Monedero*, y había escrito nuevamente su *Coqueta*, dos preciosas novelas que llamaron mucho la atención y que se leyeron con avidez.

Decimos que había rejuvenecido su *Monedero*, porque recordamos que cuando muy jóvenes y haciendo todavía nuestros estudios de latinidad, esta novela apenas comenzada, nos produjo agradable distracción en los ratos de ocio del colegio.

Pero Pizarro no la concluyó entonces ó no la popularizó, y nosotros no leímos su desenlace; de modo que en 1862, cuando su autor tuvo la bondad de regalarnos sus obras, nos pareció nueva enteramente.

El Monedero es una novela social y filosófica en la extensión de la palabra. No solo es un estudio de las costumbres, de las necesidades y de los vicios de la sociedad, sino un proyecto de reforma, un monumento filosófico elevado al amor del pueblo y propuesto á la consideración de los hombres pensadores para mejorar la educación y la suerte de las clases desgraciadas.

En esta obra, el amor es el atavío, es el color, es el perfume; pero el fondo es un asunto de mayor importancia. Es el socialismo en su aplicación práctica en nuestro país,

es la teoría del falansterio, no enseñada especulativamente por Víctor Considerant, sino desleída con habilidad en una hermosa leyenda de amor, y de tal modo presentada, que no puede menos que convencer y tentar. Por lo demás, en la teoría de Pizarro nada hay de utopía, nada hay que choque contra los intereses establecidos y contra los principios tradicionales. El tuvo cuidado de apartar todo lo que pudiera ser trastornador é impracticable; él crea sin destruir, él da sin quitar, él derrama la felicidad sobre el proletario sin hacer derramar lágrimas á nadie. El autor, hombre de una alma llena de ternura y de benevolencia, ha sabido dar tal prestigio á estas creaciones de su imaginación, que cuando se lee su obra, se siente una impresión dulcísima de consuelo y de bienestar. Todo el libro está sembrado de máximas del Evangelio de Jesús, y de máximas de ese Evangelio divino también y dulce de la democracia. Hay un sacerdote en el *Monedero*, en cuyo tipo Pizarro se adelantó á Víctor Hugo con su monseñor Myriel. En su teoría de asociación, todavía hay mas posibilidad práctica que en la teoría que presenta Eugenio Süe en su *Martin el expósito*. En suma, es harto consolador el leer un libro como este, en una época y en una sociedad en que los estragos del egoísmo se cuentan por minutos, y en que los predicadores del amor al pueblo nada hacen por su verdadera dicha, sino que por el contrario, se apresuran á esquilmarle y á apartarse de él para saborear á sus solas los goces de una riqueza improvisada.

El *Monedero* es además notable por su moralidad; tiene descripciones bellísimas y verdaderas de nuestras montañas, de nuestros pueblecitos, de nuestras ciudades: so-

bre todo, aquella de la gruta de *Cacahuamilpa* es preciosa. Tiene cuadros de gran interes histórico, como el de la llegada del ejército americano á México y otros que seria largo enumerar. Destruye muchas preocupaciones, y sobre todo, se distingue el autor por su conocimiento de la raza indígena, á la que profesa singular afecto.

Sin duda alguna, el plan de Pizarro es vastísimo y lo desarrolló con maestría, tocando infinitas cuestiones, abriendo diversos caminos de estudio á la juventud, penetrando en todas las clases sociales, pintando al vivo sus costumbres y sus aspiraciones, y desenlazando al fin su fábula romanesca de un modo conmovedor y tierno, con el triunfo de la virtud, que deja en los corazones una impresión grata.

Su novela, *La coqueta*, es de menor importancia. Es un cuento de amores; pero tambien es la fisiología del corazón de la mujer casquivana de nuestro país. Esta leyenda es un cuadro lleno de frescura y de sentimiento en que las situaciones interesan, en que el colorido seduce y en que la virtud resplandece siempre con el brillo de la victoria.

Ahora nos preguntamos despues de repasar en nuestra memoria esas leyendas, ¿por qué razon estos autores se han limitado á publicar una ó dos solamente? ¿Es que acaso carecen de asuntos? Es imposible. ¿El desaliento arranca la pluma de sus manos? Pero ¿por qué no la retiene el deseo de instruir al pueblo y de vindicar á su país calumniado? Porque presentar á nuestro pueblo tal como es, no solo debe ser la mision del periodista y del historia-

dor, sino del novelista, que tiene la ventaja de disponer de un terreno mas amplio para sus cuadros y sus defensas.

¿Quieren consentir en que algunos ignorantes novelistas de ultramar derramen en el mundo civilizado sus absurdas consejas sobre nosotros, y lo que es peor, sus negras calumnias, que pasarán por verdades si los mexicanos no las desmienten con sus obras mas dignas de crédito?

Acaba de publicarse, por ejemplo, *La esposa mártir*, de Perez Escrich, acerca de la cual hicimos ya una indicacion. Pues bien: la tal *Esposa mártir* del autor del *Curra de aldea*, es un tejido de disparates á que viene á dar realce esa ternura afectada y empalagosa y ese estilo soporífero que caracterizan las obras de este autor.

La *Esposa mártir* tiene lindezas como estas. D. Angel Guerra llega á la República mexicana y entra por el puerto del *Callado* (eh?). Despues se dirige á México, deja su fragata fondeada en *Puebla de los Angeles*, (¿qué tal?) Se aloja en casa de un amigo, que tiene un jardín cuya verja está bañada por el lago de *Santa Fe*, de manera que desde allí puede embarcarse para atravesar el lago. El amigo le invita para dar un paseo no muy lejano al *rio Gila*. Hay un general mexicano que viste chaqueta de terciopelo azul, que llama á sus ayudantes á pistoletazos y que manda fusilar á un enemigo suyo español, despues de almorzar con él. (Esta es una anécdota de las guerras de Argentina, contada por Dumas y plagiada por Escrich.) Hay, en fin, otras curiosidades que honran mucho á la Universidad en que Escrich estudió geografia, si es que la estudió. Increíble parece que un novelista de alguna nombradía y que escribe acerca de lo que se llamó

Nueva-España, incurra en semejantes dislates. Pues en esta parte, á nuestro Mateos no podrá hacerse semejante reproche jamás, porque aunque no ha viajado por Europa, sus descripciones de algunos edificios y lugares de allá son de una exactitud fotográfica, porque se ha tomado la pena de estudiar y de consultar.

Del mismo modo que Escrich, han incurrido otros autores extranjeros en crasos errores respecto de México, como Fernandez Gonzalez y como esa turba de escritor-cillos franceses y yankees que han dado á luz, con gran frescura, sus *Escenas de la vida mexicana*, sus *Impresiones en México*, etc., etc., en forma, ya sea de narraciones de viaje ó de leyendas. Por todo lo cual se hace preciso que nosotros nos anticipemos á cultivar la novela nacional.

Con Pizarro se cierra la serie de novelistas anteriores á nuestra última guerra con la Francia y el Imperio. Durante esta, se publicaron en Paris por la casa de Rosa y Bouret y vinieron á México, las dos primeras novelas de José María Ramirez, y una de Juan Pablo de los Rios, intitulada *El oficial mayor*. La última es un cuadro de costumbres bien dibujado y lleno de sentimiento. Juan Pablo de los Rios es un jóven que ha probado todas las dulzuras de la vida y todas sus amarguras. Sujeto á las duras pruebas de una suerte ingrata, la sufre con resignacion y busca en el trabajo y en el amor de la familia los consuelos que su corazon angustiado necesita. Conocedor de nuestra sociedad, en aptitud por su posicion anterior de conocer sus misterios y sus costumbres, aun en las clases elevadas, él ha podido presentar tipos exactos que le eran

familiares; y *El oficial mayor*, que es ya conocido en las Américas españolas, podrá dar una idea verdadera de nuestras cosas. Nosotros deseáramos que este jóven autor se consagrara al estudio de buenos modelos, que cultivára asiduamente la literatura, porque podria darnos en lo sucesivo ventajosas pruebas de su talento.

En cuanto á las obras de José María Ramirez, como todas tienen un carácter especial, las analizaremos al tratar de *Una rosa y un harapo*, que pertenece á este tiempo.

Despues del triunfo de la República, la literatura renace otra vez, y algunos escritores, movidos sin duda por las razones arriba expresadas, emprenden ya publicaciones importantes. De ellas vamos á hablar en la seccion siguiente, y damos aquí un respiro á nuestros lectores, fatigados ya con tan larga revista.

III.

La primera obra romanesca que se halla en esta última época, es decir, despues del Imperio, es *El cerro de las Campanas*, de D. Juan A. Mateos, jóven literato ya muy conocido como poeta lírico y como poeta dramático, y que ocupa un lugar ventajoso en el mundo de las bellas letras.

No vamos á hacer aquí el análisis de sus obras, que son ya numerosas; esta es tarea que emprendemos mas tarde y en nuestras revistas posteriores, cuando hagamos estudios sobre nuestros poetas nacionales.

Hoy solo mencionaremos su novela que acaba de terminarse y que ha sido muy bien recibida por el público, al grado de sobrepujar el número de suscritores á lo que habia esperado el autor, que se ha visto obligado á hacer segunda edicion de sus primeras entregas. Esto ha sido un acontecimiento en nuestra literatura, porque se ve bien claro que comienza á ser protegida de una manera eficaz, y que el talento no tiene ya por toda expectativa la indigencia y el olvido. La avidez de lectura que hay ya en el pueblo, va á ser satisfecha con obras nacionales, y la proteccion dejará de otorgarse exclusivamente á las novelas españolas ó francesas. Mateos ha abierto este camino, y su buena suerte en él va á servir de estímulo á muchos. De todos modos, él tiene el mérito de haberse arriesgado á atravesar un mar desconocido, en el que pilotos menos felices habian acabado por naufragar.

El Cerro de las Campanas es una novela histórica y de actualidad. Ella ha venido á satisfacer un deseo general expresado con impaciencia. Una guerra tremenda acaba de pasar. El país ha sido agitado por una serie de acontecimientos, cuya grandeza puede medirse por la atencion profunda con que los pueblos todos de la tierra han seguido su marcha, haciéndoles apreciar debidamente el carácter de México, antes tan desconocido ó desfigurado.

Pues bien: estos acontecimientos grandiosos y terribles, en los que la catástrofe ha sido decisiva y ruidosa, y en los que todo ha marchado como en un drama antiguo, hacia un fin sangriento y hacia un desenlace bastante memorable para servir de eterna leccion á la historia, como di-

ce Prevost-Paradol en su prefacio á la obra de Mr. Keratry sobre «Maximiliano,» no han sido recogidos todavía ni consignados de una manera que satisfaga las exigencias de la curiosidad pública. Publicaciones históricas, informes ó mutiladas, son las únicas que han podido hacerse, dominando siempre en ellas el espíritu oficial, ya sea de nuestra parte ó ya de la parte de los enemigos de México. Una historia filosófica falta, y quizás no es el tiempo de hacerla todavía; lo único que en semejantes circunstancias suele suplir la falta de la historia, á saber, la crónica, tambien ha sido descuidado, y las narraciones personales, juntamente con algunas tiras de periódicos que recogen los curiosos, es lo único que puede dar una idea imperfecta de esta guerra de México, tan notable por sus causas, tan interesante por sus peripecias y tan asombrosa por su término.

El pueblo tenia necesidad de una lectura cualquiera, en que se hubiesen compaginado los hechos memorables que acaban de tener lugar; el pueblo deseaba saber lo que habia pasado en todos los ámbitos de la República, queria conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus infortunios.

Mateos resolvió proveer á esta necesidad por medio de una lectura romanesca, en que á la fábula de su invencion estuviesen mezclados los relatos de los principales acontecimientos del drama mexicano. No creyó hacer la historia, sino formar un bosquejo; no fué su intencion dirigirse á los pensadores que recogen datos para escribir la historia del mundo, sino dirigirse á las masas del pueblo para coordinar sus recuerdos y sus indagaciones; de modo

que su obra no tiene pretensiones de ninguna clase; es una lectura popular y nada mas. El amor allí es casi un episodio; es la cadena que une las fechas históricas, es el camino de flores ó de espinas que va conduciendo, con rectitud á veces y á veces tortuosamente, á todos los lugares consagrados por la gloria ó por la desgracia, y que comienza en México en 1863 y concluye en Querétaro en 1867.

El Cerro de las Campanas es el título de esta novela, y él por sí solo significa el pensamiento del autor. Quizás en la narracion haya vacíos, quizás la unidad de la trama romanesca no se haya prestado á abrazarlos todos. La historia de nuestra guerra nacional no es cosa que se pueda encerrar en un libro como este. Muchos se necesitan para completarla, y pasarán largos años antes de que pueda decirse *nada falta*. Pero *El cerro de las Campanas* es la sinopsis, es el embrion, es el bosquejo; y el pueblo tiene ya donde buscar una efeméride, donde encontrar un retrato, donde justificar un recuerdo; y el extranjero que ignore nuestras cosas, podrá formarse idea de ellas por esa narracion, en que se ha unido á un estilo dramático y pintoresco, un fondo de patriotismo exaltado.

No hablaremos de su estilo, de su trama ni de su desenlace, porque apenas hay quien no conozca la novela de Mateos, que ha entrado lo mismo al estudio del literato que al humilde cuarto del menestral. Solo diremos que ha sido universalmente bien acogida y que ha producido á su autor regular recompensa. Gracias á Dios que los afanes del literato ya no recogen en este país solo el olvido y el menosprecio por premio de sus tareas. Mateos,

animado por este buen éxito, continúa en sus trabajos y va á publicar otra novela de actualidad, histórica tambien y de la que hablaremos en nuestra próxima revista, cuando la hayamos leído ya.

Apenas comenzado á publicar *El cerro de las Campanas*, el general Riva Palacio anunció y publicó tambien una novela histórica, con el título de *Calvario y Tabor*, en la primer página de la cual escribimos nosotros algunas líneas pálidas para expresar el pensamiento del autor, pero en que hacíamos una indicacion sobre su objeto. El general Riva Palacio, ventajosamente conocido tambien como poeta lírico, como poeta dramático y como jurisconsulto, agrega á estas circunstancias la muy atendida de haber sido uno de nuestros héroes mas ilustres, uno de nuestros caudillos mas ameritados en la guerra que acaba de pasar, y cuyas aventuras militares se prestan, como pocas, á la composicion romanesca, coincidiendo en esto con su abuelo, el inmortal general Guerrero, cuyo nombre es conocido ya en todo el mundo por sus proezas y su grandeza de alma en la primera guerra de independencia.

El caudillo popular y querido, retirado al hogar doméstico despues de la azarosa campaña en que no ha descansado, quiso glorificar al humilde y buen soldado del pueblo que le habia acompañado tanto tiempo, y recoger en una leyenda las gloriosas páginas de sus recuerdos de guerra, para satisfacer los deseos de un corazon agradecido y para eternizar tantas gloriosas hazañas que sin él corrian el peligro de olvidarse pronto privando á la historia nacional de tantos motivos de legítimo orgullo.

Calvario y Tabor es la historia de la guerra en el centro de la República; es la epopeya de esos hombres titánicos, que se mantuvieron á las puertas de la capital del Imperio sin alejarse nunca, sin desmayar ni doblegarse, haciendo frente al ejército francés, rodeados de enemigos, defendiendo la bandera nacional aislados y sin esperanzas, pero con la sublime fe del patriotismo que ve en la desventura la grandeza y en el patíbulo la victoria.

Grupo de soldados hambrientos, desnudos, abandonados, cuya cabeza estaba puesta á precio, que no podían ni reclinarse tranquilamente, sino que estaban obligados á hacer del insomnio el guardian de su existencia amenazada; viviendo en los bosques y en las serranías armándose y equipándose con los despojos de sus enemigos, combatiendo sin cesar para poder vivir: hé aquí lo que fué ese ejército del centro, cuya epopeya es la poética leyenda de Riva Palacio.

Esta obra se recomienda por mas de una cualidad. Fluidez de estilo, en que se une á la elegancia la sencillez; verdad en las descripciones de lugares desconocidos en la República, como los de la costa del Sur y la tierracaliente de Michoacán; escenas patéticas y terribles, como el envenenamiento de toda una division; exquisita ternura en sus episodios de amor, fraseología llena de sentimiento en sus galanes y en sus niñas enamoradas; todo esto hace de *Calvario y Tabor* una novela encantadora.

También Riva Palacio ha sido saludado con entusiasmo por el público cuando le ha visto pisar el campo de la invencion novelesca. Natural era que la obra de un hombre tan conocido y tan querido del pueblo fuese recibida

con aplauso. Las suscripciones fueron numerosas, y la utilidad que obtuvo el editor igualó á la que obtuvo Mateos. Lo mismo que éste, Riva Palacio publica ya otra novela histórica, que tambien analizaremos despues, intitulada: *Monja y casada, virgen y mártir*, cuyo argumento está sacado de los archivos de la Inquisicion de México. El público corre á suscribirse, y la leyenda mexicana sustituye en el amor de nuestros compatriotas á la novela de Fernandez y Gonzalez, y á la, hasta aquí mimada, novela francesa.

Una rosa y un harapo, es una novela original de un joven tambien original, D. José María Ramirez, ya conocido, lo mismo que los anteriores, por sus composiciones poéticas y por otras novelas que ha publicado en la época anterior la casa de Rosa y Bouret, de Paris.

José María Ramirez comenzó á formar su reputacion desde que era estudiante en el colegio de San Ildefonso, y todos sus jóvenes amigos le dieron el apodo cariñoso de *Viejo*, quizás á causa de su circunspeccion precoz, ó de sus rarezas, ó de su aspecto, que no revela juventud. El caso es que con todo este aspecto y esta seriedad, Ramirez empezó á escribir versos eróticos llenos de ternura y de vehemencia, y leyendas sentimentales, erizadas de pensamientos filosóficos y nuevos. La atencion pública se empezó á fijar en ese joven pálido, encorvado y nervioso que veia pasar con su libro debajo del brazo, componiéndose á cada minuto los anteojos, y sumido siempre en profundas distracciones. En esta cabeza despeinada, en ese semblante de anacoreta antiguo, en esa mirada vaga, se advinan las chispas del talento, porque en efec-

to, Ramirez lo tiene, y solo una negligencia suma, que es como el fondo de su carácter, ha podido impedir que ascienda á una posicion mejor y se haya quedado retratando á Pedro Gringorius, el delicioso tipo dibujado por Víctor Hugo.

Ramirez lee todo con avidez y tiene un gran caudal de instruccion; pero sus estudios son raros, y en ellos tiene, como todos los hombres, sus predilecciones y sus singularidades. El autor á quien mas quiere, estamos seguros, es á Alfonso Karr. La manera nueva de decir de este novelista le encanta, su independencian de carácter en literatura le sirve de modelo, su estilo lleno de color, nervioso y elevado á veces y á veces familiar, ha acabado por saturar, digámoslo así, el de nuestro novelista. Aquellas ideas de Karr, que á veces alumbran el mundo con la dorada luz del sol naciente, y á veces con la azulada luz del relámpago en una noche oscura; que tienen, ora la profundidad de la ciencia, ora el candor simple del niño; que enternecen como un gemido de amor ó espantan como una blasfemia; le seducen, le han hecho detenerse al bordo de los abismos de la meditacion; y tambien él, á su vez, ha encontrado en ellos un manantial de ideas nuevas. Como Karr es un escéntrico y no parece sino que escribe, en ocasiones, sentado en el umbral de un hospital de locos, nuestro Ramirez, que ha formado su imaginacion en sus leyendas y que tiene por sus estudios la misma escuela literaria que ese Hoffman frances, ha acabado por producir obras que tienen una forma extraña, pero que dejan adivinar un fondo luminoso y magnífico. Ramirez diserta á cada paso y en un estilo burlón y senti-

mental que da ligereza á la frase; pero su obra está erizada de epigramas amargos y de burlas deliciosas, conteniendo no pocas verdades de una novedad sorprendente. Solo en algunos puntos la vida personal de Ramirez no se parece á su modelo. Nuestro novelista no es botánico, ni ama el mar, ni busca las soledades de los bosques, ó la sombra de los parques, ni sabe nadar, ni se va á hacer observaciones zoológicas en una cabaña azotada por el Océano, ni es capaz de trepar por los mástiles de un buque y de sentarse en las gavias á fumar su pipa, como Alfonso Karr, que se ha hecho notable por estas singularidades, y que hace poco estaba entretenido haciendo títeres en Saint-Raphaël. No: Ramirez es esencialmente urbano, ama las flores, pero se contenta con admirarlas en los tiestos de las casas de México. Tambien es verdad que no tiene un rincón donde hacerse un pabellón de madreselvas, ó un dosel de zarza-rosas, ó un nido de violetas. Ramirez no ha visto el mar, y se ahogaría en la alberca Pane; menos tiene disposicion para mastelero ó gaviero, porque es débil y miope. Pero él suple todo esto en su imaginacion, y si no puede disertar sobre flores ó conchas, sí puede hacerlo admirablemente sobre historia, filosofía y literatura, sorprendiendo verdaderamente con sus deducciones llenas de originalidad.

Tal es el carácter del *viejo* Ramirez, á cuya pintura agregaremos un natural dulce y bondadoso, una humildad excesiva y un corazón maltratado por desventurados amores.

Nosotros le invitamos á que concluya su novela, que ha dejado interrumpida, no sabemos por qué, y á que con-

tinúe sus publicaciones, si quiere tener una casita en San Cosme con su jardineito fresco, con su surtidor de mármol, su colina de violetas, sus naranjos puestos en grandes barriles verdes, su banco de junco cubierto con un dosel de verdura, y si quiere ver trepar por los rojos muros hasta su ventana de estudiante, en tropel las yedras y las madreSelvas. Hasta puede tener un bosque de fresnos ó de chopos para hacer de cuenta que escribe *unter den Linden*, como Karr, y hasta puede meterse en la diligencia y marcharse á meditar á orillas del Pacífico, estudiando la inmensa familia de moluscos; en las playas de Mazatlán ó entre los morros de Manzanillo. De todas maneras, él debe trabajar y publicar. Alfonso Karr reúne á sus excentricidades la vulgaridad de tener dinero, y esta circunstancia hace que las otras tengan mayor brillo.

La pobreza de José María Ramírez nos hace mal, mas que la nuestra, y nos creemos con derecho, con el derecho que da la amistad antigua, á hacerle salir de ese marasmo en que le arroja un desaliento sin motivo, y que le tiene convertido en crisálida, cuando podia ya, brillante mariposa, volar atrevida por los jardines del mundo ó ir libando las flores del bienestar.

Con el mismo derecho le aconsejariamos que ya que tiene tan bellos pensamientos, introdujera un pequeño cambio en la forma de su estilo y le hiciese mas mundano, mas sencillo, para ponerlo al alcance de todo el mundo. Así como lo usa es muy frances, y ademas muy refinado; delicioso, si se quiere, pero delicioso para un círculo pequeño. Nuestro público no está todavía á la altura literaria que se necesita para gustar de esa fraseología á lo Hu-

go y á lo Karr. Es preciso acostumbrarlo poco á poco, y desleirle la saludable medicina en una pocion mas nacional, mas mexicana. Esta no es una censura, es un consejo en favor de nuestro pueblo, porque querriamos que hasta él llegasen los fulgores del talento de Ramírez. En *Una rosa y un harapo* hay páginas que exigen una instruccion adelantada en los lectores, y no pueden ser comprendidas sino de aquellos que estén al nivel del autor. Nosotros, que querriamos que toda novela fuese leyenda popular, porque medimos su utilidad por su trascendencia en la instruccion de las masas, deseamos que nuestros jóvenes autores no pierdan de vista que escriben para un pueblo que comienza á ilustrarse; y si reprobaríamos que se descendiese, hablándole al estilo chabacano y bajo, no nos pareceria tampoco á propósito el que á fuerza de refinamiento llegase á ser oscuro para la inteligencia popular. Dejemos el tecnicismo y la elevacion hasta perderse en las nubes, para el escrito científico, para la historia filosófica, para los círculos superiores de la sociedad, y adoptemos para la leyenda romanesca la manera de decir elegante, pero sencilla, poética, deslumbradora, si se necesita; pero fácil de comprenderse por todos, y particularmente por el bello sexo, que es el que mas la lee y al que debe dirigirse con especialidad, porque es su género. De esta manera y poco á poco iremos introduciendo el gusto por estas lecturas, y ayudados de la enseñanza popular y del espíritu progresista de nuestra época, podremos ir ascendiendo en el estilo hasta hacer que el mas alto llegue á ser el vulgo, como en Alemania, ó al menos comprendido por un círculo muy grande de personas, como en Fran-

cia á Inglaterra. En estas naciones ya viejas y experimentadas, y que en educacion nos aventajan siglos, así se empezó; de modo que si sus producciones nos asombran por su refinamiento, es que tambien su pueblo tiene mayor edad. Los que deseamos hacer de la literatura un medio de propaganda, debemos imitar aquellos modelos, y particularmente uno que es digno de estudio por la habilidad que ha desplegado en la difusion de sus principios. Queremos hablar de la Iglesia.

La Iglesia propaga sus doctrinas diestramente. Sus misioneros aprenden las lenguas de los pueblos gentiles que pretenden convertir; procuran iniciarse en los misterios de la vida de estos pueblos, en su poesía, en sus costumbres, conocer y manejar los resortes de su imaginacion; y una vez instruidos, comienzan la predicacion, como la comenzó el Fundador del cristianismo, con un lenguaje sencillo, valiéndose de figuras familiares, de parábolas y de frases que en la elocuencia popular son todo el secreto del éxito. Así se hacen entender hasta de los salvajes, entre cuyas tribus pudieron penetrar perfectamente los misioneros españoles del tiempo de la conquista, pero á las que no habrian podido llegar ni los Santo Tomás ni los Escoto.

Despues sus predicaciones van siendo progresivamente mas cultas, desde el sermon y la plática doctrinal de la aldea, hasta el discurso brillante en que resplandecen los talentos de los Bossuet, de los Massillon y de los Lacordaire. En sus libros proceden de la misma manera. A millares esparcen sus pequeños catecismos, sus pequeñas lecturas religiosas que pueden ser comprendidas de todo el

mundo, y despues consagran sus tareas á obras mas graves destinadas á los iniciados de mayor instruccion, hasta que acaban por hacer su último esfuerzo en los libros de controversia, en los eruditos comentarios de las Escrituras, en el dédalo misterioso de las elucubraciones teológicas ó en la complicada explicacion de sus cánones. Así estos libros pertenecen á un círculo escogido de inteligentes, y solo se abren en el gabinete del estudioso ó en la cátedra de la Universidad. ¿Por qué no hacer nosotros lo mismo con la leyenda y con toda especie de lectura destinada al pueblo? Nuestra novela comienza; démosle, pues, la forma mas adaptable por ahora á nuestra instruccion. Despues vendrá la época de mejorarla. Aun para nuestra clase media, la novela, si bien puede tomar la forma elegante que la instruccion de aquella exige, debe conservar un estilo que sea sencillo, porque desgraciadamente tampoco en esa clase, que es sin embargo la mas ilustrada de nuestra sociedad, hay un gran fondo de instruccion y de criterio.

Es verdad que la novela francesa traducida es familiar á nuestra clase media; pero no podemos asegurar que le haya sido útil enteramente, ni que haya sido comprendida á veces. La novela francesa ha introducido ciertos giros franceses en la conversacion y aun en el modo de escribir, tanto en España como en las Américas españolas, contra cuyo vicio han estado clamando allá en la Península muchos críticos, y con justicia, pues si no debemos ser tan rigoristas que deseemos conservar el idioma estacionario y cerrar sus puertas á todas las locuciones que puedan enriquecerle, aunque vengan de extrañas lenguas

sí debemos velar porque se mantenga incorruptible su carácter, es decir, porque no degenera nuestra hermosa lengua nacional en un dialecto de las lenguas extranjeras, como degeneró el hermoso latín de Salustio y de Cicerón en la jerga de los bárbaros de la Edad-média, ó como el griego de Platon y de Sófocles, en el dialecto de los griegos actuales: y si es verdad que esta corrupcion dió nacimiento á casi todas las lenguas modernas, tambien es cierto que habiendo ellas llegado á un grado de perfeccionamiento, con su carácter propio, deben considerarse ya como lenguas nacionales y su fusion es inútil, no debiendo tomarse mutuamente sino aquellas palabras que las enriquezcan.

El segundo inconveniente que la lectura de la novela extranjera, y francesa en particular, ha traído á nuestro pueblo, es el de hacerle tomar tal gusto por la historia y geografía de otros países, que ha acabado por desdefiar las de su patria. En nuestra clase média se conoce á Francisco I, á Luis XIII, á Luis XIV y á Luis XV muy bien; ahora con Fernandez Gonzalez se conoce tambien al rey D. Pedro el cruel, á D. Juan II de Castilla, á D. Felipe IV, etc., etc.; pero poco se sabe de Moctezuma, y de Guautimotzin; y si no es por la Avellaneda, que ha escrito una preciosa novelita del último Imperio azteca, se sabria menos. De los vireyes no se sabe nada tampoco sino por una que otra oscura tradicion, y á nuestros héroes de la independencía ni se les conoce siquiera, á no ser por los discursos de los dias de Setiembre que aluden á ellos, pero que no pueden pintarlos como esa narracion

anecdótica y palpitante que es la que mejor se graba en la imaginacion del pueblo.

Verdad es que en esto tiene toda la culpa la negligencia de nuestros escritores, que han debido dar alimento, desde hace tiempo, á la curiosidad pública con leyendas nacionales. Hoy tienen que luchar con el gusto arraigado por lo extranjero, hoy tienen que sufrir con paciencia el gesto de la bella ignorante que aparta el libro de las manos luego que ve escrito *la Alameda ó el paseo de Bucareli*, en vez del *boulevard des Italiens* ó del *bois de Boulogne*, que está acostumbrada á ver en sus novelas francesas. Maldito lo que conoce de la posicion geográfica de *Tours* ó de *Blois*; pero ella ha visto sus castillos, y no le gusta ya sino lo que pasa en ellos, aunque sea una historia descabellada. Por otra parte, da su preferencia al enredo, á la intriga, á los golpes teatrales, aunque sean inverosímiles; la deleitan solamente los amores de las duquesas, de las condesas, de las reinas y de los barones. El amor de una muchacha del pueblo no puede tener poesía para ella; el amor de una jóven de nuestra aristocracia, no puede igualar al de una marquesa de Francia ó de España; ella no comprende que es el novelista quien poetiza todo, y cuya imaginacion da encanto á lo que en la vida real tal vez seria prosaico sin su talento. Ella no concibe cómo pueda hacerse una novela deliciosa de México, y mientras que algunos extranjeros hacen su fortuna y su reputacion con los cuadros de nuestro país, logrando que las hermosas parisienses, y las inglesas y las americanas se extasíen con las descripciones de nuestro cielo azul, de nuestras montañas, de nuestras praderas y de nuestros ma-

res; mientras que el tipo de nuestras mujeres lánguida y ardientes, de ojos y cabellos negros, es el sueño de los poetas y de los pintores en Europa, aquí esas mismas mujeres encuentran fastidiosos sus retratos y pálido el cuadro de nuestra vírgen naturaleza. Ni basta á convencerlas el pensar que si las francesas ó inglesas hubiesen tenido igual preocupación, no habrían tenido jamás éxito las novelas de Dumas, de Süe y de Balzac en Francia, ni las de Walter Scott y de Dickens en la Gran-Bretaña, porque eran cuadros nacionales.

Este mal es antiguo y digno de llamar la atención de nuestros jóvenes escritores, para que procuren acabar con él á fuerza de ingenio. Ya él fué causa de que los dramas de Fernando Calderon, muy bellos por cierto, fuesen preferidos á los de Rodriguez Galvan, que eran, en nuestro concepto, mejores. Calderon, con su feliz imaginacion y con su sentimentalismo, pudo haber ayudado al segundo á crear el teatro nacional; y no que fué á emplear sus dotes en resucitar asuntos caballerescos de la Edad média, que ninguna utilidad podian traer, sino un fútil entretenimiento y un extravío de gusto, ó bien fué á buscar en la historia de Inglaterra un episodio, que mejor inspirados habian ya trasladado el teatro algunos poetas europeos.

Afortunadamente notamos que á la aparicion de las novelas que acabamos de mencionar, se despierta el gusto por nuestra leyenda de México, y el público comprende al fin que puede haber poesía en sus costumbres y grandeza romanesca en sus sentimientos. En esta parte, justo es decirlo, las clases pobres se han anticipado á las otras, y el pueblo, con ese instinto de lo bello con que adivina á

los grandes tribunos y á los grandes poetas, ha consagrado ya la novela nacional dándole buena acogida.

La clase média y la clase alta vendrán despues, cuando se escriba para ellas y cuando no se les hiera en ciertas susceptibilidades, en que están todavía muy delicadas á consecuencia de nuestras pasadas guerras.

Ahí viene bien la novela de elegantes formas, la novela que trascienda á rosa y á violeta, la novela que deba presentarse en los salones, *enguantada*, llevando en la mano un *bouquet* y no un látigo; en el semblante, una mirada de amor y no el ceño del juez, y una sonrisa cordial y no ese gesto duro del enemigo político.

Pero aun en esta composicion creemos que debe adoptarse el estelio sencillo, aunque sea mas elevado y mas elegante, porque así gustará mas.

Una última observacion sobre la novela nacional. Todos los críticos de Walter Scott están conformes en decir que en su novela se permitió crear tipos mejores que los que veia en su país, mejorar las costumbres y hasta embellecer la decoracion de sus escenas. ¿Hizo bien? Indudablemente, porque la novela tiene tambien por objeto enseñar ó introducir el buen gusto y el refinamiento en un país. Las obras de Walter Scott ejercieron una influencia útil. Las lectoras adoptaron un lenguaje mejor, las damas quisieron tener virtudes iguales á las que les concedia la leyenda, los caballeros no quisieron desmentir á su pintor nacional, y hasta los muebles se modelaron por la descripcion del novelista, que con su hermosa imaginacion se hizo así tapicero, decorador y jardinero. En efecto, si un novelista emplea una frase chocante con pre-

tensiones de ingeniosa ó de culta, los lectores incautos la adoptarán y se harán ridículos. Si por el contrario, usan palabras llenas de cortesanía y novedad, el lenguaje se irá así impregnando de una manera perceptible. Si el novelista, dotado de un gusto equívoco ó poco conocedor de lo bello en artes, pinta en un salon un mueble de mal tono, ó en un jardin una planta ó una flor ordinarias, ó un arreglo torpe, el lector, tal vez fascinado, caerá en el error, y se compondrá una casa de *epicier*, como dicen los franceses, ó una huertecita de pueblo, sin belleza y sin gusto. Debe tenerse presente que así como en la novela se reflejan las costumbres, así tambien en éstas se hace sentir la influencia de ella. Un novelista puede poner de moda cualquiera cosa, cuando tiene talento y buen gusto. Se ve su iniciativa en el estilo, en los sentimientos, en los trages, en los placeres, en las lecturas, hasta en los perfumes y en el tocado de las damas. ¡Cuántas veces Alejandro Dumas (hijo), ó Alfonso Karr, Jorge Sand ó Xavier de Montepin han sido los introductores de un traje ó de una flor, de un mueble ó de una pieza de música!

Por eso nos hemos atrevido á consagrar á la novela tan largas observaciones, previendo la influencia que va á tener en nuestra sociedad.

Nuestros amigos, que tantas pruebas nos han dado de su afecto y de su fraternidad, nos escucharán, no lo dudamos, convencidos de que si bien carecemos de la debida autoridad para darles consejos, nos anima el deseo de serles útil y de ser útil á nuestro país, impulsando los trabajos literarios, que están destinados á la mejora de nues-

tro pueblo y á servir de estímulo á nuevos ingenios que se lanzarán, no lo dudamos, á la arena de la publicidad, comprendiendo que á la sombra de la paz, estos son los elementos que debe poner en juego el apóstol de una idea, éstas las simientes que deben fructificar en el porvenir, esta la revolucion que ha de concluir la obra comenzada por aquella otra que ha dejado tras de sí tantas huellas de sangre y de lágrimas. El patriotismo no debe tener descanso; solo debe cambiar de armas, y quizás estas sean las mas terribles. Por eso los gobiernos despóticos prohíben las lecturas populares, por eso los gobiernos verdaderamente progresistas cuidan de protegerlas, mas que de rodearse de esbirros y de palaciegos, que no hacen mas que venderles su incienso á peso de oro, sin conquistarles la simpatía popular y sin asegurarles con la instruccion de las masas la mejor defensa, y un monumento eterno que la posteridad bendice.

José Rivera y Río, antes de partir para los Estados- Unidos, publicó las primeras páginas de una preciosa coleccion de poesías, de que los Sres. Fuentes Muñiz y Ca han sido los editores. La coleccion está completa ya y quedan de ella pocos ejemplares, pues se han agotado. Está precedida de un prólogo brillante de Guillermo Prieto, quien siempre que escribe sobre las obras de los que él llama, con razon, sus hijos en literatura, vierte á rau-

dales la poesía de su fecundo númen, siempre joven y vigoroso. No parece sino que él se complace en adornar la portada de esos templos elevados á la deidad cuyo culto ha enseñado á la juventud, con todas las flores de su imaginacion, con todas las galas de su amor paternal.

Nosotros tambien escribimos un ensayo crítico sobre la nueva obra de nuestro buen amigo. En esa pequeña pieza que sigue al prólogo de Prieto, y en la parte de la presente revista que hace relacion á las novelas de Rivera y Rio, hemos dicho lo bastante acerca de su carácter literario, para que nos sea preciso repetirlo. Solo añadiremos que *Las flores del destierro* marcan un progreso en el talento del autor, cuyo númen ha recibido ya las amargas inspiraciones de la experiencia y del infortunio. Son los cantos de un desterrado que ve desde las playas extranjeras sufrir á su patria bajo el yugo del conquistador. Ave errante, el poeta no tiene mas que acentos quejosos y doloridos, al recordar su cielo, su sol, sus campos y sus goces infantiles. Pero no busqueis en sus cantos los gemidos del *Super flumina Babylonis* solamente. No: el carácter del poeta se revela tambien aquí, y su indignacion le inspira mas bien que su tristeza; la fe republicana ilumina las oscuridades del destierro, y el salmista de la libertad trae en su corazon todos los dolores y todas las esperanzas del siglo XIX. En *Las flores del destierro* se nota ademas un cierto sabor de poesía inglesa, porque Rivera y Rio tuvo oportunidad de consagrarse á su estudio durante su permanencia en los Estados-Únidos.

Un joven escritor lleno de talento y de gracia, tambien bastante conocido por su patriotismo y sus trabajos literarios antes de la época actual, ha venido á poner su contingente en el nuevo edificio literario, contingente que no por ser pequeño es menos precioso. Queremos hablar de Hilarion Frías y Soto, que ya como diputado, ya como periodista y redactor del periódico festivo *La Orquesta*, se ha distinguido por la independecia de sus opiniones políticas y por su ilustracion. En su pequeño pero popularísimo periódico, emprendió la publicacion de una série de artículos con el título de *Album fotográfico*. Cada uno de ellos es un estudio de costumbres, es un retrato de un tipo contemporáneo, y no se sabe cuál preferir; tanta elegancia hay en el estilo, tanto color en la pintura, tanta gracia en el pensamiento, tanta exactitud en el dibujo.

Hilarion Frías y Soto no es un pintor de detalles; pero sus bosquejos son maestros, y con un rasgo de su lápiz ingenioso y firme, da expresion á sus personajes, da movimiento á sus facciones, caracteriza, esta es la palabra, sus articulitos, de pequeñas dimensiones y agradable forma, se leen de una tirada y se quedan grabados en la memoria profundamente. Podemos decir que son como los famosos dibujos del gran artista á quien acaba de arrebatár la muerte, de Gavarni, que tambien con solo un toque de su pincel mojado en sepia, creaba uno de esos tipos admirables que el grabado se encargaba de popularizar en el mundo entero.

Los artículos de Hilarion son así, revisten la forma ligera; pero en ellos cada expresion es un toque maestro;

cada indicacion hace pensar, y la imaginacion, guiada por el escritor, completa el asunto, lo mismo que completa cada garabato que Gavarni lanzaba como al acaso, y sin embargo, con una intencion muy premeditada. En el *Album fotográfico* hay, no obstante, tipos que sentimos que haya tocado Hilarion tan ligeramente, pues que tenia campo vastísimo para su imaginacion brillante, para su observacion sagaz y para hacer fijar en ellos la atencion del gobierno y de la sociedad de un modo saludable, por ejemplo, el *Bandido*. ¡Qué de cosas pudo decir Hilarion á propósito de esta plaga de México, que influye poderosamente en su movimiento comercial y en su crédito nacional! Sobre la *Monja* hay que decir un mundo de cosas, hay que hacer un millon de observaciones hoy que esa desgraciada víctima de la antigua educacion ha sido forzada á salir de su cárcel por la mano de la civilizacion. Verdaderamente sentimos que nuestro elegante escritor haya sido tan lacónico, porque en ese género que él cultivamos muy pocos que puedan rivalizar con él. Ya habia dado muestras de su fina observacion y de su aptitud para los escritos morales, como colaborador de aquella obra, hoy escasísima, que se intituló *Los mexicanos pintados por ellos mismos*.

Sentimos tambien que los preciosos artículos de *La Orquesta* no se hayan publicado de un modo que hiciese fácil la conservacion y coleccion en un volumen que guardaria todo el mundo con superior estima, y solo esperamos que con estas palabras nuestro amigo Frías y Soto se decida á continuar este trabajo y á publicarlo de modo que satisfaga los deseos del público. Además, tenemos

derecho de aguardar algo mas que bosquejos de su pluma elegante y graciosa.

No sabemos por qué ha habido descuido en México para las publicaciones de costumbres, cuando contamos con un Prieto, con un Ramirez, con un Zarco, con un Cuellar, con un Peredo, quienes, como el autor del *Album fotográfico*, tienen singular disposicion y aptitud por las muestras que han dado para los cuadros de costumbres. Podríase formar aquí una série de estudios que en nada serian inferiores á los que se han hecho tambien por brillantes ingenios en Francia, en Inglaterra y en España. Tenemos ya estudios de otras épocas consumados, pero nos faltan en la actualidad, y debe pensarse que nuestro pueblo ha dado, de pocos años á esta parte, pasos gigantescos en el camino del progreso, modificándose, si no del todo, sí en gran parte sus costumbres y sus ideas.

Si quereis experimentar un placer parecido al que se siente apurando una copa de exquisito vino, gustando una de esas hermosas frutas de los países tropicales, provocativas por la forma, por el perfume y por el sabor, ó tomando sorbo á sorbo una taza de café de *Moka* ó de *Yungas*; si quereis, en fin, gozar, leed los domingos el folletin del *Monitor*. Allí os encontrareis una *Conversacion* de Justo Sierra.

¿Qué cosa es esta conversacion? ¿Quién es Justo Sierra? Pues vamos á decíroslo: *La Conversacion del domingo* es un capricho literario; pero un capricho brillante y encantador. No es la revista de la semana, no es tampoco un artículo de costumbres, no es la novela, no es la disertacion; es algo de todo, pero sin la forma tradicional, sin el orden clásico de los pedagogos; es la *causerie*, como dicen los franceses, la charla chispeante de gracia y de sentimiento, llena de erudicion y de poesía; es la plática inspirada que á un hombre de talento se le ocurre trasladar al papel, con la misma facilidad con que la verterian sus labios en presencia de un auditorio escogido.

La *causerie* es un género de origen frances, pero que puede naturalizarse en todas partes, porque todos los idiomas y todos los pueblos se prestan á ello. La conversacion española aventaja á la francesa en majestad y en armonía, y puede tener sin embargo su brillantéz y su gracia. Es el género que debe ocupar el *folletin*, usurpado por la novela y por la revista. En México, á Justo Sierra pertenece el honor de haberlo introducido, y ¡cuán ventajosamente! Justo, en ese estilo hechicero y sabroso, es ya una notabilidad, y en Francia misma, patria de la *conversacion*, él ocuparía un lugar distinguido entre los mas deliciosos conversadores, entre Téofilo Gautier y Mery, entre los folletinistas mas agradables por sus caprichos, como Alfonso Karr y Alberico Second. Justo Sierra, en ese género es frances por los cuatro costados; pero suele adoptar el continente caballeresco y grave de los españoles, y sobre todo, su alma es esencialmente americana.

De manera que puede decirse que su idea es una vír-

gen nacida en México y vestida á la francesa para introducirse en el salon. ¡Cómo gana por eso el folletin en sus manos! La poesía grandiosa y sublime de la libre América faltaba al folletin frances para su embellecimiento, y Sierra la trae en su alma como en una lira siempre armoniosa. La conversacion de este jóven no es una coleccion de anécdotas solo agradables por la oportunidad, no es la reunion de *calembours* ingeniosos para provocar la fria sonrisa de un círculo refinado, no es una sátira incisiva para herir á ciertos personajes ó para excitar la gastada organizacion de las damas curiosas; no, la conversacion de Sierra es algo mas, es la poesía; pero la poesía inocente y bella; es la vírgen, como hemos dicho, llena de atractivos y de pasion, pero que no está inficionada por la maldad social, que no lleva en sus labios puros el pliegue de la malignidad. La poesía de Justo Sierra, elevada y sublime en sus cantos, en sus conversaciones sonríe y se ruboriza.

Así en esta otra parte, se diferencia de la conversacion francesa, que es descarada á veces, y las mas mezcla á su sal ática un veneno mortal.

Para dar idea de su estilo flexible y fácil, trasladaremos aquí un pequeño trozo de la *primera conversacion*, en la que el narrador se da á conocer á sus lectores y da una idea del género que va á cultivar.

«Creedlo, dice, soy un escapado del colegio que viene rebotando ilusiones, henchida la blusa estudiantil de flores, y encerrados en la urna del corazon frescos y virginales aromas, frescos y virginales como los que exhala la violeta de los campos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO KARR"
1925 MONTREY, MEXICO

«Hé allí mi tesoro, he allí lo que compartiré con vosotros. ¿Hago mal? Puede ser; pero ¿cómo impediríais al impetuoso manantial estrellar sus aguas cristalinas en las peñas y correr empañado por el suelo?

«La mano del invisible traza un sendero; por allí vamos.....

«Traigo de mis amadas tierras tropicales el plumaje de las aves, el matiz de las flores, la belleza de las mujeres fotografiadas en mi alma.

«Traigo al par de eso murmullos de ola, perfumes de brisa, y tempestades y tinieblas marinas, y el recuerdo de aquellas horas benditas en que el alba tiende sus chales azul-nácar, mientras el sol besa en su lecho de oro á la dormida Anfitrión.

«Todo eso y algo mas os diré, amados lectores; acaso logre agradar á aquellos de vosotros para quines aun guarda ángeles el cielo y colorido la naturaleza.

«Me he bajado aquí al folletin para hacer la tertulia, porque ¿qué quereis? Allá en el piso alto no puedo veros de cerca, ni arrojar, niñas, una flor á vuestros piés. Y luego, me gusta estar próximo á la calle para poder escaparme á mi capricho, que asaz antojadizo me hizo Dios, y ratos tengo en que detesto las ciudades, me marcho á la pradera y gusto de trepar á alguna altura desde donde se dominan las colinas, y donde al cabo llego á forjarme la ilusion de que veo inmóviles las olas de esmeralda de mi golfo.

«¿De qué os hablaré? ¿Acaso de literatura ó de filosofía, tal vez de política? Un poco de todo. Pero no os alarmeis con los nombres solemnes que acabo de escribir.

Propóngome haceros gustar, cuando se ofrezca, alguna de esas cuestiones delicadas y enfadosas, como si saboreáseis algunos bombones.»

Despues de estas bellísimas palabras de un lenguaje poco conocido aquí, cuanto pudiéramos decir quedaria pálido. Además, la amistad íntima que tenemos con este jóven nos haria sospechosos; y francamente, no tendríamos la culpa de ser apasionados, pues aun no sabemos qué cosa es mas grande, si nuestra admiracion por el precoz talento de Sierra, ó el cariño que nos inspira, en el que entra por mucho el conocimiento que tenemos de su irreprochable corazon; porque ese jóven es, además, el ideal del caballero antiguo y del republicano de Esparta, á pesar de su estilo y de sus poéticas aspiraciones.

Afortunadamente, no somos los únicos en juzgarle así. Nosotros fuimos los que le introdujimos en la arena de la publicidad literaria; pero su inteligencia revelándose de pronto deslumbradora y gigantesca como un sol, fué desde luego saludada con entusiasmo por todos, y hoy nuestros viejos literatos le acogen con orgullo, como á una joya del país, y sonrien satisfechos al considerar la gloria que espera á este literato de veinte años, vástago de aquel noble y virtuoso sabio, á quien la muerte arrebató al cariño de la patria y que no pertenece á Yucatan sino á la República y á la América entera.

Justo Sierra y su hermano menor Santiago, tan precoz como el primero y que hoy recibe sus inspiraciones á orillas del tempestuoso Atlántico, cuyas armonías grandiosas sabe traducir en sus cantares, ¡qué hijos para aquel

ilustre apóstol de la ciencia! ¡Qué orgullo para una familia el de conservar con el nombre y con la sangre el genio de su fundador!

Estos niños son glorias del porvenir.

Desde 1862 comenzó á darse á luz en la casa de Iriarte y C^a una obra histórica, ilustrada por Constantino Escalante, que tan célebre se ha hecho por sus ingeniosas caricaturas. Tal obra, que llevaba el nombre de *Glorias nacionales*, tenia por objeto narrar solamente algunas escenas importantes y gloriosas de nuestra guerra con el ejército frances, acompañando á esta narracion un magnífico dibujo hecho por el artista eminente de que acabamos de hablar.

Se publicaron entonces muchas entregas, conteniendo bellos artículos y espléndidos cuadros, entre los que recordamos el del 5 de Mayo, el del ataque de *Cruz Blanca* y el del ataque del fuerte de San Javier en Puebla; pero cuando se perdió esta ciudad y tuvo que salir el Gobierno de México con el ejército republicano, la publicacion se suspendió, como era de suponerse.

Hoy ha reaparecido, redactada por un grupo de escritores bien conocidos, entre los que nosotros ocupamos, naturalmente, el último lugar, é ilustrada, lo mismo que antes, por Constantino. Pero sea á causa de los trabajos

de este, ó lo que es mas probable, de su pereza, que es tan grande como su talento, el hecho es que no han salido mas que dos entregas, la primera, cuyo artículo escribimos nosotros describiendo el ataque de Zitácuaro, dado por el entonces coronel Riva Palacio contra los imperialistas que habian ocupado aquella plaza, y la segunda en que el artículo se debe á la brillantísima pluma de Guillermo Prieto, y trata de la batalla de la Carbonera, que abrió al heroico general Diaz con mas prontitud las puertas de Oajaca. En ambas entregas, el lápiz del jóven y distinguido artista ha adquirido nuevos derechos al renombre. Sus dos dibujos son dos cuadros acabados. Para atenuar en lo que es justo lo que hemos dicho acerca de su pereza, debemos agregar que en nuestro pobre país hay una incuria lamentable en todo lo relativo á nuestros hechos históricos, y el que se propone escribir ó pintar esta clase de escenas, tiene que tropezar con infinitas dificultades. En Europa, en los Estados-Unidos, apenas hay un lugar célebre que no esté representado por la fotografia, por el grabado, por la pintura. Apenas pasa una batalla, cuando millares de artistas vuelan al punto en que tuvo lugar para sacar vistas diferentes que la fotografia multiplica hasta hacerlas populares en todo el mundo. Así es que las publicaciones históricas son fáciles de ilustrar, y el artista tiene á su disposicion toda clase de datos.

Pero en México no sucede así. Apenas se conocen algunos lugares consagrados por la celebridad, y eso cuando están cercanos á la capital ó á alguna ciudad populosa; pero los mas nos son desconocidos, y es mas fácil encontrar una vista de cualquier pueblecillo insignificante

de Francia, que de los lugares mas famosos en nuestra historia. Así por ejemplo, no hay campo de batalla del tiempo de Napoleon que no sea popularmente conocido y que no esté representado con irreprehensible exactitud, hoy que los artistas van á tomar sus datos en los lugares mismos en que ocurrieron los sucesos que tratan de inmortalizar; no es tampoco desconocido aquí el terreno en que se han dado las mas célebres batallas contemporáneas, porque donde quiera se puede encontrar una copia fotográfica del campo de *Sadowa*, del campo de *Mentana*, y aun son ya comunes las vistas de las poblaciones de la Abisinia, adonde los artistas ingleses acaban de penetrar con su ejército; pero id á buscar en todo México una vista del campo de San Jacinto, del campo de la Coronilla, de Tacámbaro, de San Pedro, de Miahuatlan ó del sitio de Querétaro, y no la encontrareis. Nadie se toma la pena de visitar esos lugares que recuerdan otras tantas glorias del pueblo mexicano, y se contentan con figurárselos á su manera. Apenas se han sacado copias del *Cerro de las Campanas*, y eso porque allí tuvo fin la tragedia imperial. Pero los alrededores de la ciudad en que pasaron cosas tan notables, en que se dieron acciones tan sangrientas, no han llamado la atencion de los artistas. Los fotógrafos se dedican exclusivamente á los retratos y no hacen caso de lo demas; de manera que para formar una obra pintoresca del país, que hace mucha falta, ó para ilustrar nuestra historia, lo repetimos, no hay datos, y es preciso emprender trabajos costosos que no tienen recompensa, porque aun las suscripciones no dan para tanto.

Hé aquí otro motivo de la lentitud con que se publican

Las glorias nacionales, que van, sin duda, á prestar un gran servicio á la historia patria. En todo lo que hace relacion á nuestra guerra, debian los gobiernos ser los primeros que procurasen reunir toda especie de documentos y de datos, porque á ellos interesa de un modo mas directo y porque tienen mayor facilidad de hacerlo. Pero, es fuerza decirlo, su negligencia es tal, que no cuenta ni con cartas militares, ni con croquis de batallas, ni con vistas, y á veces ni con partes oficiales verídicos. Todo aquí tiene que proporcionárselo el esfuerzo individual. Por tal razon, nuestra historia anda tan imperfecta y nuestros hechos gloriosos son tan desconocidos en el mundo. Los héroes mismos que han sabido ilustrar su nombre en la guerra, no se cuidan de tales trabajos, en favor de su propia fama, que redundan en honor del pueblo, y dejan que se les usurpe por aquellos á quienes el vulgo atribuye todo lo bueno sin pararse á meditar, porque carece tambien de la clave que le darian las narraciones justificadas con documentos exactos.

Pero esta es materia que volveremos á tocar extensamente cuando hablemos en nuestras futuras revistas de los pocos trabajos históricos publicados hasta aquí.

Mencionemos aquí ahora una publicacion importante, y que si es protegida del público, como debe esperarse,

va á llenar un vacío inmenso que se sentía desde hace años. Después de la *Ilustración mexicana*, hermosa publicación literaria que salía de las prensas de D. Ignacio Cumplido, y después de los periódicos *La Voz de la Religión* y *La Cruz*, que estaban exclusivamente consagrados á la literatura religiosa, no había vuelto á haber ninguno que fuese una enciclopedia popular, á la que se añadiese el atractivo de las ilustraciones. La política era lo que interesaba solamente al pueblo, y esto que se comprendía en la época pasada, ha dejado de tener importancia en la actual, al menos del modo anterior, ocupando exclusivamente la atención pública. Pasó ya la cuestión electoral, que como era de suponerse, agitó á la nación entera. Hoy los espíritus están fatigados de tanto oír el lenguaje poco armonioso de las pasiones de partido, lenguaje que tanto han hablado los vencidos como los vencedores, y en el que se han destemplado hasta los órganos de los mas graves personajes, tanto mas irritables cuanto mayor era su poder y su confianza en el triunfo.

El pueblo desea ahora aprender su derecho constitucional del modo mas adecuado y menos fastidioso posible, porque solo un círculo de apóstoles de la democracia se ha reservado el conocimiento del tal derecho, con una reserva que habria honrado á los sacerdotes de Eleusis, depositarios de los antiguos misterios de la felicidad humana.

Estos apóstoles gastan su elocuencia en las asambleas populares, mas bien en defender los intereses de su partido que en enseñar á ese pobre pueblo que todo lo ignora, y á quien se lisonjea contándole que tiene derechos sagrados, aunque nadie tiene la paciencia de explicárselos de

una manera sencilla y conveniente. Así se va perpetuando su indiferencia por el sistema constitucional, y se dejan en pié sus antiguas preocupaciones, arraigadas por una educación hábil de luengos años.

La enseñanza de los principios que forman el credo republicano, debe ser el objeto principal del publicista hoy, si quiere ver en México un pueblo tan ilustrado como el de los Estados Unidos, en el que no pueda ejercerse mañana tan fácilmente la influencia del soborno ó de la presión de los ambiciosos políticos, y esta enseñanza debe comenzar á difundirse desde la escuela primaria, por medio de pequeños libros, en que esté desleída la doctrina suavemente, como lo estaba el dogma en los antiguos catecismos cristianos, hasta el folleto y el periódico en que se educa diariamente á los hombres ya formados, tocando las cuestiones de actualidad y haciendo la aplicación práctica de los principios aprendidos en la niñez.

Nos faltan semejantes lecturas, y pocos escritores liberales se cuidan de ellas, careciendo aún muchos de las verdaderas nociones del sistema constitucional. No hay libros de texto para las escuelas, y los gobiernos, que debían buscar su mas firme apoyo en la enseñanza popular, no se acuerdan de comisionar á personas ilustradas para que los escriban; de modo que nuestros niños seguirán sabiendo muy bien el sistema métrico-decimal, la geografía, los idiomas extranjeros, los principios del dogma católico, y el dibujo y la música, pero no sabrán una palabra de *Constitución*, de *sufragio universal*, de *division de poderes*, de *garantías individuales*, de *soberanía de los Estados*, de nada, en fin, de aquello que les es indispensable para

entrar á la vida del ciudadano, trayendo siquiera nociones elementales que entonces podrán tener mas amplio desarrollo.

En este respecto, es justo hacer mencion de los trabajos de nuestro eminente publicista Zarco, que se consagra asiduamente, en su periódico el *Siglo XIX*, á esos trabajos de enseñanza, tratándolos con un estilo sencillo, claro y al alcance de todos. Pero sentimos que estos escritos no penetren por donde quiera, no se difundan entre las masas, ni sean tales que puedan formar una colección metódica, adecuada á la inteligencia del pueblo. Zarco trata las cuestiones á medida que se van ofreciendo; ni ha podido hacerlo de otro modo, atendido el carácter de su publicación.

Faltan, pues, semejantes lecturas; y lo repetimos, son las únicas á que el público puede prestar hoy mas atención. En lo general, el estilo árido de la política le cansa y le hace apartar la vista del periódico.

No sucede así con el que tiene un carácter científico y literario. En él su vista comienza por recrearse y su espíritu halla distracción y utilidad. Con este objeto se ha establecido *El Semanario ilustrado*, pensamiento que tuvo á mediados del año de 1867 el conocido literato D. José Tomás Cuellar, quien anunció *El Liceo mexicano*, que no se publicó por fin, y que realizaron los Srs. Fuentes Muñiz y C^a en el presente, bajo el título citado antes.

El *Semanario ilustrado* tiene una redacción suficiente, compuesta de literatos distinguidos entre los que, repetimos tambien, que nosotros somos los mas oscuros. Artistas nacionales hacen los grabados en madera para las

ilustraciones, y el trabajo tipográfico es de una limpieza y de una corrección notables. Con el objeto de que esté al alcance de todos, la publicación es sumamente barata y las materias que contiene son originales.

Podemos hablar de su redacción con libertad, porque aun no escribimos nada allí, encargados como estamos de un trabajo importante que verá la luz publica hasta Setiembre.

Basta con anunciar los nombres de Ignacio Ramirez, de Guillermo Prieto, de Alfredo Chavero y de Manuel Peredo, para dar una idea á los lectores de la belleza literaria de los escritos que allí se publican. Gumesindo Mendoza, notabilísimo por sus estudios en las ciencias naturales, es colaborador en su ramo respectivo, y todos nuestros jóvenes ingenios envían al *Semanario* sus producciones.

Van ya publicados varios números, y la prensa toda ha dado cuenta de importancia siempre creciente, haciendo justicia al mérito de las obras que se han dado á luz. Nosotros nos permitimos llamar la atención de los lectores sobre esa deliciosa correspondencia entre el Nigromante y Fidel, en la que no solo hay que saborear los epigramas ingeniosos y la belleza de la dición, sino que admirar el estudio de costumbres, la descripción de los paisajes, y que aprender la historia de muchos hechos que se ignoran y que tuvieron lugar al principio de nuestra guerra con la Francia, cuando el gobierno emigró á los Estados de la frontera. En fin, de estos dos patriarcas de la literatura hay que esperarse todo lo bueno: no se sabe qué escoger entre sus escritos, y hay que guardarlos todos como joyas preciosas y que ponérselos sobre la cabe-

za, como decia el cura del Quijote, porque son *un tesoro de contento y una mina de pasatiempos, y el que no los ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto.*

Entre las del Nigromante hay una que habla de San Francisco California, junto á la cual, francamente, creemos que palidecerian las mejores páginas de Teófilo Gautier, de Musset y Dickens sobre Italia, porque no hay solamente la brillantez y nobedad de la descripcion, sino la profunda intencion filosófica que se descubre en el menor rasgo, en la apreciacion mas ligera. La última, sobre el ataque de Mazatlan por el buque frances *La Cordeliere*, es un canto heroico en el que se recuerdan las glorias del bravo Sanchez Ochoa y de García Morales, y en el que se mezcla á la entonacion poética la sonrisa alegre del narrador popular. Despues de haber referido las solemnes escenas del combate, Ramirez con unas cuantas palabras cierra el cuadro, describiendo la noche que siguió á aquel agitado día. *Los ingleses y norte-americanos se separaron riendo, dice, y la luna ha venido á derramar sobre las galas y el entusiasmo de la ciudad una lluvia de plata que brilla igualmente hermosa sobre las olas, sobre los edificios, sobre las palmas, sobre las mujeres y sobre la frente de los héroes.*

¡Cuánta diferencia entre esta descripcion animada y palpitante, y esas narracioncillas de batallas que andan por ahí, descoloridas y secas, en que el estilo dista muy poco del muy sabido y rutinario que se emplea en los partes oficiales!

Pero nada mas añadiremos: el talento de Ramirez está

consagrado, desde hace muchos años, por la admiracion pública, y nuestra humilde palabra no tiene que hacer mas por aumentarla.

Entre las cartas de Fidel, la última sobre todo es notabilísima, por mas de una razon. Esa historia del marqués de Aguayo, verdaderamente legendaria, contada por una vieja, con todas las expresiones y modismos propios de las gentes del pueblo, produce una impresion horrorosa, igual á aquella que dejaba en nuestra alma, cuando niños, un cuento de trasgos y de demonios narrado por una nodriza en el silencio de la noche.

Hasta sentimos que Fidel haya encerrado en los estrechos límites de una carta un asunto con el que pudo hacer una leyenda magnífica, que dejara atrás los cuentos de Hoffman por lo fantástico, y que aventajara á las espantosas creaciones de Ana Radcliffe por lo verosímil. Su marqués de Aguayo, que es un personaje histórico, es el Barba-azul de la frontera, y por sus riquezas é importancia en aquella época, al mismo tiempo que por ser semejantes tradiciones bien conocidas en los pueblos del Norte, merecia una novela escrita por esa pluma que supo dar á la cándida relacion de D^a Crucita un sabor de tragedia terrible.

Guillermo, que así sabe manejar lo fantástico en una carta, podrá tambien, cuando quiera, como poeta, crear leyendas que rivalicen con las famosas de Goëthe y de Schiller, que han adquirido una reputacion universal.

Hay que hacer mencion tambien de las *Revistas de la Semana*, que ha comenzado á escribir Fidel en el *Sema*

nario, y en las que su traviesa imaginación ostenta toda esa gracia que ya conoce tanto y tanto estima el público de México. Esta revista es también bibliográfica y musical, con lo que ha venido á llenar un vacío.

Ramírez, que jamás abandona sus trabajos serios, ha publicado varios artículos dignos de grabarse en la memoria de los que tienen á su cargo reglamentar la enseñanza, porque ellos tratan de la manera de difundir la instrucción en todas las clases de la sociedad, apartándose por supuesto de la vieja rutina, á la que debemos en gran parte nuestra ignorancia y nuestro atraso, y abriendo nuevos horizontes á la juventud.

Si hoy se miran con estúpido desden esos artículos luminosos por quienes debieran acogerlos, mañana, lo creemos sinceramente, ellos serán un decálogo para los nuevos hombres, y un decálogo cuya influencia marque un paso inmenso en el adelanto intelectual de nuestro pueblo. Tenemos fe, porque hace muchos años, desde que éramos niños, conocemos á Ramírez, estudiamos el espíritu de su predicación, medimos las consecuencias que ella trae consigo y hemos notado que jamás trabaja en balde, que es un obrero cuyas esperanzas no fallan jamás, y que si se ve abatido á veces, odiado y perseguido, y sin embargo, no desfallece nunca, ni se abate su corazón en la

ruda tarea, es que él sabe muy bien que será comprendido en el porvenir y que sus ideas acabarán por triunfar á veces preconizadas por sus propios enemigos y casi siempre á pesar de estos. El no mejora en condiciones personales; arquitecto desconocido y pagado con ingratitud, ve enseñorearse á otros del edificio en cuya construcción él ha tenido la parte más laboriosa; pero semejante en esto á muchos apóstoles de ideas nuevas y á muchos inventores de cosas grandes y útiles á la humanidad, se contenta con sonreír, satisfecho de ver coronada su obra con el éxito deseado, y se olvida de su propia oscuridad para no ver más que el astro de sus ideas iluminando cada vez con mayor brillo la frente del pueblo!

Y continúa en sus afanes, y emprende cada día luchas gigantescas con cada preocupación que se resiste, no siendo para él los triunfos sino etapas de su camino de misionero, que solo tiene por término la civilización universal en su más lata y clara significación.

Ramírez es en esto, y hasta en su perpetua desgracia, semejante á todos los apóstoles de la humanidad, cuyos trabajos, por una ley injusta del destino, solo llegan á comprender y á apreciar las generaciones que se inclinan en derredor de sus tumbas, y cuando el silencio del tiempo y de la muerte ha apagado el rencoroso grito de las pasiones de una época.

Tal fué la suerte de Sócrates, á quien Ramírez se parece en el saber y en las virtudes. *Impío, vicioso, malvado*, le gritaban sus envidiosos enemigos. No les bastaba verle llevar una vida pura y enseñar siempre el amor á la patria y combatir por ella. «Es un enemigo del Estado y

de los dioses,» decian: «que muera,» y acabaron por hacerle beber la cicuta.

Nosotros hemos visto á Ramirez tambien perseguido desde hace veinte años, por enseñar las doctrinas progresistas mas avanzadas, y apellidarle *ateo*, *demagogo*, *trastornador*, aun por los que se llamaban liberales en aquellos tiempos. Despues el partido enemigo le sepultó en los calabozos y le puso cadenas; pero lo que es mas extraño todavía, los hombres del poder en el partido liberal le han proscrito casi siempre, le han gratificado con su odio mas implacable, y le habrian administrado con el mayor placer doble dosis de cicuta que los atenienses á Sócrates. Y él habia ido á la vanguardia de sus contemporáneos en las conquistas del progreso! ¡Y él predicaba la Reforma y se hacia excomulgar de la sociedad y apellidar *ateo* por esa causa, cuando la generalidad de sus conciudadanos, creyéndola una utopia, desconfiaban de su triunfo!

Ramirez sufre sin queja y prosigue tranquilo en su camino de propaganda, perseguido por el infortunio; pero sin doblegarse, practicando el principio que él desea que sigan los desgraciados, cuando dijo en sus hermosos versos leídos en la Asociacion gregoriana.

“Hijos del infortunio!.... la serena
Frente elevemos, como el risco osado
Cuando la tempestad se inflama y truena!”

El sirve de guía á una juventud entusiasta y progresista, que le paga con su admiracion el sufrimiento de los agravios que recibe de aquellos que no le comprenden.

En los últimos números del *Semanario* ha emprendido un estudio crítico de la mayor importancia para nuestra historia nacional. En casi todos los historiadores del tiempo de la conquista se ve estampada la opinion de que un apóstol de Cristo, que convienen en que fué Santo Tomás, vino á la América y predicó el Evangelio, y aun afirman que fué deificado por estas naciones con el nombre de *Quetzalcoatl*. Semejante tradicion ha durado desde entonces sin que nadie se haya puesto á examinarla rformalmente y á combatirla.

Pues bien: un eclesiástico de México, muy erudito por lo visto, entregó á Ramirez un cuaderno voluminoso con un estudio extenso sobre la tradicion referida, y Ramirez quiso publicarlo para entrar en el exámen de aquella despues. Ya van tres artículos que publica sobre tal asunto, y en ellos revela desde luego el escritor sus profundos conocimientos en los estudios de los libros sagrados, y la escuela crítica á que pertenece, que es la moderna, la del buen sentido, la que inició Lessing en la pensadora Alemania, y á la que debe darse preferencia para los estudios de esta naturaleza, como lo indica Renan en su introduccion á la obra crítica del sábio Kuenen sobre el antiguo Testamento.

Es casi seguro que Ramirez acabará para siempre con la creencia de los cándidos escritores de la conquista, sobre que el apóstol Santo Tomás viajó por estos mundos; creencia á que pudieron dar lugar las ideas de aquella época y una singular y candorosa disposicion á dar por ciertas todas las suposiciones que tendian á favorecer el cristianismo. No estaba la crítica entonces á la altura en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO RAMIREZ”

Año 1905 MONTERREY, MEXICO

que hoy se encuentra, de modo que los escritores se transmitían unos á otros esta conseja, sin ponerse á examinarla.

Ramirez, haciendo un estudio de las tradiciones históricas mexicanas y del carácter del idioma que hablaba aquí el antiguo pueblo, y marchando de lo conocido á lo desconocido, guiado por la antorcha de la crítica, juzga esta cuestion, y sus observaciones están llenas de sensatez, de manera que producen una conviccion completa. Esta es la manera con que hoy se trata la historia y la tradicion; todo lo demás no es otra cosa que hacer una recopilacion indigesta de relatos y de opiniones, que dejan en la misma oscuridad los puntos mas importantes, y que se van repitiendo servilmente. Hoy en Europa los antiguos libros clásicos son materia de un maduro examen, y se descartan de ellos todos los hechos que se juzgan falsos y que pasaban en el mundo por dogmas históricos. Hoy los adelantos en toda clase de conocimientos, y la libertad de pensar, que no tiene ya límite, han hecho que las mas acreditadas opiniones se sujeten al libre examen; de modo que en el trono de la nueva época solo podrá sentarse de hoy en mas, la historia filosófica. Ramirez sigue esa escuela, y lo que deseamos es, que en lugar de consagrarse á estudios relativamente pequeños, como el que se refiere al apóstol Santo Tomás, se dedicara á las vastas cuestiones de nuestra historia antigua, que aun permanecen envueltas en sombras.

El *Semanario ilustrado* tambien contiene algunos artículos descriptivos y morales de Alfredo Chavero, con el nombre de *Paisajes*, y se propone continuar la serie, haciendo conocer varios lugares de la República. Alfredo es muy á propósito para ese género de literatura, por lo elevado de su talento, por su excelente memoria y por su penetrante observacion, á lo que se añade como una prenda rara, un juicio sólido, que es bastante extraño en un jóven como él. Esta es la cualidad dominante en el carácter literario de Chavero, quien por ella está llamado á tratar asuntos mas encumbrados en Filosofia, en Literatura y en historia. Sabemos que se consagra hoy con empeño á coleccionar documentos y obras pertenecientes á las Antigüedades mexicanas, contando ya con bastantes ejemplares curiosos. De modo que no tardaremos en ver algun estudio lleno de novedad y de interes sobre nuestras tradiciones. Chavero sigue la senda de Ramirez en sus indagaciones críticas, y desdennando un poco los trabajos de mero entretenimiento, se ha ejercitado ventajosamente en altas cuestiones de Legislacion, dándose á conocer desde hace tiempo como orador en la cámara de diputados; como publicista en la prensa y como jurisconsulto en el foro.

Así es que los *Paisajes* no son mas que el producto de sus ocios; pero son bellísimos y notables por su exactitud en la pintura de la localidad y de las costumbres, por su dición elegante y correcta, por su gracia natural y de buen gusto y por sus ingeniosas observaciones. Algunas veces el poeta se descubre; porque Alfredo cultiva tambien la poesía con bastante brillo, y desde sus lindísimas *trovas* que publicaba en 1862, hasta sus composiciones filosófi-

cas que ha leído en las *Veladas literarias* con general aplauso, hay que seguirle en todos los géneros, por que le son conocidos, aunque se ha distinguido especialmente en la poesía patriótica, en la cual tiene arranques dignos de Prieto, como lo ha probado en las preciosas muestras que nos dió en aquellos días de entusiasmo, cuando el ejército francés marchaba sobre la capital, y cuando la lira de nuestros cantores excitaba al pueblo á marchar á los campos de la gloria.

El primer artículo de los *Paisajes* se intitula *Manzanillo*, y el segundo *Colima*. El escritor, que conoce bien esas localidades porque las visitó en 1863, cuando la salida del gobierno de San Luis Potosí nos hizo tomar á todos diferentes rumbos, describe aquel puerto y aquella ciudad con sorprendente exactitud y les da el colorido poético de su imaginación. Bajo su pluma ve uno aparecer el paisaje con toda la pompa de aquella hermosa tierra y con toda la belleza de su cielo. Colima sonríe ante nuestros ojos, recostada muellemente en la falda de sus volcanes y sombreada por sus bosques inmensos de palmeras y de arayanes, de parotas y de mameyes que apenas dejan ver el caserío blanco y alegre, y los plateados reflejos del río bullidor y bordado de cármes encantadores.

Los artículos descriptivos como los de Chavero son escasos en México, y á fe que hacen suma falta, porque ellos contribuyen mas que nada á que se forme en el extranjero una idea justa de nuestros hombres y de nuestras cosas. En los *Paisajes* no solo se ve lo pintoresco, sino que tambien hay un estudio de historia y de costumbres, con estilo tan sabroso y tan fluido, que no puede meno,

que leerse con avidez. Pero, repetimos, en esta parte ha habido todavía mayor negligencia que en otras. Nuestras novelas como el *Periquillo* y el *Monedero*, contienen descripciones, pero todavía son pequeñas. D. Luis de la Rosa, que tenia una facilidad admirable para la descripción, se limitó á pintar cuadros de la naturaleza que son mas bien poesías. Fidel, en sus *Viajes de orden supremo*, tiene tambien estudios preciosos, que nos hacen desear la conclusion de esa obra. Algunas hay en antiguos calendarios que se han olvidado; pero ¿qué es todo esto en compensación de nuestro país? Apenas una centésima parte. Hasta ahora parece que va á cultivarse un género de literatura desuadado en México y tan deseado generalmente. La correspondencia del Nigromante y de Fidel abraza tambien la descripción como uno de sus objetos. *Calvario y Tabor* trae cuadros de la costa del Sur y de Michoacan excelentes, y Chavero escribe expresamente con ese fin exclusivo sus *Paisajes*, obra en que le hemos prometido alternar con él, pues preparamos tambien algunos artículos descriptivos del Sur, de Michoacan y de Guadalajara. Excitamos entretanto á los jóvenes escritores á que nos ayuden, pues de este modo en breve podremos formar una obra pintoresca sobre México, que con los hermosos artículos que se publicaron, lujosamente ilustrados, hace tiempo, con el título de *Los alrededores de México*, y con lo demas que dejamos referido, pueda reputarse una colección completa.

Restanos hablar del distinguido crítico de teatros que escribe en el *Semanario*, y que tan bien maneja la lengua de Cervantes y de Luis de Granada, que no parece sino que sus bellísimas crónicas son hijas de algun discreto autor de aquellos tiempos, en que el idioma español era el preferido por el amor, por el heroísmo y por las musas.

Valiéndonos de una graciosa figura que ha usado el mismo Manuel Peredo, séanos lícito decir que su estilo es tan sabroso como el vino viejo, y que nos detenemos en cada período, en cada línea, en cada frase para deleitarnos con el dejo regalado que nos queda al leer cada concepto suyo. Encanta este modo de hablar.

Manuel Peredo es clásico en sus estudios; sus composiciones poéticas, que tanto han llamado la atención y que han sido tan celebradas por su exquisita gracia, tienen toda la forma correcta y elegante de aquellas silvas de Fr. Luis de Leon, de Rioja ó de los Argensolas, toda la sal ática de las composiciones sueltas de Breton de los Herreros, á quien se parece tanto en lo jugueton y picaresco de su musa como en lo castizo de la dición castellana. Como la prensa ha hablado mucho de estas poesías, y como una autoridad competente é irrecusable en materia de lenguaje, el Sr. D. Anselmo de la Portilla, ha juzgado tambien favorablemente el estilo de Peredo, nosotros no diremos mas. La reputacion de nuestro buen amigo está hecha como buen hablista, como poeta y como crítico.

Bajo este punto de vista vamos á considerarle nosotros. Si un estudio profundo de todos los teatros, pero particularmente del español, si una pasion decidida por la li-

teratura dramática, si una observacion sagaz y delicada que se detiene hasta en el menor detalle; si un acierto instintivo en la apreciacion, si un juicio maduro é ilustrado, y si un conocimiento de la escena difícil de igualar, son dotes que deben hacer de un escritor un crítico perfecto, Peredo lo es sin duda alguna.

Desde que pudo concurrir al teatro, concurre; es decir, desde su niñez habrá podido verle el público, fiel y asiduo espectador, no importa si en el patio, en los palcos ó en la galería. Peredo no falta jamás, llueva, trueque ó granice, y las empresas habrán perdido por falta de público algunas noches, pero nunca les habrá hecho falta el contingente de Peredo. Solo el deber sagrado de su profesion (porque es médico) puede haberle hecho faltar algunas veces y arrancarle de los brazos de Talía; pero si no es eso, nada tiene bastante poder para privarle de su placer favorito.

Pero Manuel Peredo no es concurrente al teatro por una costumbre de lujo, por el deseo de buscar distraccion, por el interés de pasar revista á las hermosas. No; él es idólatra del arte, es inteligente apreciador de sus bellezas, y allí no solo goza, sino que estudia. Si asistís con él y estais á su lado, él os hace notar circunstancias que dejaríais pasar inapercibidas, y que sin embargo, son importantes para la crítica. Si le veis durante la representacion, no podreis por ningun motivo distraer sus miradas, que permanecen fijas en la escena y pendientes del actor. En el entreacto, contad con él para gustar de su conversacion chispeante y bordada de agudezas deliciosas; pero antes no os haria el menor caso. Y todavía, os

advertimos que no es fácil retenerle en el patio ó en el corredor, porque tiene, como Julio Janin, la costumbre de ir á pasearse, en alegre conversacion, esos momentos, entre bastidores.

Tal es Manuel Peredo, y tales son sus elementos para juzgar de las obras dramáticas y su representacion. Por eso saboreais esas narraciones tan fluidas é interesantes de su revista, y que á veces son mas bellas que la comedia misma cuyo asunto compendia. Por eso teneis esas apreciaciones tan justas, tan oportunas, tan llenas de novedad. Peredo no escribe mucho, pero escribe lo bastante; no juzga muchas piezas á la vez; pero aquella que coge por su cuenta, queda en sus manos analizada completamente. Hay algo del análisis anatómico en su crítica; solo que aquí el poeta y el médico se confunden y dan á la autopsia un encanto de que carece para la generalidad el exámen que hace la ciencia.

Tiene otra cualidad rara y que hace mas amable sus escritos. Dotado de un carácter benévolo y dulce, extraño á las pasiones violentas, lleno de sentimiento, á pesar de sus epigramas y de su sonrisa, jamás brota de su pluma una frase ofensiva, un chiste punzante y mortal, una sola palabra de esas que se clavan como dardo encendido. Peredo es el mas cortés de los críticos, y siempre encuentra la manera de decir una verdad sin causar enfado, de corregir sin que el actor dé un brinco de dolor. La crítica en su boca suena como advertencia maternal, y los actores por esa razon le profesan un cariño envidiable.

Nosotros reflexionamos que esta crítica es la que pro-

duce mejores resultados, porque no irrita, ni se echa encima la obstinacion de la vanidad herida, y por eso creemos que Peredo está haciendo mucho bien al progreso del teatro en México.

Tenemos tal confianza en su juicio y en su experiencia, que para escribir cualquiera de nuestras pobres crónicas teatrales, siempre le pedimos su opinion, siempre contamos con su ilustrado juicio. Peredo es uno de esos hombres que acaban por presidir un círculo literario y por crearse un apostolado en la juventud. ¡Ojalá! Cuando tantos necios ponen en boga sus opiniones mezquinas, trasmitiéndolas á admiradores estúpidos, es muy grato considerar que talentos como el de Peredo están ahí para no dejar la dictadura en manos de la ignorancia ni de la presuncion.

Para concluir con el *Semanario*, llamaremos la atencion de los lectores sobre los artículos de ciencias de aplicacion que se están publicando allí por inteligentes escritores, que tienen la modestia de ocultar sus nombres detrás de las iniciales ó del anónimo. Por todo esto, el *Semanario Ilustrado* es una publicacion que el país debe proteger, porque deleita y es útil.

Entre las publicaciones que estamos mencionando, hay una que por ser de nuestros antiguos y mas ameritados

colaboradores merece un lugar distinguido. Se intitula *Cuentos del vivac*, y es su autor el conocido poeta y escritor D. José T. de Cuellar, que como lo dijimos en una de nuestras revistas publicadas en el *Siglo XIX*, se vió obligado á ausentarse de esta capital para fijar su residencia en San Luis Potosí.

Cuellar, separado del círculo de sus amigos, en el que era tan querido, no ha podido prescindir de sus tareas literarias, que son como una necesidad para su alma naturalmente poética.

Ha estado redactando el *Boletín militar de la division del Norte*; y este periódico, aunque impreso con malos tipos y en pobre papel, se ha hecho interesante solo por las producciones de tan distinguida pluma. Además de sus artículos graves sobre instruccion pública y sobre otras materias, que le honran como ciudadano y como progresista, Cuellar ha publicado escritos ligeros, como los *Cuentos del vivac* y como sus crónicas de teatro actuales, que llevan aquella firma, con la que llamó tanto la atencion en artículos dignos de Jouy y de Figaro, y que se llamaron *Las bancas de fierro*, *El crédito público*, *La veneracion* y otros.

Facundo fué desde entonces un nombre que se presentó espléndido en el cielo de la crítica, como se habia presentado el de Cuellar en el cielo de la poesía.

Este literato, tan aplaudido por sus cantos líricos como por sus bellas producciones dramáticas, no habia seguramente querido pisar otro terreno, mas bien por indolencia que por temor, pues su talento es uno de esos talentos que tienen una flexibilidad sorprendente, si se nos permite

la frase, y que dominan todos los géneros literarios. Pero apenas escribió su primer artículo, rebosando gracia y agudeza, apenas comprendió que su mirada penetrante y su conocimiento de la sociedad mexicana le llevaban al artículo de costumbres y le auguraban muchos triunfos, cuando se consagró á esta tarea con gusto y con destreza. Entonces pudimos admirar los estudios que hemos citado arriba, así como sus dos bellísimas revistas, que pueden contarse entre las mejores que hayan salido alguna vez de la pluma de un literato.

Si Facundo quisiera, podría escribir la sátira política como Larra, ó el artículo de costumbres como Mesonero. Lo decimos sin pasion, precisamente porque tenemos por el primero de estos escritores una predileccion marcada, comprendemos la dificultad de igualarle; pero *El crédito público* de Cuellar nos hizo concebir esperanzas de ver en nuestro país bien imitado el estilo del célebre satírico español. Mas el que sale á Belchite se entristece y se desalienta. El círculo de los amigos ayuda mucho porque estimula, y la pereza invade el alma por falta de aliciente. Esto nos ha pasado á todos los que hemos tenido que salir de México y que vivir en los pueblos, poco menos que como Ovidio en el Ponto-Euxino.

En semejante circunstancia nadie puede lamentarse de haber sufrido tanto como nosotros, que hemos vivido literalmente en las montañas, á veces sin mas tertulianos que los que tenia Robinson, á saber, los papagayos.

Todavía Ignacio Ramirez hablaba con los yankees de California ó con los curas de Sinaloa, de Sonora ó de Yucatan; todavía Guillermo Prieto contaba con el talento de

los *veintidos* ó con la inteligente concurrencia de los tejanos; todavía Riva Palacio tenia consigo á sus oficiales y á sus letrados de Michoacan; todavía Chavero se hacia entender de los *dandys* emigrados que habian llevado á Colima como una chispa del ingenio mexicano; todavía Cuellar tiene en San Luis Potosí un auditorio.

Nos alegramos ciertamente de que uno de los fundadores del círculo que tanto ha impulsado el movimiento literario en México, como es Cuellar, no enmudezca completamente, ni olvide que sus amigos le siguen con sus afectuosas miradas hasta esa tierra de la tuna cardona y de las hormigas dulces.

Sus *Cuentos del vivac* son pequeñas historias militares en que se narran varios de los hechos gloriosos de la guerra pasada, con un estilo sencillo, popular, pero impregnado de ese entusiasmo patriótico que tanto conmueve el corazon del soldado y del hombre del pueblo, y que es al que deben las naciones todas del mundo sus glorias mas brillantes y sus ejércitos mas afamados.

Tambien faltaba cultivar ese nuevo género, y tambien es necesario, tanto para consignar las hazañas memorables del soldado, que producen el estímulo en sus camaradas, como para enriquecer la historia nacional. Es la epopeya del héroe oscuro de nuestros campos de batalla, que muere como un bravo honrando á su patria, pero que no tiene un Homero que le cante, ni espera un recuerdo que perpetúe su nombre ante la gratitud pública, ni sueña con otro monumento que el osario comun, ó la hoguera en que los *prebostes* reducen á cenizas tantos restos venerables y grandiosos.

El patriotismo de las naciones debe proteger esta clase de publicaciones, porque ella es útil, mas que los pomposos discursos que el pueblo no entiende, ó que las historias oficiales que no puede comprar. Por otra parte, cada una de estas se consagra regularmente á un Aquiles demasiado alto para que el soldado saque de su gloria el ejemplo que necesita. Podemos hasta decir que el pueblo murmura contra esas historias lisonjeras, en que se olvida á los humildes obreros de la victoria y se les considera mas bien como instrumentos, como *carne de cañon*. Apenas los fanáticos soldados de Bonaparte lloran con esos libros; pero nótese que en las epopeyas napoleónicas se colocan frecuentemente junto á la figura gigantesca de aquel general las figuras interesantes de sus soldados, y que él mismo procuró siempre mezclarse, aunque revestido del carácter imperial, entre sus buenos hombres del pueblo, esforzándose hasta en aparecer sencillo en su trage y en su locucion, lo cual hacia que el pueblo le considerase siempre como uno de sus hijos, como una de sus glorias, como la personificación de las masas, aun que supiese que se habia hecho monarca, porque ciertamente tuvo pocas ocasiones de verle en las Tullerías y en medio de una corte improvisada, y casi siempre le vió en medio de las fatigas y de los combates.

Napoleon hacia matar á millares á estos infelices fetichistas, y cada batalla que daba era una hecatombe ofrecida á la deidad sangrienta de su ambicion; pero tuvo la habilidad de fanatizar á los soldados, y de hacer del vivac un foco de entusiasmo.

Pues bien; lo que hacia aquel hombre por su propio engrandecimiento, hagámoslo nosotros por el amor de la libertad, y animemos al soldado con esas narraciones en que él vé su epopeya, y que le hacen buscar con gusto una muerte heroica, porque sabe que su país no ha de pagarle con el olvido, porque sabe que la gloria no es para él un nombre vano, pues que sus hazas han de ser la admiracion de sus compatriotas.

Los *Cuentos del vivac* han pasado inapercibidos para la generalidad, no para nosotros, que hemos visto en la intencion de Cuellar una mira profunda y que ha de tener resultados ventajosos. Solo quisiéramos que les diera una forma capaz de hacer de ellos una coleccion que guardara el soldado para aprenderla, juntamente con las leyes penales y con sus obligaciones. Quisiéramos tambien que continuara esa publicacion, pues sobran hechos notables que relatar; y sobre todo, quisiéramos que á ejemplo de Cuellar, otros escritores en los diversos puntos de la República en que han tenido lugar hechos memorables, particularmente de soldados rasos ó de oficiales subalternos, no los dejaran en el olvido, sino que prestaran á su país el servicio de inmortalizarlos en la misma forma que Cuellar tan felizmente ha escogido. Estas historietas, especialmente si están ilustradas, llegan á ser mas conocidas que ninguna otra leyenda, y apenas la cancion popular puede alcanzar igual simpatía.

¿Os acordais de un cierto *Dómine*, que exhalando un santo olor de Iglesia se os vino á descolgar por aquí el año pasado, hablando en versículos al uso hebraico y empapado como un rabino en la Ley y en los Profetas?

¿Os acordais de sus capítulos del libro de los Reyes y de los Evangelios, y de todas aquellas leyendas bíblicas, en que sin salirse del estilo riguroso de Moisés ó de Esdras, y sin necesitar mas que de los preceptos sagrados, hizo de ellos un uso terrible, zurrando á todo bicho viviente de una manera que no se olvidará jamas?

¿Os acordais de sus artículos contra el P. Domenech y contra ciertos personajes políticos, que se vieron obligados á reirse de su propia caricatura?

Pues este *Dómine*, que se llama en el mundo el licenciado Antonio García Perez, y que desapareció repentinamente de México, vive aún y está en Morelia, siempre riéndose de la vida y mezclando á los asuntos mas serios los arranques epigramáticos de su ingenio inagotable. Antonio García Perez es el Cham, el Toffer, el Escalante de la literatura. El hace ridículos los contornos de sus personajes desde la cabeza hasta los piés, él los abandona á la risa pública sin compasion, y todo con el estilo aquel santurron y profético de que ha logrado hacer un manantial de sátira punzante y mortal. No encontramos modelo del estilo de García Perez en ninguna parte. Sus artículos fáciles, nerviosos y rebosando lo que los ingleses llaman *humour*, han quedado inimitables, y nadie se atreve á tocar ese estilo, porque seguramente quedaria inferior al *Dómine*.

Ya desde 1862 García Perez se hizo notable por sus

sátiras políticas, dirigidas contra elevados personajes, quienes, lo repetimos, lo mismo que aquellos de 1867, no pudieron menos que reirse de sí mismos. ¡Tan irresistible era la gracia del satírico, tan maestras eran las pinceladas con que retrataba, y tan irrefutables sus razones!

García Perez es un jurisconsulto instruido, un liberal acendrado y un escritor independiente. Combate con armas muy bien templadas en el terreno de la formalidad; pero es invencible en el del ridículo, pues sus golpes son inesperados, y las heridas que da desfiguran, porque dejan en el rostro una cicatriz enorme.

Sin duda posee el mérito de ser completamente original en el fondo y en la forma de sus escritos. Ha tenido ocurrencias peregrinas á veces. Cuando redactaba en union de Tovar y de Chavero el *Siglo XIX* el año pasado, y antes de la llegada de Zarco, antojósele hacer en la gacetilla la oposicion al editorial, que era obra del primero de sus dos compañeros, y los lectores rieron mucho de tan extraña guerra doméstica. Sus primeras crónicas parlamentarias eran capaces de acabar con la gravedad de los padres de la patria, y se leian con avidez y á carcajadas. No obstante, no es que él sea poco respetuoso con la representacion nacional, sino que no encontraba á varios diputados muy á la altura de su mision y de su carácter. Se nos figuraba leyendo una de sus actas, oir al capitán Gulliver describiendo las cortes que conocia. El *Dómine* tiene, seguramente, poco desarrollado el órgano de la veneracion. Maneja el chiste de Aristófanes, como el de Rabelais y como el de Beaumarchais.

Su sátira es incisiva, su palabra emboscada y burlona,

su diction correcta y ligera. No puede uno, leyendo la primera línea de un escrito suyo, dejar de llegar al fin; sus introducciones son como una copia de *Sansevain* ó como una salsa de mostaza; producen un apetito devorador.

Los artículos de García Perez le dan un lugar de los primeros en la literatura mexicana. Conocido su carácter, solo añadiremos, que sintiendo el retraimiento de tan notable escritor, nos conformamos con leer solamente sus ingeniosas *Revistas de Michoacan* que publica el *Siglo*, y que son una joya para ese periódico. Como se supondrá los límites de ellas no permiten al escritor divagar mucho; pero él encuentra oportunidad para incrustar sus epigramas, que brillan como diamantes, entre la relacion de los sucesos de aquel patriótico Estado.

Algo mas esperamos del *Dómine*, y algo mas nos dará dentro de poco. Hoy parece que, encerrado en la Sinagoga con las Santas Escrituras, se recoge religiosamente y se prepara.

Hemos conciuído la revista de las publicaciones literarias de México. Como se habrá visto, hemos procurado dar á conocer el carácter de cada una de ellas, y hoy se nos permitirá recapitulando, llamar la atencion de los lectores sobre un hecho importante. Examínese con cuidado cada escrito, y se verá que cada literato mexicano cultiva un género diferente. Aquel, la leyenda romanesca; este, el artículo de costumbres; el otro, la narracion his-

tórica; el de aquí, la conversacion como los franceses; el de acullá, la descripción; algunos la crítica teatral, otros el cuento del soldado. Hay quien maneje la sátira política, hay quien se consagre al estudio social y filosófico, hay quien haga indagaciones curiosas sobre la historia antigua, y no falta quien pueda desempeñar con maestría toda clase de trabajos, como Ramirez.

Pero no se imitan servilmente unos á otros, sino que todos propenden á sobresalir en un género determinado y á ser útiles al pueblo, en cuyo favor han emprendido su tarea.

Llegando hoy á los versos vamos á ver cómo tambien se han iniciado diferentes géneros de poesía, consagrándose por grupos los jóvenes á su cultivo, y dando así mayor interes á los trabajos. Pero esto se dirá al tratar de las *veladas literarias*.

IV.

Las *veladas literarias* se han suspendido á causa del teatro y de otras circunstancias puramente de actualidad; pero no han muerto; ni podian morir, teniendo todos los elementos de vida propia que se necesitan para que una institucion se establezca y prospere. El lujo, que nos hizo temer por ellas al principio, en nada las perjudicó, habiéndose convenido todos los hermanos en verlo con indiferencia. El lujo llegó á ser inofensivo.

Pero aunque suspensas tales reuniones literarias, el mo-

vimiento que en ellas se dió á los estudios, ha producido los resultados que se están viendo y que crecerán cada dia.

En las seis últimas *veladas* se clasificaron ya los géneros de poesía, y cada grupo se consagró al ramo que le era mas agradable con preferencia á los demás. Nuevos jóvenes ingresaron en la reunion, y apenas hubo *velada* en que no tuviese que mencionarse una *alta*, lo cual indica, que nuestro objeto, que era el de estimular á la juventud, estaba logrado completamente.

No pasaremos revista una por una á todas las reuniones que tuvieron lugar. Esto seria inútil, y tendríamos que repetir á cada paso la descripción de los salones, de las luces, de los cuadros, de los pasteles y de los vinos, cosa que ninguna utilidad trae á los lectores, y en que nuestra pluma no encuentra grata ocupacion.

Solo dejaremos consignado, que los Sres. Riva Palacio y Martínez de la Torre estuvieron espléndidos y fastuosos al recibir á los literatos en sus casas magníficas de la calle de Donceles y de la Palma, y que en esas dos noches se hicieron conocer los jóvenes D. Martin Fernandez de Jáuregui con un romance de costumbres intitulado *El Coleadero*, D. Gonzalo Esteva con una poesía ligera y graciosa, cuyo título es *Tú y yo*, y D. Estéban Gonzalez con su hermosa Introduccion á su leyenda de Granada, que tan aplaudida fué.

La primera de estas composiciones está publicada ya en el *Semanario*, y ponemos en seguida las otras dos. Además, el joven Dr. Peon leyó tambien por primera vez una bella poesía, que no tenemos en nuestro poder, el Dr. Frias y

Soto su canto *La Caridad*, y el jóven estudiante D. Roberto Esteva sus octavas *Ensueños y realidades*.

De los antiguos, Alfredo Chavero recitó *La limosna de los ricos*, composicion cuyo carácter agradó mucho.

Manuel Sanchez Facio su bellissimo soneto *María*, José Rivera y Rio su invectiva *Corazones blindados* y su delirio *Dolor supremo*.

Joaquin Tellez su precioso y original soneto *A Clara*, que ha merecido los honores de ser repetido tres veces.

José María Ramirez su delirio filosófico *Pensamientos y doblones*.

Y Justo Sierra su linda cancion *Playera*.

Riva Palacio recitó varios pequeños romances populares que él cultiva con el objeto de imitar el estilo de los romances moriscos, que por su soltura y sencillez son fáciles de aprender al pueblo á quien los consagra.

Peredo leyó su *Consortio imposible*, que ya se publicó en un cuaderno de las veladas y que mereció, como el soneto de Tellez, los honores de ser recitado varias veces en diferentes noches.

Mateos su precioso juguete *Su imágen, mi sombra y yo*, que tambien fué repetido.

Julian Montiel sus quintillas á Josefina, inspiradas por la amistad y la ternura.

Y Guillermo Prieto, haciendo sonar su lira pindárica, nos recitó *Eter y ensueños*, y *Flores marchitas*.

Ponemos en seguida todas estas composiciones por su orden.

TU Y YO.

La luz eres que colora
Sobre el firmamento el alba;
Yo el ave soy pasajera
Que canta por la mañana.

Eres la hechicera rosa
Que en los pensiles se alza;
Yo el aura soy peregrina
Que la acaricia y que pasa.

Arroyo eres tú que corre
En lecho de verde grama;
Yo el vienteillo que riza
En mil espumas el agua.

Eres melodiosa nota
Que se desprende del arpa;
Yo el eco que la recoge
Para armonizar las auras.

La ilusion eres que finge
De los poetas el alma;
Yo soy el alma que encierra
Esa ilusion adorada.

Eres ángel que del cielo
Para consolarnos baja;
Yo el poeta que te adora
Y tus perfecciones canta.

GONZALO A. ESTEVA.

GRANADA.

(Introducción á la leyenda árabe "El torrente del suspiro,
ó la tumba de la Nazarena.")

DEDICADA A MI EXCELENTE AMIGO EL JÓVEN POETA ESPA-
ÑOL D. ENRIQUE DE OLAVARRIA Y FERRARI.

Venid, seguidme á la gigante cumbre
Del suspiro del Moro,
Tras la que el sol, muriendo en Occidente,
Con medias tintas de carmin y de oro
Reflejos lanza de su roja lumbre,
Atomes de la luz Omnipotente!
Venid..... ¡Mirais al frente
Una oriental ciudad?..... Vedla, es Granada!
La mansion de la paz y la alegría,

Del andaluz la joya mas valiosa,
Entre rudos peñascos engarzada,
Festiva y bulliciosa
Cuando alumbra la luz del claro dia;
En lánguido sopor y mas hermosa
En el misterio de la noche umbral
¡Vedla, cuán voluptuosa!
Sus encantos revela,
Cuando la luna, del espacio diosa,
Que en el Darro y Xenil ténue riela,
Cubierta con blanquísimos cendales
Que las nubes le forman, triste vela
Por los pobres mortales,
E inunda de misterio y poesía,
Mandando melancólicos raudales
De blanca y trasparente argentería
A esa preciosa perla
Tirada en el Eden de Andalucíal.....
Venid, venid á verla:
Aquí mejor ambiente se respira.....
Ved su vega feraz y dilatada
Y su sierra gigántica de Elviral.....
¡Ved descollar allá SIERRA-NEVADA
Escalando la atmósfera serena
Con su diadema de eternos nieves!
Mirad SIERRA-MORENA
De tradiciones y de encantos llena,
Con sus sitios selváticos bravíos
Por dó pasan formando mil cascadas
Las abundosas aguas de los rios,

Yendo á regar la alfombra de colores
 Que le forman las flores
 A las tendidas fértiles praderas,
 Donde se miran bosques de avellanos,
 Nopales y manzanos
 Y sonoras gigantes datileras!.....
 Mirad surgir los leves,
 Magestuosos, erguidos alminares,
 Acueductos, mezquitas y palacios
 Que de los sóbrios hijos de la Arabia
 A reemplazar vinieron los aduáres!
 Mirad la Alhambra en la colina roja,
 Esa obra de los genios sin segundo,
 Y el Albaicin en la que está fronteral.....
 Ved el Generalife,
 Ese jardín florífero y fecundo,
 Sin rival en el mundo,
 Dó del DELEITE la mansion impera,
 Con escondidas solitarias grutas,
 Y artificiales fuentes
 Que entre las juncias y la hiedra filtran
 Sus aguas transparentes,
 Regando los risueños bosquecillos
 De cedros, de granados y jazmines,
 Y blancos olmos de ovaladas frondas
 Donde anidan los tiernos colorines!
 Regadas por do quiera
 Por las azules ondas,
 Vereis en él innúmeras las flores
 Exhalando al ambiente sus olores:

Las lilas, los silvestres jaramagos,
 El tulipan de mágicos colores,
 La rosa reina, el lirio de los lagos
 De matiz tan vistoso y tan distintoy
 La diminuta y pálida mosqueta,
 La tímida violeta,
 La blanca adelfa y el azul jacinto!.....
 Mirareis el CIPRES DE LA SULTANA
 Bajo el cual gozó tanto,
 Y, á impulso de su amor casto y profundo,
 Adivinó en el mundo
 Un nunca conocido dulce encanto,
 Y, donde presa de la cruda suerte,
 ZORAIDA la infeliz derramó llanto
 De ABEN-HAMET por la temprana muerte!.....
 Por allí discurriendo á la memoria
 Os traerán esa doliente historia,
 Con elocuencia, las sencillas aves
 Que en trinos cadenciosos y süaves
 Querellan en el bosque sus amores,
 Al despuntar la luz de la mañana
 Y al ocultar el sol sus resplandores!
 Y mirareis pequeñas
 Cascadas bullidoras,
 Y fuera, en la llanura,
 Las aguas de los rios serpenteando,
 Las solitarias palmas cimbradoras
 Sus luengas cabelleras agitando,
 Extensas sementeras, tamarindos,
 Naranjos, limoneros, y á millares,

Entre *cármenes* lindos,
Inmensos y floridos olivares;
¡Y tras las cumbres de encrespados montes
Dilatados y azules horizontes!.....
¡Y cuanto Dios en su bondad la diera
A esa joya magnífica y preciada
Para que asombro de las gentes fuera
Aun mas allá de los rugientes mares!.....
¡Salve, bella Granada!
Sultana del pensil de los amores,
Indolente y lasciva, reclinada
Sobre tu lecho de pintadas flores!
¡Salve! Yo te saludo, sacro templo
Del saber y la gloria!
Yo adoro tu belleza peregrina,
Y absorto te contemplo,
Porque eres fiel trasunto
De la mansion de HIRAM que se destina
Al que obró el bien en el mezquino suelo;
Porque eres un giron del alto cielo
Desprendido por Dios, para mostrarnos
Su magestad Divina!.....
¡Salve! Salve mil veces ¡oh Granada!
Yo, pobre vate errante,
Vagabundo cantor de la belleza,
Nacido en otro eden de tí distante,
Eden que rivaliza
Contigo en la hermosura y la riqueza,
Si á la indiana deidad le canto amores
Porque ella con amor meció mi cuna,

Admiro como debo
De la bella extranjera los primores,
Y aquí en mi corazon su imagen llevo!
Eden perdido del errante moro,
Recibe mis loores;
Porque fuiste infeliz tambien te adoro.....
¡Cuánto, cuánto deploro
Tus pasados terribles sinsabores!.....
¿Qué fué de tu grandeza?
¿Qué de tu poderío?
Solo te queda tu florido manto
Que ha regado el rocío de tu llanto,
Como hoy le riega el abundante mio.
.....
Quiera el cielo y feliz siempre te veas:
Quiera el cielo no seas
La presa del horrible despotismo,
Como mi pobre patria,
Ni vierta su mortífero veneno
El inmundo reptil del fanatismo
Cebándose en la sangre de tu seno!.....
Yo á tí dirijo de entusiasmo lleno
Mi atónita miarda,
Sin acertar á describir tu encantol!.....
¡Salve, bella Granada!
Tu magia sin igual, tu hechizo es tanto,
Tan sincera tu fe, tal tu grandeza,
Que queriendo elevar gigante canto
Me ciega el resplandor de tu belleza!.....
A mi pesar se dobla mi rodilla!.....

Reverente descubro mi cabeza...
 Por el asombro te contemplo mudo...
 Por tí olvido mi cántiga sencilla,
 Y guardando silencio te saludó!

Granada, 22 de Mayo de 1864.

ESTEBAN GONZALEZ VERASTEGUI

LA LIMOSNA DE LOS RICOS.

(Fragmento)

En la puerta del templo moribunda,
 Como un recuerdo ya de una existencia,
 Como una rosa sin color ni esencia,
 Como un gemido entre la ropa inmunda
 De un mendigo hecho carne, así vivía,
 Angel ayer, hoy lodazal María.

Bella era aun su frente acariciada
 Por el beso de miel de la pureza;
 Y su trage haraposo
 Dejaba ver un cuerpo con el hambre
 Pálido y demacrado:
 Por el vicio jamás, nunca manchado.

Era un rayo de sol que no se ensucia
 Por irse á reclinarse en medio al fango;
 Entre aquella caterva de mendigos,
 Era una gota dulce, desprendida
 De pasajera nube en el Océano,
 Con mil gotas salobres confundida.
 Y miraba á su lado la miseria,
 Como á la luna cándida paloma,
 Que gime de la playa en los bejucos,
 Un caiman ve á sus piés, que pardo asoma
 Del estero en el agua reposada,
 Sin que pueda manchar su ala nevada.

Los ricos se acercaban á la puerta
 De blanco mármol del lujoso templo,
 Sin ver á la mendiga medio muerta,
 Que una limosna sin cesar pedía;
 La multitud pasaba y no la oía.

Era una catarata desbordada
 De gasas, de perfumes, de diamantes;
 Ricas sedas, lujosa pedrería;
 Risa en los labios, ojos deslumbrantes.
 Nubes de blanco raso conduciendo
 Tempestades de dicha, las mujeres
 Derramaban torrentes de placeres;
 Y al mirarlas, el alma se exhalaba
 Para ir en sus pupilas á quemarse,
 Como la mirra que en el templo ardía.
 Lloraba de hambre la infeliz María.

Y era lujoso el templo: columnatas
De jaspes y de mármoles pulidos,
Chapiteles dorados sostenidos
Por ángeles de bronce, escalinatas
Con balaustradas sustentando cirios
Que en anchurosas naves derramaban
Una luz calurosa y embriagante,
Tapices que los suelos ocultaban,
Blandos como las nubes,
Y en ellos las mujeres que cruzaban
Como en el firmamento los querubes.

Y á dos pasos de allí, triste haraposo
De hambre, el ángel doliente de María,
Como una espiga rota se mecía.
La limosna reunida entre los ricos
Sostenia los gastos de ese templo:
Fieles de caridad sublime ejemplo!

Y era la caridad la que pasaba
Cuando á la puerta pan le demandaba
La mísera María!
Y era la caridad la que no oía!

En medio de las nubes del incienso,
En medio de las olas de armonía
Que la orquesta y los órganos lanzaban,
Traspassando el ambiente de ambrosía
Que de sus lábios rojos exhalaban
Como lúbricas flores las mujeres,

Cual una queja, sin cesar se oía:
«Una limosna,» que con voz doliente
En vano en su hambre demandó María.

Despues nada se oyó: como marea
El llanto de su seno se elevaba
A su garganta, y su pedir ahogaba.
Entretanto, en el templo arrodillados
Su caridad los ricos contemplaban;
Mas no aceptó el Señor sus oraciones,
Ni la rica limosna que le daban,
Negándole al que de hambre se moría;
Y al mirar á María,
En el cielo los ángeles lloraban.

ALFREDO CHAVERO.

A MARIA.

Al pisar el umbral de las edades
Con tu frente de cándidos jazmines,
Cantaron de placer los querubines
Y acallaron su voz las tempestades.

Por reina te aclamaron las beldades
Que brillaban con gloria en los jardines,
Pues no vieron alzarse en sus confines
Quien lanzara mayores claridades.

De amores nido y de virtudes fuente
Tu pecho guarda sin igual fortuna;
Por eso al ver tu imagen en mi mente

Impresa para siempre cual ninguna,
Envidio al sol que acarició tu frente,
Bendigo al sol que iluminó tu cuna.

MANUEL SANCHEZ FACIO.

DOLOR SUPREMO.

(DELIRIO DE UNA NOCHE.)

"Dicen que Dios entregó el mundo al demonio
para que éste no se muriese de fastidio."

Sermon antiguo.

I'll speak to it, though hell itself should gape
And bid me hold my peace.

SHAKESPEARE.

I.

Llenad las copas y apurad la esencia
Del hirviente licor que se derrama
Llenando de contento la existencia
De aquel que vive, que disfruta y ama
Velado por sublime Providencia.

Llenad las copas y vivid gozando:
Si falta os hace mi olvidada lira,
Héme aquí los placeres deificando;
Y al celebrar del mundo la mentira,
A la par de vosotros delirando.

Todo acabó: mujeres virtuosas
Que me hicieron soñar con su cariño,
Ninfas aéreas, pero muertas rosas,
Burlaron mis escrúpulos de niño
Y huyeron cual doradas mariposas!

Lúbricas, halagüeñas, palpitantes
O místicas llorando ante las aras,
Siempre amorosas y jamás constantes,
La ténue luz de las estrellas claras
Los besos contempló de sus amantes!...

De la amistad las dichas se perdieron,
El goce de la gloria es un delirio;
Como antorchas nupciales se extinguieron
Para ocultar la noche del martirio
Todas las luces que en mi fe vivieron!

Del piano la dulcísima armonía
Sin piedad lacerando mis entrañas,
Me sumerge en letal melancolía,
Como el rayo al rugir en las montañas
En mi infantil pavor me estremecía.

¡Oh tiempos que pasaron!... ¡oh memoria
Que preñando de lágrimas mis ojos
Alumbras los detalles de mi historia!...
Te ruego por piedad, puesto de hinojos
Borres la huella de mi inútil gloria.

Descansa ya, memoria peregrina,
Aquí, en el arrecife de tu anhelo,
Sin contemplar la estrella vespertina.
Ni una mirada ya para ese cielo
Que abandona... que hiere... que asesina.

Barca que contrariaron las tormentas
Abriéndola los roncacos aquilones,

Si hasta el Océano vas, dime, qué intentas?...
Perecerás tal vez en sus regiones
Juguete de las olas turbulentas!

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

El génio del averno aborrecible?.....

Ya es tiempo que perdones su extravío.

Al mártir del averno sus cadenas
Destroza de una vez..... mejor la nada
Que ese enjambre fatal de tantas penas
Cual sufre nuestra próle desdichada,
Pasto sin fin de encarnizadas hienas!

La luz del Paraíso fué luz pura,
La vida en el Edén llena de encanto;
Pero Dios al formar la humana hechura,
En un decreto que firmó con llanto
La puso en posesion de la locura.

Y raquítica, débil, impotente,
Por hórridas pasiones destrozada,
Se dejó corromper de la serpiente,
Y el mundo entonces recorrió manchada
En busea del arcángel impudente.

Dios entretanto se olvidó del mundo
Que el ludibrio formó de los precitos,
Y fijóse en otro ángel rubicundo,
El mejor de sus bellos favoritos
Que despues de Luzbel, era el segundo.

Y en su region de pena y desconsuelo
La tierra á Satanás quedó entregada;
Y si ángeles de luz hay en el cielo,

Hay en la pobre tierra abandonada
Mónstruos que esparcen el terror y el duelo.

Algo quedó de amor tras negra ira
En quien es todo paz, misericordia,
Y si el Señor á Satanás retira
Del cielo dó sembrara la discordia,
Le dió otro imperio desde el cual conspira.

Porque ese arcángel que rebelde, injusto,
Meditó silencioso el parricidio,
Léjos de tanto bien, con ceño adusto
Dicta el incesto, el robo, el homicidio,
En ofensa no mas del Dios Augusto.

Y esta tierra infeliz su patrimonio,
Por aluvion se agregará al infierno,
Y toda la mujer en matrimonio
Ha de pasar á su dominio eterno,
Y los hombres á eunucos del demonio.

Toda la eternidad de excelsa gloria
De que el ángel maldito gozó un dia,
Recuerda Dios, y su imborrable historia
Lo libró del *no ser*; si Adan sufria,
Es porque tiene Dios buena memoria.

III.

Mas en nombre tambien de tu justicia
Dinos esta verdad, Dios Providente:
¿Por causar del precito la delicia,
Nos hizo tu bondad feudo inocente
E histriones de esa corte impenitente?

En la duda cruel que nos devora,
En el caos tenebroso del tormento,
Esta prole infeliz que tanto llora,
Ir     dar   las furias alimento
Al extinguirse su vital aliento?

Tan poco vale la familia humana,
Que la muerte   el llanto es su destino?.....
 Qu  especie de poder así se afana
En mostrarme ese cielo cristalino,
Si acaba cuanto soy un torbellino?

IV.

Mas que del porvenir la inmensa idea
Vaga ceniza la memoria alumbr  .....
Qué siniestro fulgor! qué horrible teal!.....

Del último arrebol vaga penumbrel!
—Es el pasado que vivir desea!

Oh! dime para qué recuerdo triste!
Como el graznar del tétrico vampiro,
Por qué al anochecer siempre estuviste
Pidi ndome un recóndito suspiro
Para un *nublado sol*, que ya no existe?

V.

Por t  dud  de la clemencia santa
Que debe haber en Dios..... por t  mi pecho
Un acento fatídico levanta
Al revolcarme en el doliente lecho
Rebelde   otros cantares mi garganta.

VI.

Odio y rencor el corazon respira,
Estoy solo en el mundo; fué vendido,
Y en mis manos pusieron una lira
Con que   mi torpe dueño he divertido
Arrojando la hiel de noble ira.

Mas cuando v    esa turba indiferente,
Desnudo y palpitante y festejosa

Solazando al monarca displicente,
Su servidumbre al olvidar tediosa
Quise también gozar como demente.

Llegó mi saturnal..... ya vino el día
En que puedo reír..... tengo derecho
De entregarme locuaz á torpe orgía!
—Si nunca la verdad habló el despecho,
Nunca hizo ningún bien la hipocresía.

Llenad las copas..... que la alegre fiesta
Me inspirará contentos y placeres;
Arriba, locos! la ruidosa orquesta
Los sentidos anima á las mujeres,
Y ya el honor la juventud detesta.

Nada se pierde ya: bastante llanto
Hemos vertido en la existencia triste;
Fantasmas de dolor! Sombras de espanto!
Si os aleja la hiel de alegre chiste,
¿No veis la intensidad de mi quebranto?

Llenad las copas, espumoso el vino
Semeja un lago bullidor, inquieto
Que no refleja un éter cristalino;
Estamos de la vida en el secreto,
Y reír y gozar manda el destino.

Llenad las copas y vivid gozando;
Si falta os hace mi olvidada lira,

Héme aquí los placeres deificando,
Y al celebrar del mundo la mentira
A la par de vosotros delirando!

VII.

No existe la razón; vana quimeral
Mientras rodamos al no ser..... cantemos
Con una voz amarga y plañidera;
Y al proscribir sus códigos supremos,
En un vaso de rom la guardaremos.

Si enemiga del bien turbó la orgía
Evocando recuerdos y dolores,
Bien merece esa tumba: en su agonía
Encontrará por místicos clamores
El delirio febril de los amores!!!

Osculos y caricias, zambra y fiesta,
Algazara y ruido y movimiento,
Compás discorde de profusa orquesta,
Y en acceso de amor, calenturiento
Ahogado en alcohol todo tormento!!!

J. RIVERA Y RÍO.

CORAZONES BLINDADOS.

Ya está contenta la orgullosa raza
Que proscribe el amor y el sentimiento;
Su corazon envuelve una coraza,
Y dice: «tregua al mal, plaza al contento.»

¡Era de las pasiones y las glorias!
Siglo caballeresco de proezas!
No nos dejes saber de tus historias
Lances de honor, ni fastos de ternezas.

Sepulta tu pasado en hondo abismo
Y déjanos vivir sin ilusiones;
Sobra con deificar el egoismo
Blindando nuestros yertos corazones!

¿Qué es el amor? El goce de un instante;
Preguntadlo al mormon y al sibarita,
Y no busqueis al trovador errante
Que endechas canta y de pasión se agita.

Ese tipo es grotesco aunque divierta:
La voz de su sentida serenata

No le abrirá de la beldad la puerta,
Aunque se queje de la lluvia ingrata!

Es triste la verdad; pero es un hecho
Que ya al segundo amor la jóven linda
Coraza tiene sobre el tierno pecho;
Cual un soldado sus fortines blindada.

Flores, cantos de amor, suspiros, llanto,
Proyectiles del alma enamorada!
Nada podeis con vuestro puro encanto,
Porque la ciencia está..... muy avanzada.

Bajo la blonda del aéreo traje,
Bajo la seda del turgente seno,
La precaucion estableció el blindaje
Que desafía de la nube el trueno.

También la cota del guerrero cifien
El adonis gentil y el calavera,
Y muchas veces las vestales riñen la guerra
Con armas que embotó la suerte fiera.

Niñas he visto de pasión dementes
Luchando con denuedo y bazarria
Rompiendo sus escudos refulgentes,
Agotando su pólvora en un día.

¡Cuánta imprudencia! El corazon blindado:
Opuso á la ternura su indolencia,
Y la niña infeliz tras el pecado
Con lágrimas sufrió la penitencia.

Por eso veis que la amorosa tropa
Otra táctica sigue y otra ruta
En México lo mismo que en Europa,
Que el mundo no ha de ser siempre recluta.

Se trata de un pendon, de un vellocino
Como allá en Troya, en las amantes lides,
Pues ya que se exploró bien el camino,
Quien menos quiere ser, será un Alcides.

Fuerza ostentando y sin igual pujanza
Niños y niñas sostendrán la justa;
¡Siglo de ilustracion y bienandanza!
Deja atrás la ilusion como vetusta.

¡Guerra al amor! La fe cosmopolita
Vague do quiera como errante hebreo,
Y ni en templo cristiano ni en mezquita
Se presente su mágico trofeo.

¡Guerra al amor! El cálculo presente
Un corazon—hotel de Mesalina,
Y estúpido juglar siempre riente
Muestre tambien un corazon—cantina.

¡Guerra al amor! Debilidad del alma!
Sucédanle las cifras, los problemas,
Sediciones de estrados; pero en calma,
Siempre con numismáticos emblemas.

Cuestiones de almacenes y de bancos;
Listas de propiedades y de precios:

Al comprar y vender seremos francos,
Que Artemisa y Mausoleo fueron nécios:

Al salto de Leucade alguna escena
Sucederá mas digna de esta gente;
Robemos solo una robusta Helena
Si se ha de enriquecer el pretendiente.

Haya grillos de amor si son *de oro*
Que los sepa avaluar sábio el judío;
No es tiempo de decir *perlas de lloro*
Ni *linfas de diamante* las del rio.

¿Quién entiende ese idioma?—los orates.
¿Quién habla de pasiones?—las ilusas.
En el mercado los dolientes vates
Solo pintadas hallarán las musas.

No mas ensueños de ilusion y gloria,
No mas fiebre de amor; que el mundo entero
En vez de lauros de inmortal memoria,
Busca afanoso y sin cesar *dinero*.

¡Armas quereis que el corazon blindado
Os pueda conquistar en un segundo?
Pues llevad á las plazas y al mercado
El talisman con que se vence al mundo.

J. RIVERA Y RIO.

Enero de 1868.

A CLARA.

SONETO.

DEDICADO A MI AMIGO IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Hermosa es una palma en el desierto
 Meciéndose en vaiven dulce, süave;
 Y en medio de los mares una nave
 Es mas hermosa que en seguro puerto.

Cuando las flores del pensil han muerto,
 Y ya no canta en la enramada el ave,
 Cuanto mitiga nuestra pena grave
 La única rosa que se ve en el huerto!

Si en el cielo otro Febo rubicundo
 A la tierra benéfico alumbrara,
 No fuera el sol la admiracion del mundo.

Por eso el ojo de la bella Clara
 Húmedo, solitario, sin segundo,
 Es la gracia esplendente de su cara.

JOAQUIN TELLEZ.

PENSAMIENTOS Y DOBLONES.

DELIRIO FILOSÓFICO.

¡Cosa extraña! La primera condicion que hoy exige para su progreso la humanidad, es ser inhumana.

Lo demas es teoría.

Hombres y cifras son hoy una sola, única y misma cosa: valores. Partiendo de este principio, el «mas allá» no pasa de utopia.

Dice la Biblia que Dios crió el mundo, y el cielo, y los árboles, y las plantas, y las flores. Nada se dice en las santas páginas de alguna emision de billetes de banco. En aquel tiempo Jehovah se llamaba Criador; hoy la creacion es una aritmética, y el Padre nuestro debe presentarse á Su Divina Magestad en papel sellado de á cincuenta centavos.

Gran márgen á la izquierda, tramitacion complicada. Nada de absurdo al suponer que la divina mano de la Providencia acuerde al «Padre nuestro» un «Pase á Matías Romero para sus efectos, conforme lo permitan las circunstancias del erario.»

No os engañais: la contemplacion y el asceticismo son

algo distinto de lo que parece. Las almas contemplativas y los astrónomos ven hacia las entrañas del cielo como los mineros hacia las entrañas de la tierra.

Las primeras buscan acaso el cuño y el cordón de los astros. Los segundos buscan en las minas los astros del cielo de la felicidad: el dinero.

El sol será de diez y ocho quilates, está bueno; pero es el más negro sarcasmo para aquellos de quienes el buen Ripalda dice: «Bienaventurados los que han hambre, porque ellos serán hartos.....»

¡Oh! ¡Son tantos!

Por eso hay hombres que se aturden: pretendiendo liquidarlo todo, porque todo lo analiza y lo liquida el desgraciado, como un tesorero general de la nación, dicen: «Pensemos;» y no pudiendo llevar joyas en los dedos, las llevan en la cabeza. El *cognac* y el *absyntho*, el *kirsch* y el *rum* de Jamaica, son riquezas disueltas que suben a la cabeza, son joyas líquidas, son topacios, brillantes y rubíes y esmeraldas que disuelve el pensador, el ilusionista, el *teórico*, por decirlo así, al calor de sus deseos, y así enriquece su imaginación.

¡Liquidar!

Inventad otra palabra ó no castigéis la embriaguez.

Es la riqueza, es la felicidad del hombre de imaginación.

El frío especulador social aglomera tesoros en sus cofres. Muy bien. El que vive de fuego, hace de su cabeza un cofre de riquezas y tesoros convencionales.

¿A qué impedirlo?

La imaginación es un armario como cualquiera otro,

en donde suelen colocarse joyas raras. Pero esto se hace por regla general, después de la susodicha *liquidación*.

A cada fin de mes se nos figura que salen á brillar todas las estrellas del cielo, como en la tesorería se vierten todas las talegas. La Providencia *está bien*—no lo dudeis. —Sus millones de astros no pueden ser un sarcasmo. ¡Sean, pues, una esperanza!

Los «ángeles guardianes» son un *mytho*, una sombra, ó cuando más un recuerdo. Hoy deben estar sustituidos por ángeles tesoreros, por espíritus puros buenamente *pagadores*!.....

Y ¡no queréis creerlo! Hay algo en el sol de adjudicatario antiguo. El sol es rico, está *en buena posición*, inabordable; no puede ni aun versele..... Hay algo en el sol de jefe del divino gabinete: no le llameis el rey del día; llamadle simplemente secretario de Estado y del despacho de la divina hacienda.

Olvida ¡oh Petrarca! tus *soneti*. La poesía es el amor, y el amor es un contrato jurídico—innominado. La ternura es el contrato de *do ut des*.

Ascetas, séres contemplativos, pensadores profundos de todos los tiempos, entidades atónitas de todas las épocas, mineros del vacío, buscadores de oro del espacio, comprendedlo al fin: el Padre nuestro es una instancia oficial de todas las edades; el cielo es un placer de oro, un criadero de diamantes.

Hay metal allá arriba. El destino suele lanzarnos indirectas desde las profundidades del hemisferio..... hay algo de no sé qué limosna ó pobreza en la caída de un aerolito.

—¿Me amas, amor mio?

—¡Te adoro!—¿Me amas tú?

—¡Mas que á mi vida! Te lo probaré aun á precio de mi existencia.

Y la beldad piensa:

«Deberías probarme tu amor en los *Precios de Francia*.»

Guarda la belleza, ¡oh Psyquis! ¿Qué haces? Vas á envenenar al mundo con todo ese inmenso depósito de encantos! Cubre la caja fatal—conserva la virtud.....

—Aquí está la belleza—aquí está el honor—aquí está la virtud..... ¡Todo tuyo! Pero la tapa será de oro!....

¡Amigos! Yo creo cuanto he dicho..... os lo juro llevando la mano á la region precordial..... ¡Palabra de honor..... sobre ella descansa el bolsillo de mi chaleco!

JOSE MARIA RAMIREZ.

México, Febrero 9 de 1868.

PLAYERA.

Baje á la playa la dulce niña,
Perlas hermosas le buscaré,
Deje que el agua durmiendo cña
Con sus cristales su blanco pié....

Venga la niña risueña y pura,
El mar su encanto reflejará,
Y mientras llega la noche oscura,
Cosas de amores le contará.

Cuando en Levante despunte el día,
Verá las nubes de blanco tul,
Como los cisnes de la bahía,
Rizar serenos el cielo azul.

Enlazaremos á las palmeras
La suave hamaca, y en su vaiven
Las oras tristes irán ligeras
Y sueños de oro vendrán tambien.

Y si la luna sobre las olas
Tiende de plata bello cendal,

Oirá la niña mis barcarolas
Al son del remo que hiende el mar.

Mientras la noche prende en sus velos
Broches de perlas y de rubí,
Y exhalaciones cruzan los cielos,
¡Lágrimas de oro sobre el zafir!

El mar velado con ténue bruma,
Te dará su hálito arrullador,
Que bien merece besos de espuma
La concha-nácar, nido de amor.

Ya la marea, niña, comienza;
Ven, que ya sopla tibio el terral;
Ven y careyes tendrá tu trenza,
Y tu albo cuello rojo coral.

La dulce niña bajó temblando,
Bañó en el agua su blanco pié;
Después, cuando ella se fué llorando,
Dentro las olas perlas hallé.

JUSTO SIERRA.

Enero 1868.

A MI SIMPATICA AMIGA

JOSEFINA BROS DE RIVA PALACIO.

Josefina, yo no sé
Si á pesar de mi quebranto
Y mi desdicha, sabré
Inspirarte con mi canto
Amor, esperanza y fe.

Amor, y no para mí
Que sin ventura nació:
Sino amor eterno, fijo,
Para tu esposo y tu hijo
Que deben mirarse en tí.

Amor puro, verdadero
Y como tuyo hechicero:
Con el que solo se alcanza
Una vida de esperanza
Que yo ni tengo, ni espero.

Amor inmenso, profundo,
En la tierra sin segundo:
Sin mas tendencia ó anhelo,

Que levantarse hasta el cielo
Con lo que se ama en el mundo.

¡Tiemblos de dulce emocion
Concentrando tu pasión!
¡Ve á tu hijo! ¡Ve á tu esposo!
Con uno y otro orgulloso
Debe estar tu corazón.

Si es el primero inocente,
El segundo es un valiente
A quien honra y prez le dan:
En una y en otra frente
Bien tus caricias están.

¡Qué mejor que la inocencia,
Que á la santa independencia
Consagrarse con valor!.....
Guarde, pues, la Omnipotencia
Para una y otro tu amor.

Linda corona de flores
Para el que es de tus amores
Dulce fruto. Para aquel
Que luchando está entre horrores,
La corona de laurel.

Tal es mi canto. No sé,
Josefina, si sabré
Con él causarte impresion,
Y llenar tu corazón
De amor, esperanza y fe.

¡La esperanza! Es luz divina
Que nuestra mente ilumina,
Que nos lleva siempre en pos;
Es la estrella matutina
Que en la vida nos da Dios.

Estrella de la mañana
Que se presenta galana,
Que nos hace sonreír;
Luz hermosa, luz hermana
De la fe en el porvenir.

Espera, pues, y confía,
Y ten, Josefina, fe,
Que esta es el bien, la alegría
Que Dios desde el cielo envía
Cuando nuestras dudas ve.

Es la ventura, la calma,
La dulce resignación;
Es del martirio la palma;
Es, en fin, la paz del alma
Y la paz del corazón.

JULIAN MONTIEL.

México, Marzo 20 de 1866.

ETER Y ENSUEÑOS.

¿Por qué raudos pasais por el ambiente,
Frescos perfumes de jazmin y rosas,
A verter en las sombras de mi mente
La esencia de memorias deliciosas?
¿A qué el cristal de la risueña fuente
Despeñarse en cañadas pedregosas,
Dejando sus campiñas y sus flores
Por la triste aridez de mis dolores?

Dejad que duerma el corazon herido
Que en otro tiempo hercúleo palpitaba
Si el rayo con terrífico estampido
Al bramar del torrente acompañaba;
O de embriaguez feliz, tierno, vencido,
A impresion voluptosa se entregaba,
Como la dócil rama á la corriente
Que dulce emana de la clara fuente.

Yo te contemplo ensueño luminoso
De mi existencia sobre el negro muro,
Como lucero blanco y amoroso
Que tiembla al borde de horizonte oscuro:
Yo te siento como ángel misterioso
Alegre atravesando el éter puro,
Dejando en la indecisa lontananza
Una vía láctea de esperanza.

Y así elevado á la region vacía,
Sin miseria, sin dolo, sin tristeza,
En ondas de oro duplicando el día,
Al mover orgulloso la cabeza,
Empapada en el éter la alma mia,
De Dios y de su cielo en la grandeza,
Por tapiz los volcanes y los montes,
Por templo los tendidos horizontes;

Sobre abismos de luz entre esos mundos,
Que sembró atravesando el firmamento
El Ser Eterno, cánticos yocundos
Mi voz tronando lanzará en el viento:
Lejos, lejos de mí, sueños inmundos,
Carne y escoria y hiel del pensamiento:
Dios su luz extendió sobre mi lira,
Y Dios su labio sonoro inspira.

Alzate, álzate libre, acento mio,
 Cual aurora en los negrós nubarrones
 Que apenas aletargado el polo frío,
 Como ostenta grandeza y perfecciones
 Dentro del cauce de revuelto río
 Ahuehuete gigante, pabellones
 Formando exuberante á la corriente,
 Que su tronco al bañar cruza rugiente.

¿Quién pensar en las miserables querellas,
 Allí do el infinito se levanta,
 Allí donde el fulgor de las estrellas
 Es un himno visible que á Dios canta,
 Y que sus obras á la par con ellas,
 Sublimes y felices á su planta,
 Hosanna claman en divino coro,
 Y el éter vuelve el cántico sonoro?

Cuando me alzas así, Dios Soberano,
 Hay algo dentro mí que flota y brilla,
 Como barca que asida de la orilla
 El vaiven siente del inmenso Oceano
 Y el fósforo produce: la barquilla
 Es, Eterno Hacedor, mi ser humano
 Que tiembla á tu presencia, y mis cantares
 El fósforo brillante de tus mares.

Monstruo de vida y luz, espacio inmenso
 Que llevas en tu mano al sol ardiente
 Como una maga en subterráneo intenso
 La llama de una antorcha reluciente;
 Que levantas las nubes como incienso
 Cuando pretendes ocultar tu frente,
 En tu seno recibe el canto mio
 Que con la esencia de mi ser te envío.

¡Oh divina region! ¡oh excelsa altural
 ¡Cuál se sublima lejos de la tierra
 La religion, la patria, la hermosura,
 Cuanto de grande el corazón encierra,
 Cuanto nuestra alma sin su esencia pura
 De su Paraíso mísera destierra;
 Y torna ciega en venenoso fruto
 Y en un filtro letal de vicio y luto!

Allí la religion, hija del cielo,
 Ave que alegra el paso del mendigo,
 Madre que torna en mimo y en consuelo
 Las penas y el humano desabrigo;
 Palma en la arena de abrasado suelo,
 En los mares del mundo faro amigo,
 Destello del Señor grande fulgura,
 Del fanatismo sin la liga impura.

Allí excelso el Señor de las naciones
Hace crujir el alma á los tiranos,
Y hiel torna en sus viles corazones
La sangre que destila de sus manos;
Allí las mentirosas ovaciones
Vuelve ceniza y pasto de gusanos;
Allí espantado ví, con sangre escrito:
«No hay redencion para el traidor maldito.»

Te ví allí vindicada, patria mia,
Saliendo del martirio vencedora,
Como del antro de la noche umbria
Revestida de luz brota la aurora:
El llanto de contento me corria,
Y Dios dijo con voz atronadora:
¿Por qué temiste ejércitos ni reyes?
¿Qué, está la iniquidad entre mis leyes?

« Cuando cual pajarillo tuve al viento
« Encerrado en mi mano, preocupaba
« La angusta libertad mi pensamiento;
« Lo solté, y en la rama en que cantaba,
« Y en la ola que se aliaba al firmamento,
« Y en el astro que el cielo tachonaba,
« Cayeron mis amantes bendiciones
« Con el mas rico de mis ricos dones.»

Porque yo soy amor..... La melodía;
Se formó al eco del amor divino,
Y desplegó el zenzontli su armonía,
Y su ária el arroyuelo cristalino:
Amor y libertad, luz y alegría
Miró la humanidad en su destino;
La fuerza bruta y la opresion gimieron,
Y en el fango la frente sumergieron.

Amor divino, vínculo sagrado,
Invisible magnífica cadena,
Sin tí cayera el mundo fraccionado,
Cual despojos de un barco sobre arena:
Grande foco inmortal, sin tí truncado,
El ser, y hundido en sempiterna pena,
Encontrára el presente de la vida
Como un veneno en copa maldecida.

Dióle el Señor un rostro al sentimiento,
Y nació la mujer: ardientes rosas,
Gratos aromas beben en su aliento;
Remedando sus formas volúptuosas
Las palmas se cimbraron en el viento;
Y al tender sus miradas amorosas
Del primer niño en la apacible cuna,
Bañó el lago dulcísima la luna.

¡Ay, y esa es la mujer!..... el alma impía
Que rompe audaz el celestial encanto,
Que amor blasfema en turbulenta orgía,
Que miente amor en irritante canto,
Al querubin ardiente torna harpía,
Y la fuente de amor, fuente de llanto;
Hollada rama, saciedad, miseria
Y el instinto del bruto y la materia.

¡Oh, deja que en tu cielo se espacíe
El alma libre, idolatrado sueño!
¿Por qué cuando tu rostro me sonrío
De mi ser infeliz no hacerlo dueño?
Dejad al desengaño que desvíe
A mi ilusión de cauce tan risueño.....
Cansado de gemir quedé dormido;
El sueño al menos venturoso ha sido.

G. PRIETO.

Chihuahua, Abril 23 de 1864.

FLORES MARCHITAS.

Eter puro de ilusión,
Que con tus celajes de oro
Formas el bien y el tesoro
Del juvenil corazón:
Si no eres mas que ficción,
Si es tu prestigio el engaño,
Si para profundo daño
Un solo instante deslumbras,
¿Por qué no constante alumbras
¡Oh destino! al desengaño?

¡Oh, qué hermosa es la existencia
Cuando al mundo ofrece erguida
La azucena de una vida
Con su cáliz de inocencia!
¡Oh cuán virgen la creencia

Espera el primer albor
De la amistad, del amor,
Bajo de un cielo risueño!
¡Oh y cómo en tan bello sueño
Vive del alma la flor!

Pero si todo conspira
A dar al hombre en herencia
El bien, ¿por qué en la existencia
Ha de ser bien la mentira?
¿Por qué el alma, ave que gira
Del tiempo á la eternidad,
En aciaga veleidad
Hallar ilusiones quiere?
¿Y por qué su ala se hiere
Cuando encuentra la verdad?

Bello es ver árbol sombrío,
Y ver entre sus verdores
Bajar cascadas de flores
Hasta las ondas del río;
Pero saber es impío,
Al sentirse el sol ardiente
Y al pedir para la frente
Sombra, que el árbol querido
Cauteloso guarda el nido
De la implacable serpiente.

Si al sentir una pasión,
Si por presentir egravios
Viene la hiel á los labios,
Viene el dolo al corazón;
Si el hombre, cual panteón,
Entre recuerdos de enojos
Guarda ceniza y despojos
Creyendo burlar la suerte,
¿Entonces, por qué la muerte
Es un mal á nuestros ojos?

Ví un momento en perspectiva
Dentro el templo de la fama,
Verde laural y áurea llama
Que á adornar mis sienes iba;
Y la verdad su luz viva
Derramó implacable en él,
Y ví risible oropel,
Fruto del capricho ciego,
Sirviendo de pueril juego
A la vanidad infiel.

Ví celestial hermosura,
De santo entusiasmo lleno,
Hacer sepulcro su seno
De la flor de mi ternura.
¿Adónde está la ventura

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SAN FORTINO
244. ALBA REYNOLDO, Mexico

Que me prometió su amor?
 ¿Do la inquietud y el dolor
 Que lloré y tornó en risible?
 No hay mas que un seno insensible
 Y el cadáver de una flor.

¡Tormento! ¡fatalidad!
 ¡Cuánto humilla, cuán degrada
 Sentir que la vida es nada
 Y es la nada la verdad!
 ¡Oh, que triunfe la maldad!
 ¡Oh, que impere la locura!
 Que si brinda la ventura,
 Si embellece la existencia,
 Hará hermosa la demencia
 Nuestra misma sepultura!

¿Y la razón?..... ¿Es no amar
 Y sentir el mundo yerto,
 Y en espantoso desierto
 Triste los días regar?.....
 ¿En un constante anhelar
 Querer el bien con ardor,
 Y por siempre hallar dolor,
 Y encontrar entre congojas
 Mústias ramas, secas hojas,
 Y entre arenas muerta flor?

Al desengaño sujeto
 Vivir, es terrible suerte;
 No es vivir, es que á la muerte
 Llevamos nuestro esqueleto.
 Mas vale del mar inquieto
 Pasar á la eternidad
 Y dejar que la verdad
 Vuele al tocar un bajío,
 Como vela de un navío
 Que arrolla la tempestad.

Ilusion, la que á la gloria
 Das sus vivos resplandores,
 La que coronas de flores
 El amor y la victoria;
 Que dotas á la memoria
 De cauda de perlas y oro,
 La que formas el tesoro
 Del alma y el corazon;
 No me dejes ¡oh ilusion!
 Que como á verdad te adoroll

El rostro vuelvo al pasado
 En medio al acerbo duelo,
 Y hay solo desierto y yelo
 Bajo lúgubre nublado:
 El corazon lastimado

Al fin conoce vencido
Que es para el dolor nacido,
Que son sus goces mayores
Hojas de marchitas flores
Que lleva el viento al olvido.

G. PRIETO.

Chihuahua, Mayo 25 de 1865.

A las dos *veladas* fastuosas de Riva Palacio y de Martinez de la Torre, se siguieron dos muy modestas; la primera que tuvo lugar en la casa de Alfredo Chavero y para la que invitaron él y Juan A. Mateos, y la segunda en el entresuelo de la casa núm. 2 de la calle de Gante, para la que invitaron Ignacio Ramirez y Agustin Siliceo.

Con todo, en la primera, que se dió con el objeto de introducir la reforma en las reuniones literarias, todavía hubo una modestia demasiado confortable. En los saloncitos habia hermosos tapices, elegantes muebles de *reps*, estilo imperial, en las ventanas lujosas cortinas, en las paredes magníficos cuadros y espejos, y en el centro mesas cargadas de libros magníficos y costosos. Todavía en una pieza inmediata se mostraba una mesa, en la que solo se habia suprimido el mantel, pero que estaba lleno de pastelería, de confituras y de exquisitos vinos españoles y

franceses. Todavía se hicieron libaciones en honor de las musas con *champagne* y *Jerez seco*, y todavía se hizo el ponche con *kirsch*. Movieron la cabeza algunos, diciendo: *Esta no es aún la reforma*; pero en fin, como estaba convenido que los hermanos estaban en libertad de hacer lo que pudiesen, la noche se pasó alegremente y la literatura ocupó una gran parte de ella.

Estéban Gonzalez leyó el primer canto de su poema heroico *Zaragoza*, José Rosas leyó tambien algunas de sus bellísimas composiciones; Enrique de Olavarría, que no saca á luz sino de cuando en cuando las hermosas perlas de su rico talento, nos mostró una esta vez que fué admirada de todos; algun otro leyó unas octavas de arte menor intituladas *Los naranjos*, de un género descriptivo, y que segun oímos, parecieron estar al nivel de la temperatura (entonces era muy ardiente), y por último, Joaquin Alcalde se encargó de leer los primeros capítulos de esa novela de Riva Palacio que acaba de publicarse *Calvario y Tabor*, y que entonces estaba comenzando á escribir.

La segunda *velada* si fué de reforma. Los bohemios que se encargaron de ella, escogieron para recibir á sus amigos la casa de otro bohemio, que entonces vivia en el mencionado entresuelo de la casa núm. 2 de la calle de Gante, que hoy ocupa el ministro de Gobernacion. Esa habitacion estaba entonces desnuda y escueta. Era un verdadero zaquizamí de estudiante. La describiremos tal como estaba esa noche.

El suelo de la sala no tenia alfombra, sino que los prosaicos ladrillos se ostentaban en toda su belleza, no teniendo otro mérito que el de estar barridos y limpiecitos.

Cuatro docenas de sillas blancas de pino eran los asientos de los concurrentes. Sendas estampas representando al Dante, al Taso, á Shakespeare y á Milton, estaban pegadas en las paredes con pequeños clavos; una mesa humilde ocupaba el centro, en la que, alrededor de una lámpara, se veían una edicion de la *Iliada* y la *Odisea*, y una del *Quijote*. En los rincones, pobres columnas con candelabros, donde ardian velas esteáricas; porque, eso sí, habia mucha luz, como que costaba poco. En un lado de la pared, una pirámide de libros en que estaban confundidas *La Jerusalem libertada*, *Las Luisiadas*, *El Paraíso perdido*, las obras de Rousseau, las obras de Gilbert, las canciones de Beranger y las obras de nuestro Rodriguez Galvan; en fin, todo recordaba allí á los poetas y á los literatos; la pobreza y el infortunio de los mas grandes ingenios de la tierra.

Agustin Siliceo para poder amenizar la tertulia, fué á traer un modesto piano de alquiler en el que tocó sus hermosas composiciones, alternándolas con otras en que brilla su destreza como ejecutista.

Este mismo Agustin leyó en primer lugar, por via de introduccion, un pequeño discurso en que hablando de la humilde recepcion que se hacia allí á los concurrentes, acostumbrados á las grandezas de las veladas anteriores, los invitaba á pasar á la casa de Fulcheri, si por ventura no quedaban contentos con aquella bohemia. Se acogió con grande júbilo y alegre risa este discurso insolente, y prometió cada cual moderar sus instintos gastronómicos y tener estómago de anacoreta.

En efecto, tal se necesitaba, porque en otra piececita

contigua se podia ver una mesa pequeña y limpia, pero que no llevaba sobre sí mas que algunas grandes tortas de pan blanco, algunos trozos de jamon, algunas botellas de manzanilla y de cognac, y una tetera, limones, azúcar y agua.

Con todo esto, que era capaz de aterrar á los que, iliteratos, solo iban á las veladas á tributar culto á Baco y á Ceres, los hijos de las musas se mostraron contentos como pocas veces; aquella pobre provision desapareció en el instante, pero ni produjo indigestiones ni excesiva alegría, sino un entusiasmo tranquilo y cordial. Verdad es que en las veladas anteriores tampoco pudieran haberse notado excesos de ningun género; pero sí se advertia que una vez pasados los placeres de la mesa, los convidados iliteratos escurriáanse callandito, produciendo con su ausencia cierto vacío, y contagiando con su ejemplo á los demas.

Por otra parte, la riqueza y abundancia de los manjares, la variedad de soberbios vinos y las finezas de los Anfitriones, acababan por poner pesados los estómagos, numbados los cerebros, y los corazones mas tiernos de lo que se necesita para sentir las bellezas de la poesía. La discusion literaria no era posible despues de la mesa; el final de las veladas se iba pareciendo al final de las *posadas* ó de los banquetes del *Tivoli*, y la dignidad personal de los concurrentes pobres, que eran los mas, sufria con esa ostentacion de lujo, que seria un obsequio para ellos, pero en que entraba por mucho un sentimiento distinto del amor á la literatura y del cariño hácia los literatos.

De modo que en la velada de Ramirez y de Siliceo se disfrutó de bienestar, y los bohemios de las letras se sin-

tieron como en su propia casa. La reunion se prolongó hasta las altas horas de la noche, y todavía los concurrentes se dispersaron recitando versos y riendo alegremente.

A falta de tapices, de espejos y de galantinas y licores, hubo algo mejor, hubo la lectura de composiciones notabilísimas y que indicaban ya un adelanto y un empeño que sorprendieron. Justo Sierra leyó su magnífica poesía *Dios*, en que su lira hizo oír los acentos sagrados de la oda antigua, en que su pensamiento, dejando las esferas limitadas de la tierra, se remonta como una águila á los espacios infinitos, para encontrarse frente á frente de la inmensidad y para sentir el aliento omnipotente del Ser Supremo, revelando su existencia de súbito ante el espíritu que osara interrogarle y dudar.

Esta composicion ha sido publicada ya en el cuarto cuaderno de las veladas.

Alfaro, otro poeta inspirado y correcto, leyó tambien otra composicion *A Dios*, que no es indigna de ponerse al lado de la de Sierra, aunque tiene un carácter diverso, pero en la que se notan un gran sentimiento é ideas profundas y originales.

Manuel Peredo leyó un artículo ingenioso y lleno de intencion, que remitió José T. de Cuellar de San Luis Potosí; Joaquin Tellez recitó, sin perturbarse, fiado en esa memoria asombrosa que tiene, una de sus mas preciosas composiciones serias: un jóven que ingresaba por primera vez á aquella reunion, como Alfaro, Rafael Zayas, veracruzano, y por lo tanto fogoso y atrevido, recitó tambien unos versos en los que si no se advertia una gran destreza en el idioma, sí habia gran sentimiento. Zayas ha resi-

dido en Europa, y expecialmente en Alemania, mucho tiempo, se ha consagrado con asiduidad y con gusto al cultivo de esa rica y hermosa lengua y de esa grandiosa y profunda literatura, y no es de extrañarse que al volver á su país, del que salió todavía niño, conserve aun su acentuacion alemana é ignore los secretos de la lengua castellana, que solo se conocen con la práctica y la lectura de los clásicos. El aprendió el aleman y residió en Prusia en un tiempo en que las impresiones que se reciben quedan grabadas mas hondamente que las que vienen despues; pero su juventud le pone aún en facilidad de poder manejar su lengua con fluidez y correccion, y si á eso se añade su gusto decidido por la literatura, no dudamos de que progresará pronto.

Entretanto, le excitamos ya que él posee afortunadamente un conocimiento que falta aquí, como es el del idioma aleman, á que haga estudios sobre los grandes escritores alemanes, traducciones de aquellas obras maestras que apenas conocemos, con lo cual prestará un servicio inmenso á la literatura mexicana, porque se enriquecerá con nuevos monumentos. En esta tarea, apenas sabemos de algunos trabajos que se hayan emprendido antes de esta época, por el jóven Martinez de Castro, que murió heroicamente combatiendo con los invasores americanos en la guerra de 1847. La muerte segó en flor esta vida llena de esperanzas y que tanta gloria hubiera podido dar á las bellas letras de México. En la actualidad sabemos tambien y nos consta, que el ilustrado y eminente literato D. José Sebastian de Segura, se dedica á traducir algunas célebres composiciones de los mejores poetas alemanes, ha-

biendo concluido ya *La cancion de la campana*, de Schiller, que en opinion de los que saben, es superior á la traduccion de Hartzzenbusch bajo todos aspectos, lo que nos hace desear que su autor la publique cuanto antes. Hoy trabaja en poner en versos castellanos el *Buzo*, del mismo gran poeta, y confiamos en que el desempeno quedará al nivel del anterior.

La poesía y literatura alemanas son hoy nuestro sueño, y por eso excitamos á Zayas á que trabaje tambien en hacerlas conocer. Por nuestra parte, y deseando contribuir con nuestro humilde esfuerzo á esa obra, y desconfiando de las traducciones francesas, que como se sabe, no brillan por su exactitud, no podemos hacer por hoy otra cosa que consagrarnos con tenacidad y con empeño al estudio del idioma aleman. ¡Ojalá que podamos el año entrante publicar la serie de estudios que nos proponemos, que aun siendo inferiores, como deben esperarse de nosotros, servirán para estimular á la juventud!

En la velada de que estamos hablando, se leyeron todavía otras composiciones dignas de atencion; y para concluir, el Nigromante ocupó la silla y se puso á recitar unos tercetos, esos tercetos que no hay nadie que haga como él y que se escuchan sin perder una sílaba. Ellos eran una especie de contestacion al discurso que leyó el Sr. Martinez de la Torre en la velada de su casa, y que se publicó en el cuarto cuaderno. El Nigromante lo anunció así, diciendo que ese discurso le habia inspirado su composicion, y se puso á recitarla con su gravedad de costumbre, que hace siempre perder á los demas la suya. Ya se podrá concebir cómo era la tal composicion, y solo di-

remos que á las risas y á los aplausos generales se agregó hasta la risa y el aplauso del mismo Martinez de la Torre, que no pudo mantener su seriedad al oír á Ramirez poner en caricatura sus ideas. Es lástima que el maestro no quiera darnos todas estas piezas, que llenarian de gozo á los lectores, sino que las reserve á un círculo de escogidos.

Esta velada de la pobreza ha servido de ejemplo para que los demas bohemios no se retraigan de hacer sus reuniones por el temor de no poder recibir en salones espléndidos y ofrecer una cena de Baltasar.

Es preciso decir que los amigos de la literatura concurrirán con mayor gusto á una habitacion humilde, que á un palacio iluminado con mil luces, y que tomarán con mas placer una tacita de té, que esas *cráteras* de hirviente licor que embriagan á las musas; es decir, que irán mejor á la casita de Horacio que á la villa de mármol de Lúculo, á la guardilla de Cervantes que al palacio del conde de Lemos. Hasta es mas propio eso y mas digno. De otro modo, si nosotros no hubiésemos manifestado á tiempo nuestro desagrado, habriamos acabado por andar de casa en casa de los grandes, cargando el laúd, como los trovadores de la Edad média andaban de castillo en castillo, divirtiendo á los ricos-homes en la sobremesa y recibiendo buenas comidas en cambio de cantares. Parece que nosotros no tenemos necesidad de apelar á estas industrias, y que haremos muy bien en no reunirnos sino en casa del amigo rico ó pobre, pero que no haga esfuerzo para recibirnos. Que no se diga de nosotros lo que el sarcástico Labédoliere dice en su artículo *El poeta* de al-

gunos versistas á quienes se sirve en las soirées despues del café y á guisa de refrescos.

Sobre todo, que se otorgue á la literatura una proteccion verdadera, porque el lujo de las «veladas» no conduce á nada útil, y mientras que en dar de comer y de beber á los literatos, en una noche se gastan quinientos ó mil pesos, no hay fondos para hacer las publicaciones, los gastos de edicion no se recompensan, y los jóvenes autores guardan sus manuscritos por falta de medios para publicarlos.

Por lo demas, estas reuniones, como quiera que hayan sido, han producido un movimiento intelectual notable, como lo hemos notado al principio, y aunque amantada con champagne y mantenida con manjares temibles, la literatura no ha tenido la desgracia de atragantarse, y ha renacido.

Las dos últimas veladas tuvieron lugar en la casa de Schiafino y en la casa de Riva Palacio otra vez, como presidente de la Asociacion gregoriana, que fué la que invitó.

Nos detendremos un poco para hablar de la primera.

Schiafino reunió á los literatos en su casa, no á fuer de hombre opulento, sino á fuer de amante de las letras y de las artes, cualidad que nadie puede negarle, porque á un talento distinguido reúne una instruccion nada comun, y un gusto refinado y exquisito que posee por naturaleza, y que ha tenido tiempo de cultivar en sus via-

jes por Europa. El concurría además á las veladas con anterioridad, y eran muy dignas de oirse sus apreciaciones sobre los trabajos literarios que se daban á luz, de modo que si él aun no habia contribuido con su contingente, escribiendo artículos que nosotros y sus amigos todos sabemos que tienen originalidad y gracia, sí habia sido útil en nuestro seno con las observaciones de su buen sentido y de su gusto delicado.

Esta velada estuvo concurridísima. Se sabe en México con cuánta caballerosidad y con qué tacto Schiafino sabe hacer los honores de su casa. Tal cualidad no es tan comun como podria creerse, y millonarios hay que darian algo por tenerla, porque sucede generalmente que se disponen un palacio en el que se descubren por donde quiera las desgraciadas combinaciones de la necesidad enriquecida, y que el amo de la casa representa ante sus invitados las escenas del *Bourgeois gentilhomme* de Molière, corregidas y aumentadas. En materia de soirées de especiero, México es fecundo, porque aquí el dinero y la posicion no suelen andar de acuerdo con la inteligencia.

Schiafino se distingue por su excelente gusto. Su hermosa casa de la calle del Cinco de Mayo fué la señalada para la reunion. Esta casa es la que se conoce generalmente en México con el nombre de *casa pompeyana*, y bien merece ser descrita aunque sea de paso.

La calle del Cinco de Mayo ha sido abierta nuevamente, rompiendo parte del edificio que habia servido de colegio de jesuitas, llamado La Profesa. De entre esas ruinas salió esa calle espaciosa y bella, que desemboca por un extremo en la de San José el Real y por el otro en la

de Vergara. A los dos lados de la calle se construyen hoy elegantes edificios de gusto moderno y que los propietarios se afanan por embellecer. Una doble hilera de fresnos y de esos pequeños y alegres arbolillos que se llaman «tröenes» por los franceses (la alheña de los españoles), extendiéndose á lo largo de la nueva calle, le da un aspecto completamente europeo. En concepto de todos, la calle del Cinco de Mayo, inaugurada por el Ayuntamiento en Mayo de este año, va á ser una de las mas hermosas de la capital.

La casa pompeyana está situada en el lado Norte de la calle, y cerca del extremo que termina en San José el Real. No hay que buscar en ella el plano del viejo Vitruvio, que era el dominante en las construcciones pompeyanas, segun dicen los viajeros. La casa es un verdadero capricho en que se mezclan agradablemente el gusto frances y el gusto antiguo. Por ejemplo, no os encontráis luego con el *vestíbulo* para penetrar á la casa, sino con una reja de hierro y una puerta, como se usan en las casas de recreo inglesas y francesas. Para que el aspecto fuese rigurosamente pompeyano, era necesario que hubiese este *vestíbulo*, que daba por decirlo así, aspecto á los edificios romanos, y ademas era preciso que apareciese sobre el pórtico con letras rojas el nombre del dueño de la casa.

El patio no es el *atrium* antiguo, sino un patio moderno, porque está á descubierto, segun el uso actual, al contrario de aquel, que tenia techo, cualquiera que fuese el género á que perteneciera, porque Vitruvio señala varios, y lo que debia ser *impluvium* ó receptáculo del agua del

cielo por el agujero del techo, no es sino un hermoso tazón de mármol de Carrara que se eleva en medio de un círculo de musgo y de flores. No hay peristilo, y ademas el segundo piso, que en las casas pompeyanas era casi invisible y se destinaba á las habitaciones de la servidumbre, ó bien no existia, es aquí el principal del edificio, enteramente como se estila en la actualidad.

¿Para qué hemos de decir mas? No hay que ir con el libro de Vitruvio, ó con la célebre novela de Bulwer, ó con la magnífica descripción de Dezobry, que están basadas en aquel, á examinar la casa de Schiafino, porque se la encontraria enteramente diversa.

El mérito de ella no consiste en la semejanza con las construcciones de Pompeya, sino en el buen gusto que ha presidido á su estructura y su adorno.

Así pues, la describiremos tal como la vimos en la noche de la *velada*. Atravesamos la puerta del enverjado y nos hallamos en un patio pequeño y cuadrado, iluminado lujosamente. Este patio es un jardín en miniatura, en el que á los *gigantes* que crecen en los ángulos, mostrando su gallardo y fresco ramaje que envuelve su tronco hasta el suelo, se mezclan diferentes plantas. Una hermosa palmera crece en otro de los ángulos, dando á aquel lugar con su aspecto un aire morisco y gracioso. En el centro, hemos dicho que hay un círculo de musgo y de flores rastreras limitado por callecitas de menuda arena, y en la cual se destaca garbosa una columna que sostiene un vaso de mármol hasta el cual trepan las enredaderas.

Esa noche el centro del jardín estaba bellísimo. Se habian colocado entre el musgo pequeños vasos de luz de

varios colores, lo que les daba una gran semejanza con esas coronas de cocuyos que suelen enredarse entre la grama de las praderas en las serenas noches de los climas calientes.

En el fondo del patio se eleva un pórtico jónico con zócalo de mármol negro y blanco. Las bases de las columnas son rojas y sus fustes amarillo y blanco. Los capiteles con filetes de colores sostienen un entablamento con cornisas del mismo orden, teniendo por remate una balaustrada. Multitud de enredaderas trepan hasta la mitad de las columnas, cubriéndolas con sus racimos de flores de colores diversos.

Alrededor del jardín hay un pavimento de mármoles de Puebla, sobre el cual se puede pasear á la sombra. Este pavimento es un verdadero mosaico blanco, azul y rojo, que forma losanges y otras figuras caprichosas.

Después del pórtico hay un salón espacioso y bello en el que se ha hecho un ensayo de la pintura polícroma como en los frescos pompeyanos, realizando una alianza de la forma y del colorido que hace realzar mas el relieve. En el pórtico hay pinturas al claro oscuro. Las cuatro Estaciones y Las cuadro Edades del hombre.

Del extremo derecho del salón antedicho se pasa á un pequeño jardín interior, que se ha convenido en llamar el *viridarium*, aunque no ocupa el lugar que este en las casas romanas. Este jardín es bellissimo. Sus muros están cubiertos con lavas del Popocatepetl, de entre las cuales se descuelgan numerosas plantas rústicas. En el centro se eleva una fuente. El agua brota de un Delfín que un niño oprime con el pié. Este grupo de mármol, de una

belleza acabada, es composicion del hábil escultor mexicano Islas.

En los ángulos del jardín, sobre *bazares* de bronce, se muestran en deliciosa confusion las hortensias, los pinos, los heliotropos, las violetas, algunas plantas alpinas, y grandes grupos de cinerarias, de agapantos, de anémonas, de campánulas, de verónicas y de otras flores que crecen á la sombra y embalsaman la atmósfera de aquel encantado retiro.

Una luz azulada colocada hábilmente entre las flores, hacia el efecto de cascadas que se desprendian de las rocas.

Del jardín, y por una puerta practicada literalmente entre las enredaderas que cubren la pared, se pasa á un departamento que pudiéramos llamar la *exedra*, que en las casas romanas estaba destinado á la reunión de los filósofos y de los poetas. Era el lugar de la conversacion.

Este departamento está dividido en dos saloncitos: el uno tapizado elegantemente y con techo de vigas doradas, como las casas señoriales, muestra en sus paredes una copia de la Danae del Ticiano y otros dos cuadros españoles cuyo estilo es de la escuela de Murillo, así como otros dos lienzos representando batallas. Aquí se encontraba un magnífico piano inglés, y habia mullidos asientos para los que viniesen á conversar después de las lecturas, ó á fumar.

El otro, mas grande y espléndidamente iluminado, se destinó á la reunion literaria. Este salón es muy hermoso, y en él se ha procurado reproducir el aspecto de aquel

que existe en Pompeya, en la casa del *poeta trágico*. Tiene vista á los dos jardines, sus muros son azules, sus pilastras rojas, y rojas tambien las cortinas de los tableros. Aquí las pinturas al fresco, obra de artistas de la Academia de San Carlos, representan los asuntos siguientes, copiados de los cuadros pompeyanos:

El sacrificio de los amores.

Patroclo, por orden de Aquiles, entrega á la esclava Briseis á los enviados de Agamenon.

Héctor reprocha á París estar al lado de Helena y lejos del combate.

Despedida de Héctor y de Andrómaca.

El sueño y la muerte conduciendo el cuerpo de Sarpedon á Lycis, su patria.

La aurora naciente.

La diosa Minerva-Pallas.

Los siete contra Thebas.

El sueño de Helena.

Clitemnestra.

Las pléyades.

Pelagus ultrajado.

Las suplicantes.

Todos estos asuntos están, como se sabe, sacados de la Iliada y de la Odisea, del poema de Hesiodo y de las tragedias de Eschylo y de Sófocles.

Como la casa aun no está amueblada de una manera análoga, porque no puede decirse concluida enteramente, esa noche se arregló con elegancia, pero al uso moderno, para recibir á los literatos. Sobre grandes mesas se habian puesto casi todos los periódicos literarios é ilustrados

de Europa, las publicaciones históricas contemporáneas y otras curiosidades que fueron una novedad.

Continuaremos describiendo la casa. Al extremo opuesto del salon en que se halla el *viridarium*, hay una puerta que conduce á la ala derecha de la casa. En este departamento se halla el comedor, *triclinia* le llama el amo de la casa; porque en efecto, su colocacion es la propia, si llamamos *exedra* á los departamentos de enfrente, y si suponemos que el salon del fondo ocupa el lugar de lo que llamaban los romanos técnicamente *tablinum*, en el que guardaban los archivos de familia.

Este lugar de los triclinios es la reproduccion del que existe en Pompeya en la casa llamada de Castor y Polux, y brilla por un gusto exquisito en su decoracion. El cielo raso es de mosaicos de forma octágona de color verde, azul y rojo sobre fondo amarillo. En el friso hay pintadas máscaras báquicas envueltas en un gran feston, con una riqueza de flores y de frutas de una variedad sorprendente.

Las paredes están cubiertas de tableros azules y amarillos, separados por esbeltas columnas adornadas con flores fantásticas, y en el centro hay varios paisajes y decoraciones. El pavimento es semejante al cielo raso. La pieza que sirve de biblioteca tiene una decoracion de arabescos.

Del salon del fondo arracan las escaleras que conducen á la parte alta, que como hemos dicho, es la principal. En ella las habitaciones están decoradas segun los modelos de algunas casas de Pompeya; y allí, en magníficos frescos, se ven grupos de bailarinas, centauros hom-

bres y mujeres, frutas y animales, y decoraciones de follajes y de pájaros. Pero merecen mencionarse los frescos que representan á

Vénus llorando la muerte de Adonis.

El sacrificio de Ifigenia.

La vendedora de amores.

Ariadna abandonada, sentada sobre la ribera del mar, al pié de una roca, desde donde ve huir el buque en que se va Teseo.

Retratos de Niobe.

La cabeza de Aquiles.

Una bacante desnuda, recostada sobre un mónstruo y llenándole una copa.

Ultima entrevista de Aquiles y de Briseis.

Tambien allí se encuentra el salon azteca, que contiene decoraciones antiguas, segun los modelos de nuestros libros históricos. Es una restauracion de un salon del tiempo de Moctezuma.

Fáltanos solo decir que el arquitecto que construyó esta casa es D. Santiago Evans.

Como se ve, es una casa curiosa y bella, demasiado vasta para alojar una familia y solo propia para servir á una asociacion. Hoy en ella se halla establecido el club de la Union, que se inauguró hace pocos meses.

Hablando ahora de la *velada*, diremos que estuvo animadísima. Se leyeron composiciones del Sr. Hija y Haro, que las envió desde Guadalajara y que fueron muy bien recibidas; del Sr. D. Sebastian Mobellan y de los Sres. Rosas, Olavarría, Villalobos, Ortiz, Prieto, Sierra,

Alfaro, Tellez, Rios, Montiel y Ulink, que nos hizo conocer un nuevo estudio sobre Shakespeare.

El Sr. Villalobos leyó una poesia de un jóven que se halla hoy en una situacion angustiada y apelando á la generosidad de los concurrentes, recogió en su favor una suscripcion regular.

El Sr. Payno inició la idea de establecer el club de la Union, para que se hiciesen allí constantemente las reuniones literarias, y se inscribieron en el acto los primeros ocios.

El Sr. Ramirez nos dió el placer, á petición de todos, de hacer críticas, para lo que tiene el talento, los conocimientos y la gracia que se necesitan.

Ramirez no ejerce la crítica, como pudiera suponerse, con sátiras, sino con razones que convencen, con un tesoro de conocimientos literarios y con un tacto que no pueden menos que hacer inclinar confeso y convicto á aquel que oye un fallo de su boca. Los chistes con que sazona sus juicios, son chistes de buena ley que revelan el ingenio y la agudeza. En suma, él hace notar la distancia inmensa que hay entre el análisis del hombre superior y el sarcasmo del pobre envidioso, que quisiera ver á todos al nivel de su exigua inteligencia, y que no puede reprimir su chillido de rabia al oír los aplausos que obtienen los demas.

Por eso todos han concedido por unanimidad la silla del magisterio á Ramirez, apartando desde un principio á algunos pretensiosos que se hubieran querido sentar, al menos, en ella, sin haberse tomado la pena de estudiar y

de hacer méritos para poder aspirar á tan encumbrado puesto literario.

Estas críticas de Ramirez fueron perfectamente recibidas y aplaudidas, y todos se propusieron pedir que las continuase en las reuniones posteriores, porque ellas llenan el objeto verdadero que se propusieron los concurrentes, que no fué el de hacerse aplaudir, sino el de estudiar.

Una vez concluidas las lecturas, el Sr. Schiafino invitó á sus amigos á pasar al *triclinio*. Allí, con el tacto exquisito que le distingue y sin hacernos sentir su opulencia ni hacernos notar lo rico de las viandas, ni lo costoso de los vinos, sino con la modestia que habia sido su rasgo dominante en toda la noche, nos hizo gustar de todos los placeres de una mesa *confortable* y bien servida.

No encontramos en ella nada romano; pero los invitados pudieron gustar de un surtido de pasteles deliciosos, mientras que los mas positivos se dedicaban á la galantina trufada, al jamon de York y al salmon, sabrosamente preparados por Michaud, que fué el *Promuscondus* de este festin. Ademas se sirvieron ricos helados de fresa y de limon, y si no probamos las nueces de Tasos, las avellanas de Iberia y los dátiles de Egipto, si pudimos gustar de algo mejor, escogiendo entre las olorosas piñas, dorados mangos y otras frutas de la tierracaliente y del valle de México; todo esto sazonado con excelentes vinos que un conocedor como el dueño de la casa, no podia permitir que fuesen de inferior calidad.

La velada, merced á la galantería de Schiafino, se pro-

longó hasta las seis de la mañana, siendo esta la primera vez en que se permitieron los literatos esta licencia; siendo de notar que cuando se separaron, á la hora en que México despertaba, aun conservaban el entusiasmo y el vigor con que habian comenzado.

Todos conservamos el recuerdo grato de esta noche bellísima, y un gran reconocimiento por las finezas de un tan cumplido caballero, como fué el que esa vez reunió en su casa á la juventud amante de las letras.

La velada siguiente tuvo lugar en la casa del Sr. Riva Palacio, y á ella invitó la Asociacion gregoriana. Esta Asociacion, sobre la que hemos tenido el gusto de hablar otra vez, y que personifica todo lo que hay de grande, de noble y de generoso en el país, quiso tambien manifestar su amor á la literatura nacional, presidiendo una de nuestras reuniones, que ha sido hasta aquí la última, y en los salones de su presidente volvimos á ver á los hermanos de San Gregorio, á quienes sin distincion de colores políticos enlaza el mas puro sentimiento de fraternidad.

Tambien ellos hicieron los honores de la casa con exquisita finura y con notable modestia, habiendo sobrepujado, con todo, en lujo y en refinamiento, á cuanto habiamos visto en las veladas anteriores.

Antes de comenzarse las lecturas hubo un incidente que se nos permitirá recordar, no por vanidad personal, sino por gratitud. El que esto escribe fué honrado por la

Asociacion gregoriana con una distincion inmerecida, y que no atribuimos á otra cosa que al afecto amistoso con que aquellos generosos hermanos nos miran.

Es el caso, que habiendo escrito nosotros una revista de la fiesta gregoriana de este año, en la que no haciamos sino rendir el debido homenaje á los hijos de tan ilustre colegio, la Asociacion determinó darnos una grata sorpresa en su velada, honrándonos de una manera singular.

Apenas habiamos llegado al salon cuando Guillermo Prieto, en nombre de los gregorianos, vino á ofrecernos un ejemplar del *Paraíso perdido* de Milton, de la edicion lujosísima de Barcelona, que reprodujo los bellos grabados que tenia la edicion francesa con la traduccion de Chateaubriand. En la primera hoja de este magnífico libro pusieron los miembros de la junta central de San Gregorio una dedicatoria, y abajo se ven las firmas siguientes:—*Vicente Riva Palacio*, presidente.—*José Linares*, vice-presidente.—*Manuel María Ortiz de Montellano*.—*Luis Malanco*.—*Ignacio Ramirez*.—*Manuel Romero*.—*Jesus María Aguilar*.—*Isidro Diaz*, tesorero suplente.—*Manuel Gomez Parada*.—*José María Rodriguez y Cos*, pro-secretario.—*José María Iglesias*.—*Mariano Brito*.—*Nicolás Pizarro*.—*Cárlos María Escobar*.—*Joaquin M. Alcalde*, secretario.—*Gabriel María Islas*, vocales.

Hemos querido estampar aquí los nombres de estos buenos amigos que componen la junta central de la Asociacion, para manifestarles nuestro profundo agradecimiento, hoy que se ofrece una oportunidad que antes no habiamos

tenido. Que ellos crean que apreciando debidamente la accion generosa con que nos distinguieron, nos creemos indignos de ella y por eso les conservamos el mas profundo reconocimiento.

Nosotros guardaremos el precioso libro como un recuerdo de cariño, como una de las pocas flores que hemos recogido en el camino desierto de nuestra vida, como una de las compensaciones mas dulces que hemos tenido en la tarea amarga y desdenada del escritor de México; lo guardaremos con orgullo y amor, como el primer premio que recibe un estudiante pobre y abandonado, que ve sonreír al destino por la primera vez!

Y cuando agobiados en una de esas horas de tristeza, que son tan frecuentes en nuestra vida de angustia, nos sobrecoja el desaliento, correremos á abrir nuestro *Paraíso perdido*, y en su primera hoja encontraremos la palabra que nos anime y que nos ayude á continuar la senda del trabajo y del estudio. Entonces será á la Asociacion gregoriana á quien debamos nuestra constancia, y no tendremos para ella, como ahora, sino palabras de bendicion.

Hablemos ya de las lecturas.

Fueron como siempre numerosas. Nosotros sometimos al juicio de nuestros amigos las primeras páginas de la presente revista, que fueron acogidas con benevolencia. Nos hizo oír Prieto otro de sus cantos sublimes, y todos los jóvenes se fueron sucediendo en la silla del lector. El Sr. Zamacois, poeta español, pero que puede reputarse mexicano, leyó la introduccion de un libro que va á dedicar al Sr. Mobellan; en seguida Peredo nos alborozó con un precioso juguete en que nos pintó á su musa como

una muchachita traviesa é insurgente, decidora y terrible, á la que no pone miedo sino el nombre del Nigromante. Sierra, siempre elevado y magnífico, recitó su poesía *El Genio*, que reproducimos con gusto. Gonzalez recitó de memoria parte de una comedia de costumbres populares, que tuvo que repetir en medio de las risas y de los aplausos de todos.

La velada terminó á las dos de la mañana.

Desde entonces las reuniones se suspendieron; pero en breve volverán á comenzar con mejor forma y con novedades importantes. Nuestros amigos se impacientan, y tenemos trabajo en resistir á sus repetidas instancias para convocar á nuevas sesiones literarias.

EL GENIO.

W. Shakospeare.

I.

Ni límite, ni espacio, ni horizonte;
Y dejadlo trazando de su vuelo
La curva gigantesca en el vacío.
Marchar en su mision, marchar; el cielo
No tiene la medida
De sus alas de fuego; los espacios
Se estremecen al soplo de su vida.

Marchar es su mision, marchar sin tregua
Del infinito arcano
Por el oscuro y eternal camino,
Cabalgando, ginete soberano,
Sobre el corcel domado del destino.

¿Es un dios por ventura?

Como la ardiente arena que levanta
En las Pampas el gaúcho, tras sus huellas
Brotan nubes de luz, polvo de estrellas,
Que brillando en la marca de su planta,
Bosqueja del Eterno en la presencia
La via láctea de l'alma inteligencia.

¿Es un dios por ventura? De sus lábios
Brotó el Verbo divino, la palabra,
Que deja impresa su señal augusta
En las creaciones que la mente labra:
En derredor de su soberbia frente,
Sol de invisibles mundos
Que inundan de misterio el firmamento,
Fulgura como el polo entre las sombras
El zodiaco inmortal del pensamiento.

Y nada, nada su ambicion sujeta;
Para él lo imposible solo es nombre:
Inclínate, mortal; es un poeta
Hijo de Dios, que se encarnó en el hombre.

II.

Como un nido de cisnes que se mece
En el estanque azul, Albion se eleva
Sobre la tierra, el pedestal formando
De la estatua de Shakespeare, que trepando
Adonde el sol le da la fulgorosa
Corona de su disco, se presenta
A la admirada tierra
Velada acaso por nativa bruma,
En pié sobre la base prodigiosa
Que los tumbos del mar ciñen de espuma.

Allí está, titan que no se inclina
Por el peso del genio, soportando
Treinta y cinco medidas de gigante
En su talla divina:
Allí está; mientras á sus piés se estrellan
De los siglos que van, las tempestades,
Su sombra se proyecta soberana
Sobre el inmenso mar de las edades.....

Bajo el dorado cielo de la Italia
En su trono de mármol, Alighieri,
Se destaca magnífico en los tiempos.
En torno de su rostro de granito
Las águilas revuelan, y á sus plantas
Yace el arpa sublime del proscrito.

Al través de los siglos, de las tierras,
Cambian una mirada los colosos:
La voz de cada estatua dice:—«Hermano.»
¡Cíclopes de la luz que en lo infinito
Con suprema efusion se dan la manó!

Envueltos en los pliegues magestuosos
De su ropa de piedra, en torno suyo
Ven caer los imperios poderosos,
Hundirse los palacios y los reyes,
Los templos suntuosos
Creaciones del arte peregrinas:
Ellos del tiempo á desafiar las leyes
Descuellan impasibles en las ruinas.

III.

Britano, á tí la admiracion y el canto,
A tí, que con las sienas palpitantes
De emocion, inclinado
Sobre el cráter voraz de las pasiones
Sorprendiste aterrado
En la noche perpetua del abismo
Los contornos negrísimos del odio,
El miedo blanco y de sudor cubierto,
Los ojos sin mirada del que ha muerto;
El gemido fatídico que inspira
Pavor al que lo escucha, la siniestra

Terrible carcajada de los antros,
El relámpago azul de los aceros,
Los ayes postrimeros
Del que convulso de dolor espira....
Y trémulo te alzas, jadeante,
Sobre el volcan en donde el mal se encierra
Y al través de tu lira de diamante,
Iba tu grito á estremecer la tierra.
A tí la admiracion, á tí el sublime
Cantor de los amores,
Como jamás cantaron en el prado
Las aves á las flores;
Cuya vista fijábase inspirada
En el cielo, querido del poeta,
Y del azul del cielo y su mirada
Se formaban Desdémona y Julieta;
A tí que has enseñado
Un idioma divino á los mortales;
A tí la admiracion. Colon dejando
Las playas españolas
A lo ignorado enderezó el navío,
Y aparecióse América en las olas.....
Tú tambien, tú tambien, Colon britano,
Con la brújula inmensa de tu genio,
Navegaste en el piélago profundo,
Y en medio al mar del corazon humano
Llegaste á descubrir un nuevo-mundo.

JUSTO SIERRA.

Abril 1868.

ESPERANZA.

Vino ya con sus sombras
La amiga noche á recoger cual antes,
Mis suspiros amantes,
Muda depositaria
De este secreto que en mi pecho mora;
Y el ángel cuya imagen bienhechora
Vive en mi corazon, cual solitaria
Perla escondida en ignorada concha,
Vuela á llevarle en las veloces alas
De su brisa callada,
Mis suspiros de amor, las ansias mias,
No cual en otros dias
Con lágrimas mezcladas,
Con lágrimas de sangre envenenadas.

¡Qué largas son las noches
Del dolor sin consuelo!
¡Ni una luz en la tierra,
Ni una estrella en el cielo!
Y el que en tan negra oscuridad sumido
Cruza el campo, perdido,

Y amparo busca, y luz, y compañía,
Aguarda en vano al día;
Porque para el que llora
No hay celajes, ni aurora,
Ni brisa matinal, ni luna llena:
¡Su pena nada mas, solo su pena!

Tal vez allá á lo lejos
Anhelante descubre los reflejos
Que el tibio rayo de la luna envía,
Y se figura el triste que es ya el día,
Y de esa luz menguada,
Con tanto afán deseada,
El escaso fulgor llorando adora;
Que esa luz bienhechora
Que al fin piadoso el cielo le depara,
Es para él la clara
Antorcha que le guía en el camino
Por do va, fatigado peregrino.

¡Con qué placer registra cuidadoso,
De la escarpada senda
Que hasta allí recorrió con pié medroso,
Ambas orillas que engalana y visteo,
El floreciente Mayo!
Y al efímero rayo
Con que se anima el triste,

Avido busca las pintadas flores
Que allí desparramadas se le ofrecen,
Y aspira sus olores,
Y en tanto sus pesares se adormecen.

¡Oh, si pudiera detener el curso
De la tupida nube,
Que ya rápida sube
A eclipsar los escasos resplandores
De aquella luz incierta,
A sus ojos un punto descubierta!
¡Oh, si dado le fuera
Que hasta en su hora postrera
Bañase su abatida
Frente, ya sumergida
En el letal desmayo,
De la bendita luz el tibio rayo!

¡Y sí la bañará! porque es reflejo
Esa luz bienhechora
Del Sol eterno á quien cantando adora
En himnos de celeste melodía,
Cuanto creado existe;
Bálsamo de consuelo para el triste,
Fuente de bendición para el que llora;
Porque esa luz que alcanza
A descubrir entre la noche oscura
De su negra amargura,
Viene de Dios, se llama la *Esperanza*.

En ella fia el vacilante paso
Al continuar; á ella se encomienda
De nuevo al emprender la áspera senda
En su largo camino;
Y cual el peregrino
Que al tocar los umbrales
Del santuario á do va con fe piadosa
Siente desvanecerse por encanto
El cansancio, la pena y la ardorosa
Sed que antes le rendía,
Así de aquella luz al fulgor santo
Nuevo vigor y nuevo aliento cria,
Y ligero se apresta
Del monte á trasponer la áspera cresta.

Porque en el fondo oscuro
De su cerrado porvenir, y escritas
Cual por la mano compasiva y santa
De aquel que lo levanta
Y las perdidas fuerzas le devuelve
Ha leído seguro
Estas letras benditas,
Este anuncio que el alma le recrea
Y que le hace exclamar: ¡Bendito seál

*«Dios no llevó á sus hijos en el mundo
«Por senda que á la dicha no encamine*

*«Y en la dicha termine;
«Ni un suspiro jamás de lo profundo
«Del corazon arranca, que no sea
«En himno convertido,
«Himno del corazon agradecido.» **

Ven, pues, dulce bien mio,
Tú que la senda del dolor cruzando
Y en pos de tí dejando
De lágrimas un rio,
A mi lado caminas valerosa;
Ven, y tu cariñosa
Mano, me enjague las que vierto triste;
Que si nublado viste
El horizonte de la dicha nuestra,
Hoy esa luz te muestra
Roto el oscuro velo
Dicha sin fin en el azul del cielo.

Juntos vivir, y hasta la muerte juntos,
Tal es nuestro destino;
Sigamos, pues, en paz nuestro camino,
Y confiada espera
Que hasta en la ora postrera

* Zimmerman "La Soledad."

Bañe nuestra abatida
 Frente, ya sumergida
 En el letal desmayo,
 De la bendita luz, el tibio rayo.

MANUEL PEREDO.

Junio 22 de 1861.

Hemos concluido esta larga revista, que es como el resumen de los trabajos literarios en la primera mitad del año presente, con más una especie de compendio sobre la novela mexicana desde principios de este siglo. Nuestra revista, pobre como es, y desnuda de todo mérito, servirá de acta del primer movimiento literario en los años que sucedieron á la invasion francesa, y será útil al observador para medir el progreso de nuestros trabajos futuros.

Tal vez se note por algunos que nuestro estudio no es verdaderamente un estudio crítico, y con sobrada razon. Ni tenemos la capacidad que se necesita, ni creemos tampoco llegada la oportunidad de hacer juicios severos sobre las obras de los jóvenes que se empeñan en el adelantamiento intelectual de su país. La literatura renace hoy; ¿seria discreto exigirle la madurez y el perfeccionamiento que solo es dable conseguir á pueblos mas viejos y mas experimentados y cuya escuela data de luengos siglos?

¿Seria discreto desanimar á los jóvenes, mostrándoles los infinitos obstáculos que tiene que salvar el estudioso para llegar á adquirir un nombre en el mundo de las letras? Fuera esto matar el entusiasmo por satisfacer un sentimiento de vanidad femenil. Los que mucho saben nos dan el ejemplo de moderacion y de juicio en esta parte, y acojen con marcada benevolencia las obras de los discípulos. Para corregirlas no adoptan otro lenguaje que el paternal y dulce del maestro, y no el duro y discordante del Aristarco inflexible. Solamente algunos zoilos han creido conveniente, por lucir un chiste desabrido y satisfacer una vanidad pueril, censurar acremente nuestros trabajos; pero ¡infelices! su envidia dejó ver los dientes desde luego, porque ellos eran los que menos podian extender juicios severos y los que por sus obras mas necesitaban de indulgencia. Eran literatos en virtud de nuestra tolerancia. Pero fuera de estos, cuyo grito ha sido cubierto luego por la desaprobacion general, todos han concurrido á la obra de reconstruccion literaria con sus consejos y con su proteccion, con sus luces y no con su vanidad, con razones y no con inútiles sarcasmos, que el que es docto razona, y solo al ignorante envidioso le queda, por toda arma, la risotada de desprecio ó el epigrama de la impotencia.

Así, pues, nosotros que somos de los que principian, y que necesitamos tambien de la indulgencia de nuestros amigos, no hemos tomado la pluma con el objeto de enseñar, sino de animar, y por eso que no se nos eche en cara nuestra propension al elogio y nuestra admiracion, tal vez demasiado cándida, pero seguramente sincera. Nosotros

deseamos el progreso de la literatura en México, nosotros creemos en el porvenir de nuestros hermanos, y no somos tan mezquinos para levantar un puñado de tierra pretendiendo opacar el poco ó mucho brillo que hayan podido adquirir, porque nosotros no conocemos, lo decimos con orgullo, la baja pasion de la envidia, ni nos duele el corazón cuando oimos el elogio de los demas, sino que hacemos coro en voz mas alta, ni queremos detener á nadie con el chuzo de la sátira para que no se nos adelante en el camino de la reputacion. No; nosotros con un talento humilde y con una instruccion incompleta y desordenada, merced á la pobreza suma de nuestra juventud, pues hemos carecido á veces hasta de libros propios, y hemos tenido otras que escuchar las lecciones científicas á las puertas del aula, por no poder subvenir á los gastos del estudiante, hasta que la mano de un protector venerable vino á quitar de nuestra senda los obstáculos; nosotros, repetimos, con todas nuestras nulidades, no bajaremos jamás á la mezquina posicion del envidioso.

Esta es la explicacion de nuestra conducta literaria y del fin que nos propusimos al publicar la presente revista; escrita, nos es preciso confesarlo, con un poco de prisa, en nuestras horas de enfermo, y sin mas pretensiones que las de consignar en ella un recuerdo al trabajo de nuestros hermanos.

NOTA.

Como nuestro estudio sobre la novela no puede reputarse completo, ni aun como sinópsis, pues no tuvimos otra intencion al escribirlo que la de hacer indicaciones sobre las diversas escuelas, no parecerá extraño que se hayan omitido en él muchos nombres importantes de novelistas anteriores al siglo XIX, y que antes de Voltaire en Francia, de Walter Scott en Inglaterra y antes y despues de Cervantes en España, habian hecho ensayos dignos de mencion. Por eso no hablamos de las novelas de Scarron imitadas de otras españolas, ni de Marmontel, que cultivó la novela histórica y política con grande éxito, ni de Florian ni de Lesage.

Por igual razon nada dijimos sobre algunos ensayos que se hicieron en México en la época transcurrida desde el tiempo del Pensador hasta que Payno escribió el *Fistol del Diablo*, como por ejemplo los de Pesado, Rodriguez Galvan, Pacheco y otros mas que se publicaron ya en los periódicos literarios, ya en pequeños libros muy raros hoy. Las dimensiones de estas novelitas eran muy estrechas, y muchas veces no contenian mas que ocho ó diez páginas. Pero si nos creemos en el deber de reparar un olvido que sufrimos al hablar de la segunda época literaria en México. Era muy justo hacer mencion del LICEO HIDALGO, asociacion de jóvenes literatos instalada en esta capital en 1850, siendo su primer presidente el conocido literato D. Francisco Granados Maldonado que ha publicado varias colecciones de poesías y una traduccion en versos libres del Paraíso perdido de Milton. Entre los nombres de estos miembros del Liceo hallamos algunos que merecen atencion y que omitimos

en las primeras páginas de estas *Revistas*. Estos nombres son los de D. Emilio Rey, elegante poeta y correcto prosador; de D. Francisco Gonzalez Bocanegra, cuya lira enmudeció muy temprano destrozada por la muerte, cuando era el encanto de los amantes de la poesía; de D. José María Rodríguez y Cos, el laborioso autor del poema ANAHUAC; de D. Luis Rivera Melo, cuya instruccion y talento son conocidos de todos. Cuando publiquemos nuestros ensayos próximos, volveremos á hablar mas detalladamente sobre estos distinguidos literatos, al examinar sus obras.

Por hoy nos limitamos á mencionarlos honrosamente, porque así debe ser cuando se trata de hacer la historia de los progresos literarios en nuestro país.

Sr. D. ANSELMO DE LA PORTILLA, DIRECTOR DE LA "IBERIA."

México, Julio 31 de 1868.

Mi querido amigo y señor:

He terminado este pequeño trabajo, y suplico á vd. se sirva ponerlo bajo su proteccion, pues se lo dedico.

Vd., Sr. D. Anselmo, ha sido en esta última época del renacimiento de la literatura en México, uno de los mas eficaces protectores de la juventud, estimulándola constantemente, ya con sus bondadosas calificaciones en las columnas de su ilustrado periódico, ya en sus consejos privados.

Esta conducta, que honra á vd. en todo grado y que tan útil ha sido á la literatura, me ha hecho acreedor á todos nuestros sentimientos de respeto y de gratitud.

Yo, que especialmente he recibido de vd. muestras inequívocas de favor y aprecio, viéndole acoger mis pobres estudios con su benevolencia acostumbrada, profeso á vd. un reconocimiento sin límites, y desearia consagrarle trabajos dignos de su saber y de su amistad.

El que hoy le envío, no tendrá mas mérito que el que le dé el patrocinio de vd. y el afecto sincero con que se lo dedico.

Soy de vd. afectísimo amigo y servidor,

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

